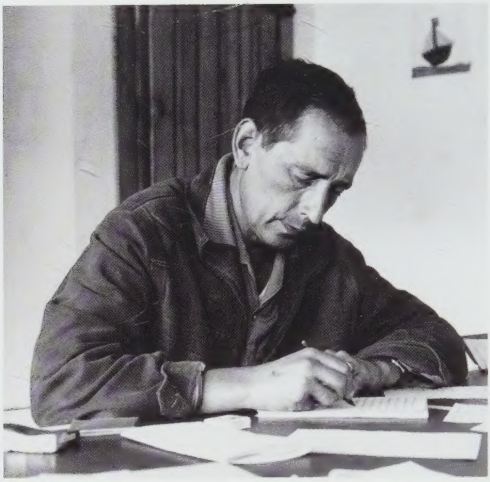
Miguel Delibes

Parábola del náufrago

DESTINO



Miguel Delibes (Valladolid, 1920-2010) se dio a conocer como novelista con *La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal 1948, a la que siguieron, entre otras, *Aún es de día* (1949), *El camino* (1950), *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), *La partida* (1954), *Diario de un cazador* (1955), *Diario de un emigrante* (1958), *La hoja roja* (1959), *Las ratas* (1962), *Cinco horas con Mario* (1966), *La mortaja* (1970), *El príncipe destronado* (1973), *El disputado voto del señor Cayo* (1978), *Los santos inocentes* (1981), *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* (1983), *El tesoro* (1985), *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), *Diario de un jubilado* (1995) y *El hereje* (1998), casi todas ellas publicadas en Destino. Su extensa obra literaria le valió numerosos galardones, entre ellos el Nacional de Literatura, el de la Crítica, el Premio Nacional de las Letras y el Premio Cervantes de Literatura.

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/parboladelnufrag0000migu

Parábola
del náufrago

Miguel
Delibes

Parábola del náufrago

Miguel Delibes

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 329

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Ediciones Destino, S. A., 2010
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

Primera edición en Destino: julio de 1969
Primera edición en este formato: octubre de 2010

ISBN: 978-84-233-43102
Depósito legal: B. 36.339-2010
Impreso por Book Print Digital, S.A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Jacinto San José.
A Giacint Sviatoi Iósif.

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Con Parábola del náufrago *traté de construir una narración contra el absolutismo desenfrenado, contra el poder omnímodo en cualquier forma que se manifestase. Y como entendí que nada más indicado que la factura del relato constituyese una pesadilla onírica, eliminé los signos de puntuación. Destruyendo éstos, pensaba, sacrificaba la lógica sintáctica y narrativa aunque la sustituyera por una puntuación literaria igualmente indicativa pero absolutamente artificial. Difícil prueba para el lector. Tan dura se me hizo que dejé el invento a medio camino y lo apliqué solamente a una parte de la novela, aquella que recoge la degradación infrahumana del personaje Genaro. El recurso, como esperaba, fue aplaudido por unos y rechazado por otros. Por ejemplo, Entrambasaguas sentenció que* Parábola del náufrago *había sido «la novela más aburrida que había leído en los últimos tiempos», mientras, más joven y audaz, Vintila Horia juzgaba el libro como «la novela cumbre del escritor castellano y una de las novelas más significativas de la nove-*

lística española moderna». Esto ocurría en 1970 y, como casi siempre que el escritor confía en el fallo de los críticos, con estos juicios no salió de dudas. Surgió la polémica que cuarenta años después continúa viva y sin resolverse. Unos aplauden la audacia, otros la censuran.

Hay que tener en cuenta que a lo largo del siglo XX los despotismos han florecido en Europa como los hongos, tiranías de todo signo y pelaje, incluso los despotismos ilustrados que, además de arrogarse la paternidad sobre los súbditos, pretendían «liberar al hombre» de su «triste» (?) condición de esclavo. El don Abdón de mi novela, capicúa y hermafrodita, que reúne todos los defectos típicos del tirano, ha sido una obsesión en mi vida, y haciendo buena la opinión de quienes consideran al novelista un ser de una sola idea con diversas variantes, pienso que yo podría ser uno de esos novelistas, ya que los protagonistas de mis relatos son inevitablemente perdedores, aplastados por la sociedad, la ignorancia, la política, la organización o el dinero, es decir, aquellos recursos de que se vale el dictador para imponer su dominio.

M. D.
Abril de 2008

«Mi sentimiento principal es el miedo.»

Max Horkheimer

Primero estaba la calzada con el paso cebrado de peatones, luego la acera de grises losetas hexagonales, luego la verja de barras rematadas en punta de flecha, después el jardín (unos jardincitos enanos, de bojes, arriates y rosales trepadores, con senderos de ceniza zigzagueando entre el peinado *green grass*), y, por último, en el promontorio verde, el macizo edificio de mármol blanco con amplios ventanales rectangulares sobre el jardín y, en lo alto, presidiéndolo todo, el luminoso parpadeante: DON ABDÓN, S.L.

igual igual a =
punto = a .
coma = a
punto y coma = a ;
dos puntos = a :
comillas = a « »
abrir paréntesis = a
(cerrar paréntesis = a)

abrir admiración = a ¡
cerrar admiración = a !
abrir interrogación = a ¿
cerrar interrogación = a ?

Tras la verja coma a la derecha de la cancela coma junto al alerce coma se hallaba la caseta de Genaro abrir paréntesis al que ahora llamaban Gen dos puntos ¡Toma, Gen; ven, Gen! cerrar paréntesis coma como de muñecas coma blanca también coma el tejado de pizarra gris y cuando llovía o Baudelio Villamayor el jardinero abrir paréntesis en cuyo invernadero inició Jacinto su movimiento Por la Mudez a la Paz cerrar paréntesis regaba coma el tejado de pizarra gris tornábase negro y reluciente como recién barnizado punto Y cada mañana coma al llegar a la oficina coma Jacinto oía rebullir a Gen aun antes de trasponer la verja coma la cadena rascando las tablas de la garita coma su ruidoso y cálido bostezo y finalmente coma desde la esquina coma veía asomar la cabeza de Gen por la gatera coma las largas orejas como de trapo desmayadas sobre las mejillas coma la frente fruncida y cerril coma la humildad doliente de sus ojos avellana clavada en él y coma ciñendo su cuello coma la gruesa correa con la argolla de acero donde se sujetaba el clip de la cadena punto El animoso trasero de Gen coma que iba poco a poco criando vello coma se movía alegremente mientras Jacinto tabaleaba tap-tap-tararap con dos

dedos en la cubierta de pizarra y murmuraba hola Gen, buenos días, y Gen se desperezaba entonces afianzando las manos en el suelo y estirando los brazos cuanto podía y luego coma antes de saltar sobre el pecho de Jacinto coma se arrimaba precavidamente al tronco del alerce coma levantaba una pierna y orinaba punto Al concluir coma Genaro abría las piernas coma escarbaba con las manos hasta cubrir de ceniza la pequeña mancha de humedad y brincaba sobre él coma haciéndole zalemas y manchándole de tierra las solapas de su traje gris coma mientras Jacinto decía hola Gen, quieto Gen, ya está bien Gen ¿no te parece? pero Gen no respondía sino que con sus brincos aparentaba realizar un ensayo preliminar para alcanzar con su lengua la punta de la nariz de Jacinto y Jacinto le reprendía ¡basta Gen; a echar! hasta que Gen se reprimía coma adelantaba los brazos coma escondía la cabeza entre ellos coma cerraba los ojos coma fruncía la frente coma tensaba sus miembros y emitía un bostezo tan disparatado que se diría que sus quijadas iban a descoyuntársele punto A partir del gran bostezo Genaro se apaciguaba y durante breves minutos permitía que Jacinto le rascase entre los ojos coma en el somero surco que se le había formado entre los ojos coma justo encima de la nariz coma entrecerrando los párpados coma cepos quedos coma como en tránsito coma y entonces Jacinto le hablaba melosamente Gen, zalamero, ya sabes que no te olvido coma mas coma en cuanto

Jacinto cesaba de rascarle coma Gen se aprestaba nuevamente a brincar sobre él y Jacinto había de reconvenirle ya está bien Gen, ¡abajo! y Gen tornaba a mover el trasero coma agachaba la cabeza y la sacudía violentamente de un lado a otro y sus largas orejas de trapo batían sus mejillas con un estrépito como de aplausos lejanos o de zurridos de ropa zarandeada por el viento punto Después coma a medida que le daba de una en una las castañas pilongas o las galletas marías o los recortes de carne coma Genaro engullía el obsequio sin saborearlo coma sin masticarlo siquiera coma con tal avidez que a menudo los dientes de arriba chocaban con los de abajo cuando ya había tragado el bocado coma pese a las recomendaciones de Jacinto coma despacio Gen, nadie va a quitártelo, así no te puede aprovechar coma pero ya Gen estaba espiando su mano y coma a veces coma demasiado impaciente para aguardar coma saltaba hacia ella coma hacia la mano coma hasta que Jacinto abría la pinza de los dedos y soltaba la galleta o la castaña pilonga o el recorte de carne y la boca alargada y desproporcionada de Gen lo atrapaba vorazmente en el aire punto y aparte

Genaro había cambiado mucho y sin embargo aquella transformación no parecía afectarle punto y coma se diría que aceptaba satisfecho la nueva situación e incluso si Darío Esteban le pegaba un puntapié coma jamás chistaba coma al contrario coma encajaba el castigo como merecido coma do-

blaba los codos y las rodillas humildemente y con la barriga pegada al suelo se refugiaba en la garita y coma una vez dentro coma se ovillaba y miraba a su agresor desde el borde de la gatera con los ojos enramados coma implorantes punto y aparte

En un principio coma Genaro dormía estirado coma pero coma a las pocas semanas de la degradación coma fue paulatinamente encorvándose por la cintura y dos meses más tarde ya se enroscaba como un caracol punto Jacinto lo prefería así porque de esta manera disimulaba sus vergüenzas y entre esto y el suave y tupido vello moteado que iba extendiéndosele por la espalda abrir paréntesis incluso sobre y entre las leves prominencias de las vértebras cerrar paréntesis resultaba más soportable su desnudez coma por más que ésta tampoco pareciera turbar a Genaro demasiado coma antes bien durante los primeros días coma Jacinto hubiera jurado que Gen se complacía en la exhibición de su cuerpo ya que coma cada vez que le venía en gana coma se estiraba voluptuosamente al sol cuan largo era o se tendía de costado a la solisombra del alerce cuando aquél picaba en exceso coma sin reservas coma mostrando impúdicamente sus partes y coma si se terciaba coma no tenía a menoscabo el quedarse dormido de esta guisa punto Genaro se había plegado al nuevo empleo sin aspavientos y coma consciente de que lo primero que se le exigía era discreción coma guardaba silencio coma un silencio ominoso que a menudo

resolvía Darío Esteban arreándole sin otro motivo que su silencio un puntapié punto Al principio coma si hacía al caso coma Genaro pedía pan y agua pero luego amansó el trote y resistía tiempo y tiempo sin comer ni beber o coma a lo sumo coma los días de canícula solicitaba agua con voz desfibrada y coma al fin coma persuadido de que valía lo mismo coma terminó por decir sólo guá coma probablemente para no desgastarse coma pero como insistía y levantaba progresivamente la voz ¡guá-guá-guá! coma su petición coma en particular escuchada de lejos coma producía el efecto de ladridos punto Por lo demás coma Gen no decía nada coma callaba coma y se le veía satisfecho y reconocido coma actitud manifiesta tanto en las untuosas zalemas con que a diario recibía a sus compañeros coma como en el desproporcionado júbilo con que acogía coma después de vocear ¡guá-guá-guá! dos docenas de veces coma la lata enmohecida que Jacinto le arrimaba llena de agua desde el surtidor del jardín punto En tales casos coma Jacinto se maravillaba de la habilidad de Genaro coma de su nueva y sorprendente forma de beber coma sin levantar la lata del suelo ni rozarla con la mano coma sino coma simplemente coma humillando la cabeza y azotando la superficie del agua con la lengua abrir paréntesis que al igual que las orejas y los caninos se le había desarrollado mucho cerrar paréntesis con fruición y delicadeza al mismo tiempo coma de tal suerte que era capaz

de vaciarla sin derramar una sola gota punto A veces coma los días de bochorno coma Gen coma después de beber coma se le quedaba mirando encarecidamente coma la boca entreabierta coma la larga y sonrosada lengua colgante coma jadeando coma y entonces Jacinto volvía al surtidor coma llenaba de nuevo la lata y la depositaba en el suelo coma al alcance de Gen punto Entre Jacinto y Genaro existía ya un lenguaje inexpresado que hacía ociosas las palabras punto y aparte

Luego, en el servicio (caballeros), Jacinto se frotaba las manos con polvos de jabón y se hablaba en el espejo según su costumbre, *que Genaro es más feliz que antes, te lo digo yo, Jacinto, dónde va a parar, no me digas, que si la mujer, que si los hijos, cada día una tecla, un lloraduelos... Y ahora, ya lo ves, le llevas un hueso y bien, tan contento, y no se lo llevas y también bien, que no te creas que lo echa en falta, ni se preocupa, ni se indispone, ni nada de nada. Y es que, ¿sabes tú cuál es lo malo de nuestra condición, Jacinto, eh? Pues eso: pararte y pensar, que todavía me acuerdo del día que Genaro vomitó aquel estofado porque vio una mosca en la salsa al acabar de comer, ¿qué te parece? Anda, mírale ahora. Y es que la mosca no es lo malo, Jacinto, convéncete, sino pensar la mosca, eso, que si no piensas la mosca es como si la mosca no existiera. ¿Te das cuenta? Lo que pasa es que cada día nos hacemos más remilgados y así nos luce el pelo. Por eso te prevengo que si a lo que aspira don Abdón es a evitarnos pensar la mosca, bendito sea don Abdón, don*

Abdón es un hombre honrado porque quiere que no pensemos la mosca por la sencilla razón de que sabe que pensar la mosca es sufrir la mosca, y si no, ahí tienes a Genaro, más claro, agua, tú le ves ahora, ¿verdad?, bien, pues acuérdate de antaño, menuda, Jacinto, anda, haz el favor, que si la mujer, que si los hijos, que si el sueldo, un tipo que aburría, no me digas. En cambio ahora da gusto verle, la verdad, Jacinto, para qué enredar las cosas, su mujer agarra la correíta y de paseo, hale, a correr, más tranquilo que nadie, husmeando en el hueco de los árboles, levantando la pierna en las esquinas, donde le urge, a ver, casi siempre por niñez, no te vayas a creer, que el noventa por ciento de las veces, y me quedo corto, nada, cuatro gotas, como te lo estoy diciendo, pero si no molesta a nadie, que es lo que yo digo, y a él le apetece, hace muy requetebién... Ella, en cambio, ¡buf!, para qué te voy a contar, Jacinto, a la legua se ve que lo pasa mal y ¿sabes por qué? Pues por la sencilla razón de que piensa la mosca, sólo por eso, que vete a saber, a ella seguro que le da vergüenza llevar al marido de esas trazas, o que le vean las amigas a cuatro patas, o desnudo, las amigas, cosas de ésas, prejuicios, que a saber qué, lo mismo dará una cosa que otra, ¿no?, y si a Genaro le gusta ir por ahí como Dios le echó al mundo, pegando brincos o arrimándose a las esquinas, tú dirás qué importancia tienen, Jacinto, cuatro patas o dos, ¿dejará de ser lo mismo?, y si él es feliz así, pues déjale, hala, que todos los males vengan por ahí, que, después de todo, si pensar es lo que nos hace padecer, Jacinto, ¿para qué demontres pensamos?

Jacinto así, a primera vista, viene a ser un hombre del montón: ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni atildado ni sanfasón; un hombre en serie de ojos azules (grises pálidos junto al mar, que Jacinto añora, o las tardes brumosas), difuminados y aguanosos como el sol que empieza a perforar la niebla los días de invierno. Jacinto da la impresión de ser miope y a lo mejor lo es. Bien mirado no es fácil adivinar si es miope o no es miope porque en la oficina, aunque trabaja junto al ventanal (desde el que divisa la caseta de Gen), arrima mucho los papeles a la nariz y, por otro lado, nadie, lo que se dice nadie, ni en el cine, aunque den películas en idioma original con subtítulos, le ha visto jamás usar gafas.

La caligrafía de Jacinto es minuciosa, lo mismo la inglesa que la redondilla que, en casos excepcionales (por ejemplo cuando realiza un pergamino de encargo), la gótica o la carolina, cuyos tipos garrapatea con una precisión y una pulcritud impecables. Al escribir, bizquea ligeramente del ojo izquierdo mientras con la mano del mismo lado da vueltas incansablemente a la medallita de oro que, desde que tiene uso de razón (y, por tanto, antes), pende de su cuello. Nada de esto resta firmeza a sus trazos (a los trazos de su caligrafía), que resuelve sin vacilaciones, de un solo golpe, de manera que entre los finos y los gruesos no existe solución de continuidad, es decir, uno se adentra en los gruesos de los caracteres fluidamente, insensible-

mente, como en el remanso de un río inmediato a un rápido o una torrentera. Para sus labores utiliza tres tonos de tinta: azul, verde y rojo, azul para los enunciados (cuando existen, que rara vez existen) y rojo y verde para los guarismos, y tres tipos de plumines: corona, cigüeña y cervantina, plumines que cambia, cada vez que lo precisa, sin pérdida de tiempo aunque también sin apremios, y que humedece levemente con la puntita de la lengua (al estrenarlos) para que la tinta se adhiera.

Parece más bien un hombre meticuloso (Jacinto) y anhela la seguridad personal. Hace unos meses pasó por un período de zozobra al observar los progresos de las calculadoras en la oficina, imaginando que los peritos calígrafos constituían un gremio a extinguir, pero don Abdón, que es un padre para todos, le tranquilizó con su discurso de fin de año, cuando dijo que el más perfecto cerebro electrónico no valía ni para descalzar a un discreto artesano. Eso dijo don Abdón, que es un padre para todos, lo que sosegó a Jacinto, quien a menudo, ante las conquistas de la técnica, piensa que está de sobra y vive de la caridad. Sorprende la palidez de Jacinto; es, la suya, una palidez translúcida, como de porcelana fina, que apenas sombrea, en el rostro, la levísima huella de la barba, rubia intensa lo mismo que el cabello. La clorosis de Jacinto tiene una propiedad: acentúa los colores de los objetos a los que se arrima (Jacinto), oscurece el papel más inmaculado, y el negro, junto a él, al-

canza la calidad funeraria del azabache. Debido a la blanca transparencia de su piel, las venas de Jacinto tiñen de azul algunas zonas de su cuerpo, especialmente las sienes y las muñecas, es decir, que lleva las muñecas y las sienes a juego con los ojos.

Jacinto no es obcecado ni indiferente. Con sus jefes se muestra respetuoso, quizá por un sentimiento innato de sumisión, quizá porque el contexto histórico-social (como dice César Fuentes con su vocecita de castrado) no se presta a otra cosa, quizá porque la insumisión (piensa Jacinto) es generadora de discordias, quizá, en fin, porque es tímido (Jacinto) y su sola presencia (la del jefe) le amedrenta. En cualquier caso es un funcionario respetuoso y responsable y cuando Darío Esteban, el celador, acodado en el balaustre de su minarete de palo campeche, en el centro de la gran sala circular, enfoca los prismáticos hacia sus subordinados, rara vez se detiene en él (Jacinto) porque sabe, sin duda (Darío Esteban), que Jacinto es un funcionario escrupuloso que no ha venido a poner la mano ni discute el postulado («Orden es libertad») que rige el establecimiento. Don Abdón no enuncia estos postulados a humo de pajas, antes bien los razona, y en la última Navidad apuntaló su aserto en un proceso dialéctico irrebatible, vertebrado en cinco fases causalmente encadenadas (orden-trabajo, trabajo-eficacia, eficacia-rendimiento, rendimiento-poder adquisitivo y poder adquisitivo-libertad), para concluir patéticamente con lágrimas en los ojos:

—¿Podéis concebir, hijos míos, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo?

Así dijo don Abdón la última Navidad y todos, empezando por Amando García, asintieron y aplaudieron a la alemana, esto es, dejando caer una y otra vez violentamente las tapas de sus pupitres sobre las cajoneras hasta hacer saltar la tinta de los tinteros.

Con la voluntad de cumplir por delante, a Jacinto no le incomoda el minarete de palo campeche, ni los prismáticos, ni que le vigilen, cosas que enojan, por ejemplo (aunque lo disimule), a su compañero Ginés Gil. Por supuesto tampoco le enoja a Jacinto ponerse disciplinadamente en pie al unísono con sus compañeros, cuando llega don Abdón, ni sincronizar su voz con las demás voces, obediente a la batuta de Darío Esteban desde su minarete: SU-MAR-ES-LA-MÁS-NO-BLEAC-TI-VI-DAD-DEL-HOM-BRE-SO-BRE-LA-TIE-RRA, O BIEN: HA-BLAR-DE-DE-POR-TES-ES-AÚN-MÁS-SA-LU-DA-BLEQUE-PRAC-TI-CAR-LOS, O bien: E-LU-DIR-LA-RES-PON-SABI-LI-DAD-ES-EL-PRI-MER-PA-SO-PA-RA-SER-FE-LI-CES, una u otra cosa, puesto que los eslóganes varían de acuerdo con la estación y las circunstancias.

De pronto tronaba la voz de Darío Esteban, el celador, por los altavoces

—¡Sentarse, ar!

Para decir «¡Sentarse, ar!», Darío Esteban arranca de lo más profundo de su pecho la voz de barítono, lo mismo que para reconvenir persuasi-

vamente a los funcionarios, cuando se tercia, saca la voz de bajo. Darío Esteban dispone de una variedad infinita de registros de voz. La cara de Darío Esteban es ancha y llena pero inescrutable, y sus movimientos y ademanes, cautos (con la cautela propia del hombre versátil) y morosos (con la morosidad propia del hombre cauto). Sus manos, aunque mochas, son grandes y cuidadas, y el anillo que ciñe el dedo corazón de la diestra infunde entre sus subordinados un respeto pastoral.

Así es que ordenaba Darío Esteban: ¡Sentarse, ar!, con voz de barítono, y ante su orden, todos se sentaban y reanudaban la tarea interrumpida y, a partir de ese momento y a lo largo de la jornada, no se oía en la gran sala otra cosa que el tictacraaak metálico de las calculadoras y el rasgueo, gueguееé, de las plumas de los peritos calígrafos sobre el papel. Darío Esteban, en tanto, oteaba en derredor suyo con los prismáticos, acodado en el balaustre del minarete como un marino en el puente, y, de cuando en cuando, se dirigía por el dictáfono a alguna mesa para reprender paternalmente a su ocupante o castigarle de rodillas de cara a la pared o a escribir mil veces «Debo ser aplicado» a la hora del recreo. También de Pascuas a Ramos (dos o tres veces por año) Darío Esteban interrumpía la tarea colectiva con un golpe de gong, ¡boooong!, y, una vez apagada la última vibración, explicaba:

—Daniel Gómez, un billón. Congratulémonos de la cifra alcanzada por este compañero.

Doscientos rostros con la cerúlea palidez del papel se alzaban del papel simultáneamente y un hervor de admiración, como de mar encrespada, emergía del ejército de escribanos, en tanto Darío Esteban, con su ancha sonrisa de sandía, descendía solemnemente de su minarete y, de puntillas sobre la muelle alfombra de nudos, se encaminaba hacia la puerta de caoba del fondo, se estiraba la americana azul marino, se centraba la corbata, pulsaba el botón del timbre protegido por una placa de oro, aguardaba unos segundos a que se iluminara el piloto verde, emitía un comprometido carraspeo y se introducía, al fin, en aquel despacho donde nadie fuera de él tenía acceso. Ahora sí, y por eso Jacinto tiembla como un azogado y experimenta flojera en las articulaciones (las rodillas principalmente) y como calambres en la boca del estómago, hasta que se ve sentado en el tajuelo y don Abdón rompe el silencio, y lo primero que le dice don Abdón es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Hay otros temas tal vez más importantes de que tratar, como los salarios, la disciplina o la organización de la Casa, sin duda los hay (temas de que tratar), pero esto es lo primero que le dice don Abdón, encampanando la voz y pellizcándose insistentemente las puntitas de los pezones, «Usted es tímido, ¿no es cierto?». Y Jacinto, sentado en el tajuelo, le contempla (a don Abdón) en alto, enmarcado por el baldaquino de oro, inaccesible, sobre el basamento de mármol de Carrara, un coro

de rubios niños alados decorando la alta cúpula. Pero para verle (a don Abdón), Jacinto ha de echar la cabeza hacia atrás violentamente y tirar del pescuezo todo lo que éste (el pescuezo) dé de sí, de manera que la nuez le oprime y siente un dolor agudo (debido al peso de la cabeza) en la apófisis de la primera vértebra cervical. Y al preguntarle don Abdón si es tímido, él (Jacinto) asiente medio desmayado desde el tajuelo, simplemente baja dos veces la cabeza, tanto para asentir como para aliviar temporalmente la doble tensión.

Jacinto está perplejo en aquella inmensa estancia desierta, llena de concavidades resonantes (testero, hornacinas, cúpula), enlosetada de mármol blanco, con el graderío y el basamento y el baldaquino (de retorcidas columnas salomónicas) de oro y los niños trompeteros arriba, y los escribas, copistas e impresores en los frescos laterales, cada uno (escribas, copistas e impresores) de una época y todos (escribas, copistas e impresores) realizando, indefectiblemente, cabalísticas operaciones aritméticas. Y para rematar el insólito cuadro, don Abdón, encuclillado sobre el ara, los brazos cruzados sobre las maternales tetitas desnudas, negros los pezones, como un buda. Los pechos henchidos de don Abdón producen en Jacinto un complejo sentimiento, mezcla de atracción, confusión y arrobo. En la piscina, don Abdón suele cubrirlos (los pechos) con un sujetador de lunares rojos, pero ahora los exhibe desnudos, turgentes y picudos como dos melo-

nes. Y a él (a Jacinto) le obsesiona la negrura de los pezones y confusamente intuye la razón de Darío Esteban cuando proclama: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y allí, en las abrigadas y acogedoras turgencias pectorales de don Abdón, barrunta (Jacinto) que se esconde la seguridad perdida. Pero, ¿cómo acceder a ella? No puede reflexionar (Jacinto). Se siente identificado con aquellos niños rubios, de ojos azules, que decoran la cúpula y sostienen, como al desgaire (sin interrumpir sus juegos), una cartela dorada de caracteres rojos que caracolea en los extremos y reza: ORDEN ES LIBERTAD. Mas Jacinto se desconcierta porque, junto a los pechos, están los bíceps tensos, trabados como nudos, de don Abdón, en paradójico contraste con sus negros pezones nutricios, y aquellos músculos junto a las turgencias bamboleantes le cohíben (a Jacinto) como si sorprendiera a una mujer y un hombre desnudos, pegados el uno al otro. «Regazo materno y brazo fuerte», suele decir Darío Esteban para expresar simbólicamente la autoridad deseable: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Eso es. Y allí se alza, dominante y mudo, en cuclillas, recuadrado por el dosel y el baldaquino de oro, bajo los niños mofletudos que soplan las trompetas. Y lo primero que le dice (don Abdón) a Jacinto es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Y Jacinto asiente, humilla la cabeza por dos veces, sin palabras, porque la voz se le ha estrangula-

do en la garganta y, también, porque la tensión de la nuez y el dolor de la nuca van haciéndosele insoportables. Así que asiente (Jacinto), sentado en el borde del tajuelo, y don Abdón, entonces, ahueca su voz híbrida para sentenciar:

—Para el hombre tímido, la solución un seto.

—¿Un seto? —surge su voz (la de Jacinto) como un quejido, quebrada y rasposa, y sonríe perplejo (Jacinto) porque doña Palmira acostumbra a decirle, cada vez que le sorprende regando la begonia, la sansivieras y el ficus, acostumbra a decirle, «Ésta es tarea de señoritas, señorito Jacinto». Por eso sonríe (Jacinto) al preguntar a don Abdón: «¿Un seto?».

Mas todo esto aconteció unos días después de que Jacinto se marease en la oficina al hacer ceros. Cada trimestre y al cabo del año, don Abdón entregaba personalmente los Premios del Sumador, consistentes en un Diploma y una cantidad en metálico, y no era infrecuente que, al final de la ceremonia, se emocionase y, con lágrimas en los ojos, les dijera que la Casa era suya y que, por tanto, engrandeciendo la Casa se engrandecerían a sí mismos. Bien mirado, don Abdón había revolucionado el lugar y toda actividad y todo comentario giraban ahora en torno suyo, y la gente decía: «No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa», y la propia doña Palmira reconocía a menudo ante Jacinto, «Gracias a don Abdón somos lo que somos». El mero hecho de

pronunciarse en la calle el nombre de don Abdón ya era motivo para que los hombres se descubriesen y las mujeres musitasen reverentemente «Es un padre y una madre para todos» e incluso, cuando Genaro fue degradado, la gente apostillaba «Si es otro, le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», eso decían, y así, cuando desfilaba por las calles (don Abdón) en su coche color guinda, provocaba ovaciones espontáneas y manifestaciones de afecto y las jóvenes madres, obstinadas, arrimaban sus bebés a las ventanillas del coche color guinda para que don Abdón acariciase sus rubias cabezas.

Algunas tardes de invierno, don Abdón acudía al cine o al teatro, y en esos casos, las taquilleras dejaban sin despachar la localidad de delante, para que nadie le estorbase la visibilidad, y las de los costados, para que don Abdón pudiera recostarse ora de un lado, ora del otro, sin impedimentos. Mayor conmoción producía aún en verano su llegada a la piscina, coreada por los altavoces con el pasodoble *El único*, a cuyos compases la gente iba saliendo del agua y arracimándose en los bordes de la piscina en espera de que él (don Abdón) apareciese con su bikini blanco de lunares rojos y el flotador verde ciñendo su cintura. No era alto don Abdón, pero su aspecto restallante y macizo infundía confianza a sus conciudadanos, quienes solían decir: «Tenemos hombre para rato». De las caderas al cogote, la figura de don Abdón se afilaba

como un tronco de cono y su cuello sólido y poderoso, salpicado de pecas (si tomaba el sol las muchachas le cubrían peca a peca con confetis, previniendo que alguna de aquellas manchas, con el tiempo, pudiera degenerar en algo maligno), se remataba en un cogote recto, de cepa aria, con el pelo entrecano cortado a cepillo. Y así que don Abdón, agarrado a la escalerilla blanca, se rociaba la nuca y el estómago, los asistentes sonreían y se daban de codo y se decían: «Trata de prevenir la congestión; no es tonto, no». Y cuando, al fin, se zambullía, se abría en torno un devoto silencio y, tras unas brazadas preliminares, inútiles, aguardaba la voz, «¡Sin flotador, don Abdón!», y él (don Abdón), complaciente, se sacaba el flotador por la cabeza, erguía el pestorejo y se chapuzaba braceando y pateando, sin coordinar sus movimientos, de tal modo que los de sus pies neutralizaban los de sus manos, aquietándole, como un cernícalo cernido en el aire. Los bañistas asentían, «¡Cómo progresa! Mentira parece en tan pocos años», y alguno, más audaz: «¡Bucee un poco, don Abdón!», y él, don Abdón, sin hacerse de rogar, sumergía su cabeza cuadrada durante unos segundos y pateaba el agua rabiosamente, mas jamás conseguía que su amplio trasero pintojo desapareciese bajo la superficie del agua. No obstante, la admiración de los bañistas se traducía en exigencias: «¡Don Abdón, la plancha!», «¡Don Abdón, a braza!», «¡Ahora donde le cubre, don Abdón!», y don Abdón a to-

dos complacía, y «¡Qué atento es!», comentaban los bañistas, y una vez satisfecha la concurrencia, don Abdón afloraba y, mientras se embutía en el albornoz rojo que Honesto le tendía, la gente le ovacionaba cariñosamente hasta que se eclipsaba en la tienda de rayas blancas y azules (diez veces más espaciosa que la de Gen).

Don Abdón despertaba en todas partes oleadas de afecto y, si acaso arribaba a la ciudad algún forastero, la gente se apresuraba a informarle: «Antes de llegar él, muerto y bien muerto estaba esto y ahora ya ve». Y si acaso actuaba en la localidad una orquesta afamada y don Abdón irrumpía en el concierto de improviso, el auditorio, enardecido, exigía del director que le encomendase algún instrumento, bien la flauta, bien el clavicordio, bien el trombón y, al final, ineluctablemente, la audición se remataba con un solo de don Abdón al bombo. Los aplausos atronaban y las gentes intercambiaban miradas y signos de aprobación y comentaban «¡Qué facilidad!, cualquiera diría que en toda su vida no ha hecho otra cosa».

Hacia don Abdón siente Jacinto una admiración o un temor reverentes (en cualquier caso circunspectos). Instintivamente parece agradecerle que, disponiendo del poder, no lo use contra él. En los meses pasados, ante la invasión de calculadoras, Jacinto temió quedar cesante, pero el discurso de fin de año de don Abdón le dejó más sosegado. Don Abdón dijo entonces, para todo el que quiso

oírle, que el mejor cerebro electrónico no servía para descalzar a un discreto artesano, así dijo don Abdón con motivo de las fiestas de fin de año, y como quiera que Jacinto tiene conciencia de ser un perito calígrafo más que discreto, quedó tranquilo. Tal vez, en el fondo, Jacinto intuye que don Abdón vela por él y cuando Amando García o Ginés Gil, otro que tal, hablan a la salida o en el refectorio del Capicúa o la Otis Encelada, él (Jacinto) se desentiende y hace como que no los oye, porque si por un lado es respetuoso con sus jefes (o lo parece), por otro le desagrada erigirse en delator (o lo teme). Por eso suele hacerse el distraído aunque para las malas lenguas, que nunca faltan, don Abdón sea el Capicúa y la Otis Encelada. Lo de Capicúa, aunque no exacto, resulta claro (don Abdón), y lo de Otis Encelada, aunque más rebuscado, tiene su razón de ser, la que formula Ginés Gil, experto cazador, según el cual, a la avutarda (cuyo nombre latino es otis), cuando le llega el celo primaveral, se le hincha el cuello de una manera disforme y, habida cuenta de que el cuello de don Abdón es una pieza apoplética, robusta y rojiza que compone un todo con el cogote, lo de Otis Encelada encierra, aplicado a él, cierto sentido. Sin embargo, Jacinto, que es de natural probo y respetuoso con sus jefes, jamás emplea motes, ni con los de arriba ni con los de abajo, y designa a cada cual por su nombre cristiano. Únicamente a Genaro Martín le llama Gen por la fuerza de la costumbre des-

de que fue degradado, quizá porque el hecho de moverse a cuatro patas y de levantar las de atrás en las esquinas y en los huecos de los árboles, le impone el monosílabo, pero en todo caso no es el suyo un monosílabo despectivo, puesto que a Gen le aprecia e intercedió por él (por Gen) a su tiempo, y cada vez que le ve le rasca entre los ojos o le palmea afectuosamente los costillares.

A más de probo, Jacinto es pacífico y bondadoso o a lo mejor es pusilánime (Jacinto), pero prefiere pasar por no-violento antes que por cobarde; el caso es que rehúye los enfrentamientos, aunque por otro lado no es amigo de reticencias (Jacinto) y si una solicitud le parece justa no se retrae en apoyarla. Por lo general (Jacinto) procura defender al débil, aunque eso sí, sin poner demasiado ardor en el empeño, quizá por temor de que la cólera, la insolencia o la crueldad de los fuertes puedan volverse contra él. Así sucede, por ejemplo, con las novatadas que organiza Amando García o con las bromas que gasta en la calle (Amando García también) cuando se finge borracho o cojo o ciego y hace dar frenazos coléricos a los coches o pide a las chicas guapas que le ayuden a cruzar la calzada y, una vez en la otra orilla, desorbita los ojos, mueve las orejas en un gesto muy peculiar, les estampa (a las muchachas) un beso en la mejilla y les dice: «Gracias, guapa; en la vida vi unos ojos más hermosos». César Fuentes dice de él (de Amando García) que tiene castrado el corazón, como todos

los asténicos. César Fuentes respira por la herida y para él todo el mundo anda castrado de un sitio o de otro, aunque Ginés Gil puntualiza que lo que le ocurre a César Fuentes es que es un resentido que no sabe encajar bromas.

Desde su ingreso en la Casa, César Fuentes se arrimó a Jacinto, quizá porque el día de su llegada fue Jacinto el único que intercedió por él e intentó disuadir a los compañeros de su actitud, haciéndoles ver que acababa de llegar del pueblo (César Fuentes), mas Amando García dijo: «Un paleto, miel sobre hojuelas», y le hizo subir a la terraza con todos detrás y le amarró una cuerda al escroto y en el otro cabo un ladrillo (pasando el cordel por el agujero del centro) y todos reían y Amando García le dijo a César Fuentes, moviendo cómicamente las orejas, «Ahora tira el ladrillo por encima de la balaustrada, anda», y César Fuentes le replicó (a Amando García) «Ay, no, me puedo lastimar», y Jacinto le hizo un guiño de complicidad a César Fuentes previniéndole que Ginés Gil cortaría el cordel a tiempo y la sangre no llegaría al río, o sea que era una broma, pero Ginés Gil, fuese por la mella de la navaja (como afirmaba después, adoptando un socarrón aire compungido y analizando la hoja), fuese por el afán de apurar la novatada hasta el fin, falló esta vez, por lo que fuese no cortó el cordel, y, tras muchas vacilaciones (de César Fuentes), el ladrillo saltó violentamente el antepecho arrastrando en pos de sí los testículos de

César Fuentes, quien, al sentir el pungente desgarrón y observar las carcajadas en torno, se puso lívido y se desmayó, y Amando García, entre la hilaridad general, se asomó al pretil y dijo: «¡Anda coño, pues no se ha comido Gen las partes del paleto!» y, ante este desenlace inesperado, las risotadas subieron de tono, pero como César Fuentes no llevaba camino de volver en sí, pese a que Jacinto iba y venía del lavabo y le ponía en la frente algodones empapados en agua fría, los compañeros dieron la broma por concluida y fueron bajando de la azotea, en grupos de tres o cuatro, comentando las incidencias de la novatada (la cara de César Fuentes antes y después, la glotonería de Gen, el ingenio de Amando García) y el escaso juego que había dado el nuevo, mientras Jacinto iba y venía del servicio (caballeros) y le aplicaba mercromina en el escroto desgarrado. Al recobrar el conocimiento, las primeras palabras de César Fuentes fueron:

—¿Me caparon al fin esos maricas? —dijo, y Jacinto asintió y, como sorprendiera en el rostro de César Fuentes una mueca de rebeldía, intentó tranquilizarle:

—No te preocupes —dijo—, hoy día con eso de los trasplantes se hacen milagros.

César Fuentes vociferaba, las manos aprisionadas entre las piernas, y, a cada grito, sangraba más y, en vista de ello, Jacinto envió razón a Darío Esteban, quien, al ver el cuadro, no pudo reprimir la risa y reprendió a César Fuentes y le dijo, con su

grave voz de bajo, que si es que en su pueblo no se gastaban bromas, que enfadarse por una broma era prueba de incivilidad, que las novatadas curtían a los hombres, y, por último, que no se inquietara por tan poco, que los atributos masculinos no servían para sumar y que la Casa contaba con Refugios de Recuperación suficientes como para internar en ellos simultáneamente a todos sus empleados y que precisamente ésa era su gloria, pero, cuando César Fuentes regresó del Refugio de Recuperación, Jacinto pudo comprobar que la novatada, lejos de curtirle, le había debilitado: con la robustez de los músculos, César Fuentes había perdido la barba y el vello y la voz se le había aflautado.

A partir de entonces, Jacinto procuró solidarizarse con César Fuentes, estimularle, pero César Fuentes se hizo un maniático depresivo, los compañeros le llamaban Cesárea y él (César Fuentes) se obstinaba en que el hombre no era más que una fábrica de heces y si, en un noble afán de recuperarlo, Jacinto aludía torpemente a las mujeres, César Fuentes replicaba que la mujer era otra fábrica de heces generalmente más chica.

La tablilla, a la puerta de la cabaña, reza: «Refugio de Recuperación n.° 13». Y antes de entrar en él (en el refugio), Jacinto protege los ojos con la mano derecha a modo de visera, y aún puede vislumbrar el coche de Darío Esteban, envuelto en una nube de polvo rojizo, perdiéndose en lo alto de la vaguada. El polvo se cierne unos minutos so-

bre el valle y va disipándose gradualmente en la atmósfera queda y transparente. Se siente débil (Jacinto) pero inusualmente tranquilo y, al volverse, examina el refugio, revestido de troncos de pino, con tejado (de vertientes muy pronunciadas) de lascas de pizarra gris. En la trasera se halla el pozo, con el tinglado del depósito del agua en alto, el conmutador del motorcito y, debajo, el chamizo para aperos y herramientas. Darío Esteban le advierte al despedirse: «En la bodega hay de todo, Jacinto San José, víveres y combustible suficientes para medio año». El doctor le ha recomendado, sin embargo, dos meses de reposo ininterrumpido, y el propio Darío Esteban se lo repite en el coche, tan pronto Serafín pone el contacto: «Con dos meses, Jacinto San José, se repondrá. Esto suyo es una neurosis del sumador corriente y moliente». Luego, al doblar la esquina, Darío Esteban le enrolla un tapabocas de lana hasta los ojos, le hace recostar la cabeza en su hombro, y le dice suavemente: «No se preocupe por nada, Jacinto San José; la Casa lo ha previsto todo», solamente esto dice, y Jacinto se apoya confiadamente en su hombro y cierra los ojos porque el roce de los pelos de la bufanda se los irrita (los ojos). De vez en cuando, Darío Esteban le interroga: «¿Duerme, Jacinto San José?». El «No, Darío Esteban» de Jacinto sale como sofocado por entre la trama del tejido, pero se deja conducir (Jacinto) y, al cabo de media hora, oye la voz grave de Darío Esteban que repite monótonamen-

te: «Dos cosas quiero que se le graben a usted en la cabeza, Jacinto San José, sólo dos cosas, pero por favor no las olvide. Primera: Darío Esteban jamás dijo "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción"; eso son habladurías a las que usted no debe prestar oídos, y, segunda, ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni lingotes, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, ¿me comprende? Ustedes suman sumandos, ¿me oye?, creo que la cosa está clara». Jacinto intenta responder que sí, pero el tapabocas le amordaza y, por ello, se limita a asentir con la cabeza y Darío Esteban, que le ha pasado un brazo por los hombros, al observar sus esfuerzos, le oprime contra sí de forma que Jacinto advierta en su carne la huella del anillo pastoral, y le aconseja: «No se esfuerce, Jacinto San José, yo sé que me comprende». Después se abre el silencio y Jacinto, a pesar de la bufanda y a pesar de los párpados cerrados, siente los trazos verticales de los árboles y los livianos baches de la carretera y el rumor y el olor a paja quemada de los pueblos que atraviesan, y cada cierto tiempo Darío Esteban le pregunta: «¿Qué sumamos en la Casa, Jacinto San José?». Y él responde brumosamente, como desde las profundidades de un pozo: «Sumandos, Darío Esteban».

Al asomarse al arcén, divisa (Jacinto) dos bandas brillantes en la superficie del agua y vocea «¡Jacintooo!» y las entrañas del pozo responden «¡Intooo!» y la vaguada dice también «¡Tooo!» y,

tras el último eco, Jacinto sonríe y sale al sol, a la parte delantera del refugio, sobre la ladera que desciende suavemente hasta lo hondo del valle donde zigzaguea un arroyo de viva corriente cristalina, flanqueado de madreselvas, salces y zarzamoras. Más allá (del arroyo) la pendiente se empina de nuevo y la tierra rojiza, arcillosa, se abriga de pequeños robles, color café con leche, que se dispersan a medida que la ladera asciende. Casi en la cumbre, se divisa una franja de farallones rezumantes por el deshielo, y el gris de las rocas se torna amarillo y negro en las grutas y concavidades a causa de la humedad. En los calveros crece, a corros, la grama, de un verde violento en contraste con el rojo de la arcilla. Los robles de la ladera rematan la perspectiva a la izquierda, en la gran curva del valle, en tanto a la derecha ralean (los robles) entre una vegetación baja de brezos, espinos y aliagas florecidos. Junto al río, las ruinas de un viejo molino con dos muelas abandonadas, montadas una sobre la otra y, poco más abajo, un colmenar con seis dujos empotrados en la piedra parda ponen (molino y colmenar), en la corta y abrupta perspectiva, los únicos indicios, muy vagos, de compañía. Sobre este último (sobre el colmenar), en un claro como de una hectárea, donde el declive es menos acentuado, la tierra ha sido subsolada hace tiempo y el sol dibuja, entre los cavones rojos, brochazos profundos de sombras negras. Su mundo (el de Jacinto) concluye poco más allá entre una

espesa cortina de pimpollos repoblados quizá diez años antes. (También los pimpollos se alzan tras la cabaña, acotando la perspectiva por este lado.)

Jacinto inspira el aire, lenta, dosificadamente, y va expulsándolo en siseos entrecortados, psssssst-psssssst, haciendo consciente el mero hecho de respirar, concentrando sus cinco sentidos en el empeño. Pero Darío Esteban cree que se ahoga y le dice sobresaltado: «¿Tiene calor, Jacinto San José?». Y Jacinto asiente con la cabeza, que es su sino, y, ante su ademán, Darío Esteban desenrolla el tapabocas y le dice: «¿Por qué no lo dijo antes?». Y en el momento de abrir sus ojos deslumbrados (Jacinto), Serafín abandona la amplia carretera gris y toma otra carretera gris más estrecha y, un cuarto de hora más tarde, otra carretera, blanca, más ancha y, poco después, otra carretera de tierra rojiza aún más estrecha que la estrecha gris, y, por último, el camino, casi borrado por los tomillos y la galloga, y una vez más le dice Darío Esteban: «No lo olvide, Jacinto San José, Darío Esteban jamás dijo "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción" y "En la Casa no sumamos francos suizos, ni dólares, ni kilovatios-hora, ni señoritas en camisón sino única y exclusivamente sumandos", grábeselo en la cabeza». De pronto adelanta el busto (Darío Esteban) y anuncia: «Ya estamos llegando», y el coche vira entre cárcavas y matos de roble y, en ocasiones, abandona el camino para sortear una piedra y, en tales trances, Darío Esteban murmura «¡Cuida-

do!», y, al coronar la vaguada, aparece el tejado gris de pizarra y los dos frondosos olmos y el tinglado para el depósito y la caseta del motorcito detonando entre el verde de los pinos y el rojo de la tierra. Y una vez que Serafín detiene el automóvil, y Jacinto y Darío Esteban se apean, éste pretende inspirar hondo al tiempo que dice: «Cómo le envidio a usted, Jacinto San José», pero se le atraganta la brisa incontaminada del páramo y se le enreda entre los bronquios y le hace toser (él pretende conjurar la tos llevándose a la boca la mano del anillo) y enrojecer y doblarse por la cintura, entre ahogos y broncos carraspeos, y Jacinto le propina respetuosas palmaditas en la espalda (los primeros auxilios) hasta que el ataque cesa y Darío Esteban se yergue entonces y le entrega el enorme bolsón de plástico con las semillas y le indica la línea tirada a cordel alrededor del refugio, donde la tierra aparece cuidadosamente rastrillada, y le dice: «Ahí debe usted poner el seto, Jacinto San José. La cama ya está hecha; no tiene usted más que sembrar y regar».

Pero todo esto ocurría después de que Jacinto se mareara en la oficina al hacer ceros. Jacinto, a primera vista, con sus ojos azules aguanosos, produce la impresión de ser miope (además de probo) y a lo mejor lo es, pero esto no puede saberse a ciencia cierta porque, aunque nunca usa gafas, en la oficina arrima los papeles hasta casi rozarlos con la punta de la nariz, y las tardes de los domingos, que suele dedicar a jugar al parchís con doña Pal-

mira, doña Presenta, la cuñada de su patrona, y la señorita Josefita, la huérfana del piso de abajo, ruega a aquélla (doña Palmira) que baje la lámpara de flecos granates sobre el tablero de modo que hasta el más cegato pueda distinguir los números.

En vida de don Cristóbal, el marido de doña Presenta, la cuñada de doña Palmira, asilado en los Hermanitos de don Abdón porque se hacía todo en la cama, no jugaban al parchís ya que a don Cristóbal le aburrían los juegos intelectuales y «Yo si juego —decía— es para no pensar, ji-ji-ji», porque siempre hacía ji-ji-ji don Cristóbal después de hablar, aunque no dijera más que dos palabras, y, en vista de su actitud, jugaban a las carreras de caballos y a los entierros, porque a don Cristóbal le entusiasmaba hacer de jockey o de muerto, en particular lo primero, y cada vez que se ponía una escoba entre las piernas y correteaba atolondradamente por el pasillo, gozaba como un niño. De ordinario, estas reuniones terminaban antes de tiempo porque se conoce que, con las emociones, se le aflojaban a don Cristóbal los esfínteres y se hacía caca y pis en los pantalones y doña Presenta había de llevarle a toda prisa de la mano a los Hermanitos para que le mudasen. Y, tan enseñados estaban a él (a don Cristóbal ji, ji, ji), que el día que murió pareció morir con él toda iniciativa, hasta que pasadas unas semanas de desconcierto, doña Palmira, muy aficionada a las cartas, propuso jugar a la mona y al que perdiera darle el repelús.

Doña Presenta dirigía el repelús, naturalmente si no era ella la perdedora, y, a cada correctivo que imponía, le agradaba deletrear sádicamente la sentencia: «¡Sota!», exclamaba, y luego, mientras golpeaba la mano de la víctima, añadía: «Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña». O: «¡Cuatro, sopapo!», y lo propinaba. O: «¡Tres, revés!», y lo propinaba.

O: «¡Rey!, rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña», y propinaba cachetadas progresivas en el dorso de la mano del vencido, generalmente sin ensañamiento, excepto si salía «¡Cinco!, pellizco», puesto que, en este caso, doña Presenta estrujaba sin piedad las carnes de su víctima en un pellizco de monja, retorcido, ceñidísimo, hasta que aquélla (la víctima) gritaba: «¡Si empiezas así no juego!», gritaba, pero era algo superior a sus fuerzas (a las de doña Presenta) y Jacinto lo sabía y como Jacinto es un ser incapaz de evitarse un dolor a costa de quitar un gusto al prójimo, solía concluir el repelús, cuando perdía, con la mano en carne viva.

Meses después, al quedar huérfana la señorita Josefita, la invitaron a subir las tardes de los domingos y, aprovechando que eran cuatro, echar unas partiditas de parchís. La señorita Josefita era ya talluda, aunque se conservaba delgada, y acababa de empezar a jugar con las fichas amarillas después de tres años de luto riguroso porque doña Presenta le aseguró que el amarillo era alivio. Ja-

cinto, hombre servicial a más de probo, así que la señorita Josefita planteó el problema a raíz de su orfandad, recorrió todos los bazares de la ciudad buscando fichas negras y, como no las encontró del tamaño adecuado, adquirió unas de damas, pero resultaron grandes para los recuadros del parchís y, como Jacinto es capaz de hacerse los sesos agua antes que dejar a un prójimo en la estacada, resolvió la cuestión ahumando con una cerilla las fichas rojas antes de comenzar la partida. Mas con el uso y el manoseo, el humo se desprendía y cuando más abstraídos estaban en el juego, la señorita Josefita decía histéricamente cubriéndose los ojos con sus deditos de alambre: «Lo rojo, Jacinto, se ve lo rojo, me da reparo», decía, y Jacinto, pacientemente, extraía del bolsillo del chaleco la caja de fósforos y ahumaba la ficha de nuevo, y la señorita Josefita le sonreía y, al sonreír la señorita Josefita, se acentuaban las patas de gallo en los vértices de sus ojos, mas Jacinto, que a más de probo es un hombre bienpensante, no infería de ello que fuese vieja sino que su cutis era suave y delicado como el papel de fumar.

Con frecuencia, doña Palmira, ante estas manifestaciones de bondad, exclamaba: «¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?». Jacinto habrá escuchado esta exclamación posiblemente tres o cuatro millares de veces, pero no reparó en su alcance hasta que César Fuentes (Cesárea por mal nombre) le dijo una tarde junto

al río, con la misma vocecita atiplada de doña Palmira, cuando él (Jacinto), una vez más, intentaba rescatarle de su frustración: «¿Se puede saber de qué nido te has caído tú?», le preguntó César Fuentes, y, a partir de ese momento, Jacinto empezó a considerar la posibilidad de haberse caído de un nido y aun se interrogaba en el espejo sobre los lugares de donde podía haber caído. Doña Palmira coincidía con César Fuentes o, mejor dicho, César Fuentes coincidía con doña Palmira, quien cada vez que Jacinto regaba los tiestos o migaba pan en el balcón a los gorriones, le decía: «¡Ay, señorito Jacinto, a buen mundo ha venido usted a parar!», o bien, «Es usted demasiado de bueno para estos tiempos». Y Jacinto, aunque generalmente atribuía las expresiones de doña Palmira al sentimiento de la maternidad truncada propio de las sesentonas cálidas y célibes, empezó a dudar e incluso a admitir que bien pudiera haber caído en el mundo como un meteorito sin que nadie le llamara y, lo que era peor, sin que nadie le esperase.

Mas, a pesar de tener la convicción de no ser un niño de la piedra, puesto que en el registro figuraban los nombres de su padre y de su madre, Jacinto no podía recordarlos y los paréntesis con el «fallecido» o «fallecida» se le antojaban unos segundos o terceros apellidos, como un refuerzo en la matización. De su primera infancia, apenas conservaba Jacinto la huidiza imagen de una frondosidad humana tibia y protectora, un ancho muslo galopante

que en ciertos raptos de exaltación afectiva le estrujaba vigorosamente contra sus senos opulentos y le decía «corona» y «sol de mediodía» (desde entonces estas expresiones encierran para Jacinto, junto a la añorada sensación de seguridad, la quintaesencia del cariño desinteresado). Doña Palmira puntualizaba que en punto a abnegación, dejando de lado su riqueza en leche, nada como las amas gallegas, y el caso es que ella, la opulencia tibia y protectora, le dio su leche y años más tarde la noticia: «Tus papás, corona, murieron juntos electrocutados en una bañera».

¡Qué prisas!, ¿no es cierto, Jacinto? Tendrían que ir al teatro o algo parecido. (Jacinto abre mucho los ojos, pliega la frente, se palpa las mejillas y el espejo le devuelve su insulsa imagen. Su rostro crudo le apena. Se analiza minuciosamente.) *Eres un bicho raro, Jacinto, no digas que no, que a saber de qué nido te habrás caído tú, ya ves otros hombres a tu edad: casados y con un hogar que mantener. Sí, ya lo sé, a ver si crees que me chupo el dedo, Jacinto, figúrate si te conozco, menuda, lo que tienes es miedo, no disimules, miedo y nada más que miedo, y con tus reservas lo que quieres evitar es tener un hijo como tú, tan desconcertado y pusilánime, o como Gen sin ir más lejos, que por mucho que digas que Gen es feliz porque ha superado el complejo racional de pensar la mosca, a ti no te agradaría un hijo como Genaro, ¿verdad que no?, porque Genaro tendrá todo resuelto, no ha de preocuparse de la comida ni del qué dirán y, por aña-*

didura, no está en condiciones de pensar la mosca ni está responsabilizado, una bicoca, todo lo que tú quieras, Jacinto, pero con eso y con todo no te engañes, a ti no te gustaría un hijo como Gen, reconócelo, un individuo tumbado todo el día de Dios a la solisombra del alerce, un abúlico, que por muchas vueltas que le des, no hace otra cosa que orinar y mendigar un cacho de pan y una caricia del primero que pasa. En eso, de acuerdo, te dan a elegir entre Genaro y Amando García y te quedas con el del medio, lógico, menudo punto Amando, castrador de oficio o como quieras llamarlo, que te pones a escoger entre el castrador y el castrado y te buscan otra empatadera, Jacinto, que tampoco sería un plato de gusto un hijo como César Fuentes, ahí le tienes, desgraciado para los restos, ni carne ni pescado, que no es que sea un hermafrodita, qué más quisiera, ésos están por encima del bien y del mal, ahí tienes a don Abdón... Pero lo que es a ti se te ve venir de lejos, Jacinto, ya ves qué cosas, que lo que tienes es miedo, puro miedo, pero por mucho miedo que tengas, el mundo no va a cambiar por tu miedo; te guste o no te guste el mundo es así, Jacinto, eso por descontado, y si te asustan las novatadas de Amando García, o el Rey de Bastos o el Blanco de la Feria, no es porque sean bromas pesadas sino porque a ti, hijo, se te ha parado el reloj, como suele decirse, no has evolucionado, vaya, te vas afeminando, Jacinto, convéncete, que hay que echar esos escrúpulos por la borda, que si la ley espera a que las niñas se hagan mujeres para autorizar el matrimonio y que puedan procrear, tú nada vas a adelan-

tar aguardando a que las mujeres dejen de serlo para constituir un hogar sin hijos, Jacinto, testarudo, que eso va contra natura, ¿oyes?, y por otro lado, la señorita Josefita, con todo lo cabal que es, tampoco va a servirte, Jacinto, que tú lo que deseas son unos pechos de seguridad, y ella de eso nada; ¡anda éste!, unos pechos de seguridad, qué más quisiéramos todos, menuda, unos pechos salvamiedos, como cuando niños, igual, te quedas solo pidiendo, Jacinto, que eso se acabó con el destete, ya no queda, que el mundo ha dado muchas vueltas desde entonces y, después de todo, criaturas nacen todos los días, a ver por qué regla de tres tú no vas a engendrarlas, que es un pánico loco el tuyo, Jacinto, y eso no conduce a ninguna parte, te lo digo yo, que todas las cosas tienen sus riesgos y los hijos más, evidente, qué me vas a decir a mí, de siempre, ahí tienes la estatua del pasaje Laoconte y sus hijos devorados por las serpientes, menuda, como para echarlo a barato, si me hago cargo, pero te guste o no te guste, la vida es así, Jacinto, la vida es eso, devoras o te devoran, y si tú enseñas a tus hijos a no devorar les estás enseñando a ser víctimas, ya ves qué gracia, y si les enseñas a devorar les estás educando para ser verdugos, que tampoco es un momio que digamos, Jacinto, yo mismo lo comprendo.

Todo lo vivo movía a Jacinto a compasión. Los sábados, que en la oficina hacían semana inglesa, guardaba en el bolsillo de la gabardina la tapa de su bocadillo y a mediodía se llegaba al lago del parque en cuyas orillas se concentraban cisnes, pavos

reales, patos, palomas y gorriones y, una vez entre ellos, Jacinto emitía un silbido especial, bic-biiiiiiii-bic, y, en pocos segundos, se veía rodeado por toda la fauna de los alrededores. Su figura desmedrada resultaba tan inocua que palomas y gorriones se encaramaban sin recelo en su cabeza y sus hombros reclamando su ración y él sonreía, extraía del bolsillo el trozo de pan, sonreía, y murmuraba «Vamos, vamos, poquito a poco, hay para todos», sonreía y lo iba migando en el suelo pero, al acabar, le conmovían las implorantes miradas de las aves tímidas que no lograron atrapar ni una miga. Ello le indujo (a Jacinto) a dedicar a los pájaros los últimos miércoles de mes, y así, esos días, al salir de la oficina, compraba una hogaza de dos kilos y la migaba en la explanada del estanque. Los gorriones, con su agilidad diminuta, chipchissis, agarraban las migajas casi en el aire, mientras los patos y los pavos reales, poseídos de su corpulencia, espantaban con su aleteo, zás-zás, a las palomas, cuyo zureo tristísimo, zurrur, acongojaba a Jacinto, quien (Jacinto), para evitarlo, se volvía y revolvía, daba una carrerita y súbitamente regresaba, brincaba, se subía a un banco, intentando por todos los medios ahuyentar a las aves más poderosas, dar esquinazo a las más hábiles, pero, hiciera lo que hiciese, las cándidas palomas, zurruuur, quedaban ayunas y Jacinto pensaba que nada conseguiría aumentando el tamaño de la hogaza para repartir más entre los mismos, sino que la cuestión

estribaba en poner coto a la avidez insaciable de los fuertes y los arteros, ya que sin detener a los fuertes y los arteros, los débiles no comerían nunca, se decía, y esto le ponía melancólico y como apesadumbrado y reflexionaba sobre ello en su habitación, mientras regaba la begonia, la sansivieras y el ficus. Entre las plantas no existía competencia porque todas y cada una disponían de un pedazo de tierra, de un cepellón donde arraigar (pensaba) y él (Jacinto) las regaba diariamente, al caer la tarde, y, después, se extasiaba ante la nervadura difusa de la begonia, las recias hojas de bordes amarillos, erectas como espadas, de la sansivieras, y la caprichosa arquitectura troceada del ficus. Y si accidentalmente asomaba doña Palmira y le sorprendía en trance, le reconvenía maternalmente: «Regar tiestos es tarea de señoritas, señorito Jacinto. ¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted?».

La tierra embebe el agua con un siseo ávido y sedante, fsssssst, como de combustión, y al formarse los primeros charcos Jacinto cierra el grifo, enrosca la goma y la cuelga de la horquilla que forma con el tronco la rama truncada del olmo. El sol se acuesta ya y empieza a notarse el relente, mas, antes de recogerse, Jacinto inspira el aire dos o tres veces, a pequeños sorbos, y lo deja escapar con intermitencias, en ondulantes silbidos, buuuuibuuuibuuuuic. A la luz crepuscular, cruzan sobre su cabeza, como dos ráfagas azuladas, dos tórtolas en dirección a la pimpollada. Ya en la cabaña, Ja-

cinto enciende la lámpara de queroseno, toma un libro de la estantería y se repantiga en un sillón arrimando los pies a la chimenea. «Estás flojo, Jacinto», se dice (Jacinto). Está persuadido de que el ejercicio ha sido moderado y sin embargo se encuentra cansado. Por la mañana ha bajado al molino y en el cauce de agua helada se ha bañado los pies, ante el susto de las truchas fugitivas entre las piedras del fondo o las salcinas de las riberas. Por la tarde, Jacinto siembra el seto en torno al refugio, mezclando la semilla con tierra seca, a dosis parejas, tal cual le han aconsejado, rastrillando suavemente, al final, la superficie de tierra removida. Luego, atornilla la manga al grifo de la pila, junto al pozo, y riega pausadamente la banda sembrada. El silencio y la soledad durante toda la jornada le han confortado. Apenas los buitres despegando silenciosamente de los farallones de enfrente, la baribañuela atisbando la pimpollada desde la altura o los traseritos blancos de los conejos arrancándose de los robles a su paso, le han dejado (a Jacinto) una vaga sensación de vida en torno. Fuera de esto y del chapaleo del arroyo, chuap-chuac, del graznido de las grajetas, quiiiá, y de los conciertos esporádicos de mirlos, chinc-chinc-chinc, y ruiseñores, choquipiupiupiupiú, el silencio es total. Ahora se halla bien así, un libro a la mano que no piensa leer (un libro en la recámara), la nuca reposando en el respaldo del sillón y, en el hogar, la lumbre crepitante, clep-clip, que él (Jacinto) alimenta

arrojando de cuando en cuando a las llamas un leño de roble. Desde su butaca domina el interior de la cabaña, de una sola pieza, que los estantes de la librería parten convencionalmente en dos: el living, amplio y confortablemente amueblado, y el dormitorio, de dos camas gemelas, frente a las cuales dos puertas dan acceso al servicio (caballeros) y a la diminuta cocina de gas donde Jacinto se ha preparado la primera comida (sopa y albóndigas) y cuya ventana se abre sobre los olmos y el pozo de la trasera. El revestimiento de tarima de embero abriga la soledad lo mismo que los grabados, los libros, los visillos, las cortinas y la cabeza del egocero negro de ojos brillantes y afilada cornamenta (doble) pendiente de la campana de la chimenea. Antes, Jacinto ha recorrido las dependencias de las provisiones, despensa y bodega, y, al hacerlo, las lágrimas afloran a sus ojos y sus labios musitan como una plegaria: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». No falta nada allí y la abundancia le infunde una garantía de supervivencia. Y cada vez que descubre una nueva clase de sopa, ignoradas filas de latas de conservas en un rincón de la bodega, cajas enormes de pan de molde protegido en bolsas de plástico o los bidones de gas para la cocina, la estufa o el frigorífico, Jacinto frota una mano con otra y experimenta un repentino deseo de orinar (el sosiego y la independencia resultan muy diuréticos para Jacinto). Sin embargo, algo ha empañado su tranquilidad cuando dis-

ponía la comida sobre el fogón de la cocina: al dar forma a las albóndigas se ha mareado.

Al rematar el octavo cero, Jacinto advirtió los primeros síntomas: una niebla insondable ante los ojos, una súbita compresión en el estómago e, inmediatamente, la náusea. Levantó la pluma del papel (Jacinto) y probó de cerrar los ceros más despacio, pero el resultado, si paulatino y más retardado, fue idéntico. Ensayó, entonces, con los seises, los ochos y los nueves y con cierta perplejidad comprobó que las curvas ceñidas de estas cifras no le ocasionaban ningún trastorno, mas, al repetir una vez más con el cero, el mareo se reprodujo, sintió (Jacinto) como una lagartija en la médula («Esto podría ser el fin», se dijo), el sudor escurriéndole de las axilas mientras su cabeza se llenaba de desconcierto. Ahora el mero hecho de mirar los ceros le causaba pavor, hasta tal extremo que cerró los ojos y se abanicó disimuladamente con un rimero de impresos, pero el mal progresaba y la sensación de inestabilidad despertó en él una indiferencia hacia todo. Torpemente se levantó y, dando traspiés y apoyándose en las mesas de sus compañeros, se trasladó al servicio (caballeros), llenó el lavabo hasta los bordes y sumergió en el agua cara y cabeza, mas, al sacarlas, tiritaba y le castañeteaban los dientes, nenennnnn. Desde el espejo le contemplaba un rostro céreo y desdibujado, y Jacinto le imploró, *Jacinto, anda, no seas tonto, que te coja ella, estás enfermo, vaya una cara, si pareces un desenterrado, ¡Dios*

mío!, pobrecito, pero pídeselo por favor, ¿eh?, que te coja y te apriete hasta que te saque todo ese frío que llevas dentro. No te preocupes de Darío Esteban, no dirá nada, qué va a decir, si estás malo, menuda, figúrate que te inutilizaras para sumar, a ver qué ibas a hacer, el propio Darío Esteban lo ha dicho mil veces: todas las grandes empresas de la Historia se han hecho sumando. Todo a fuerza de sumar, sumar lo que sea, no importa qué, pero si no puedes sumar, te convertirás en un inútil, Jacinto, convéncete, a ver por qué registro ibas a salir, dime, y si te quedas parado te devorarán las serpientes, eso fijo, mira Laoconte. Haz un esfuerzo, anda, no seas bobo, y pídeselo, que te coja y te apriete, como cuando chiquitín, ¿recuerdas?, «Duérmete, corona», como un edredón, ¡qué seguridad!, toma, toma, tú y cualquiera, hijo, pues no pides tú nada, menuda, que a lo mejor doña Palmira lleva razón, que era gallega y las gallegas hacen mucha leche, Jacinto, sin más que beber cerveza. Sí, ya te comprendo, que volver a pedirle que te coja es mucho pedir, porque a fin de cuentas, Jacinto, las amas gallegas dejaban a sus hijos pobres allí para que les devorasen las serpientes y ellas venían aquí para que las devorasen los niños de las serpientes, ¿comprendes? Por eso debes pedírselo humildemente, por favor, y una vez te estruje bien, del todo, y te saque del cuerpo todo el frío, debes decirle «Gracias, señora, y perdone por lo pasado».

Se humedeció los labios con la punta de la lengua y se atusó los párpados, y así que la náusea cedió, Jacinto se inclinó sobre el grifo y bebió dos bu-

ches de agua, apoyó la frente en el espejo y permaneció un rato inmóvil, aliviado por la frescura de la superficie, intentando refrenar su respiración desbocada. De regreso al pupitre, junto al ventanal (desde el que divisaba cada mañana a don Abdón haciendo el aliguí a Gen:

Aliguí, aliguí
con la mano, no
con la boca, sí

con los bordes de una loncha de jamón o el esqueleto de una codorniz), se encontró más repuesto, cambió el plumín corona por un plumín cervantina y lamió éste levemente antes de introducirlo en el tintero. Con la mano izquierda bajo la camisa desabotonada, arrimó la nariz hasta casi tocar el papel (Jacinto), buscando la estabilidad de sus vísceras en lo consuetudinario, y, de este modo, redondeó los ceros sin entorpecimiento, pero, en el tercero del segundo sumando, el mareo se reprodujo acentuado (el vértigo fue tan violento que Jacinto apretó los párpados con todas sus fuerzas e instintivamente se asió al vuelo del pupitre, mientras su estómago se fruncía como una esponja oprimida y la boca se le llenaba de agua). Al cabo de unos segundos, se incorporó y se presentó como un sonámbulo ante el minarete de palo campeche de Darío Esteban y «¿Qué le ocurre, Jacinto San José? —dijo Darío Esteban al verle—, tiene mala

cara», y, al intentar explicarse, Jacinto notó la lengua empastada y el sudor frío de la frente congelando sus ideas, pero dijo, solamente dijo, «Me mareo al hacer ceros, Darío Esteban; es una cosa extraña», eso dijo Jacinto San José y el otro, Darío Esteban, le contemplaba con un trasfondo de socarronería en los ojos, en su pigre rostro de luna llena, e inquirió «¿No será la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José?», y Jacinto, sumisamente, «Eso está olvidado, Darío Esteban, se lo aseguro», y añadió mediante un esfuerzo «Con los seises y los nueves me defiendo, incluso con los ochos, Darío Esteban, dése cuenta, con lo sinuosos que son, pues nada, sólo con los ceros», y, a todo esto, Darío Esteban le observaba asintiendo y luego dijo «Ya, ya. ¿Y hasta hoy no advirtió nada, Jacinto San José?» y, «Nada, Darío Esteban», respondió Jacinto, pero ya Darío Esteban le había interrumpido diciendo: «Disculpe», y enfocaba sus prismáticos hacia el ala oeste de la oficina, los graduó, pulsó el botón 83 del interminable teclado, bajó la palanquita del dictáfono y con voz aterciopelada pero autoritaria dijo por el micro: «El 83, de rodillas de cara a la pared; aquí no se viene a hablar, ¿ha oído el 83?» y, al instante, el 83, Ernesto Blanco, el 83, se arrodilló dócilmente al recibir el mensaje por los auriculares, mientras Darío Esteban cumplimentaba sobre su pupitre de palo campeche el impreso con su impecable caligrafía carolina y, al terminar de rellenarlo, se lo alargó a

Jacinto y le dijo: «Jacinto San José, preséntese con esto en el Dispensario Don Abdón, ya sabe, en la esquina de la Avenida Don Abdón; allí le atenderán».

El doctor ordena a Jacinto descubrirse el torso, tenderse en la mesa, le examina el ojo derecho con una lupa, le explora el pecho, le hace sentarse en la mesa con las piernas colgando, le introduce algo como una brújula en la articulación del codo (después de enrollarle una goma en el brazo) y, finalmente, le golpea por tres veces la choquezuela con un martillito como de juguete y la pierna de Jacinto, indefensa y sin apoyo, tira tres puntapiés al aire, al vacío, y Jacinto, acobardado de su descontrol, sonríe y murmura confundido:

—Discúlpeme, doctor; no lo hago aposta.

El doctor prosigue su minuciosa exploración en silencio, imperturbable e inescrutable, parsimoniosamente, y al fin, sin mirarle, le pregunta con voz impersonal:

—¿Síntomas?

—¿Cómo? —inquiere Jacinto.

—Dígame qué nota.

—Bueno —aclara Jacinto—. Al hacer ceros me mareo; eso es todo.

El doctor utiliza el interrogatorio como antes el mazo de juguete, en golpes cortados y secos:

—¿Cuántos ceros?

Jacinto levanta los hombros

—Depende —dice.

—Depende. ¿De qué depende?

—Qué sé yo, de las circunstancias —dice Jacinto.

—¿Hay circunstancias en que usted precisa hacer más ceros que otras para marearse?

—Así es.

—¿Cuántos mareos le han dado haciendo ceros? —dice el doctor, impaciente.

—En rigor, la primera vez llevaba media hora trabajando y calculo...

—Concrete, por favor.

—La primera vez en el octavo cero, y la segunda, en el quinto.

—Veamos —musita el doctor, y le tiende una receta virgen y un bolígrafo y añade—: Escriba ceros hasta que se canse.

Al iniciar la retahíla de ceros, Jacinto sonríe tontamente pero, conforme progresa, siente sobre la nuca la abrasadora mirada del doctor y le va naciendo en el vientre una gélida angustia y la mano le tiembla y no ha rematado aún el sexto cero cuando el doctor, al advertir el creciente temblor de su mano, pregunta:

—¿Ya?

—No, no —dice Jacinto—. Sucede lo que en el dentista, basta que esté usted ahí...

—Continúe —conmina el doctor, quien sigue las evoluciones del bolígrafo sobre el papel con atención concentrada. Al cabo de un rato, el doctor se endereza resoplando—: Es chocante —dice—.

Usted no escribe ceros sino oes, ¿nunca había reparado en ello?

Jacinto alza la cabeza desorientado y este simple gesto (alzar la cabeza) parece irritar al doctor:

—Sí —agrega—. ¿Es que no me explico? Lo mire por donde lo mire, eso —señala el doctor con el índice uno de los ceros del papel—, lo mire por donde lo mire, no es un cero, es una O.

Jacinto parpadea como una liebre sorprendida en la cama y, a cada parpadeo, sus cándidos ojos azules aparecen más desconcertados. Apunta con un hilo de voz:

—¿Y eso puede ser grave, doctor?

El doctor no responde, toma una ficha de encima de la mesa y dice a su vez:

—¿Edad?

—Cuarenta y cuatro —dice Jacinto y, para hacerse grato al doctor, sonríe y añade en tono humorístico—: Capicúa.

Pero el doctor machaca ahora implacablemente con el martillito de juguete:

—¿Casado?

—No.

—¿Viudo?

—No.

—¿Divorciado?

—No.

—¿Soltero, entonces?

—Sí.

El doctor anota en la ficha nerviosamente:

—¿Vida sexual ordenada?

—¿Cómo?

—¿Vida sexual? —insiste el doctor.

Jacinto emite una risita contenida y se encoge de hombros:

—No gasto —confiesa.

—Ajajá —dice el doctor—, así que no gasta, ¿eh? —y ahonda en sus ojos (los de Jacinto) y agrega—: ¿Ha reparado usted en que su nombre concluye en una O?

—Es cierto, ni me había dado cuenta —conviene Jacinto intrigado.

—Veamos —prosigue el doctor, y le alarga nuevamente la receta y el bolígrafo—. Escriba ahí su nombre.

Jacinto escribe *Jacinto* y levanta los ojos.

—Observe, observe —dice el doctor—. ¿En qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba?

Jacinto esboza una sonrisa amedrentada mientras compara y, luego, sin cesar de mirar al papel ni de sonreír, dice:

—¿Sabe que tiene usted razón, doctor? Son exactamente iguales.

—Yo soy quien debe decir si son iguales o diferentes —voceó Darío Esteban—; su obligación es sumar, de lo demás no tiene por qué preocuparse.

Estaba visiblemente alterado, Darío Esteban, y sus gestos y movimientos, perdido el autodominio, delataban su indignación. Jacinto jamás le había

visto así salvo cuando el incidente de Genaro, meses antes de la degradación, puesto que, de ordinario, las reprimendas de Darío Esteban (y sus castigos) venían envueltas en mesura y dignidad, y su disposición (la de Darío Esteban) solía ser reflejo de la de don Abdón, que Amando García comunicaba a media voz tan pronto don Abdón franqueaba la puerta: «La Otis trae hoy los bigotes hacia arriba» (indicio de tolerancia) o: «La Otis trae hoy los bigotes hacia abajo» (indicio de intransigencia), y él (Darío Esteban), desde su minarete de palo campeche y con los prismáticos en los ojos, estaba aun en mejores condiciones que Amando García para sorprender la posición de los bigotes de don Abdón, pero ahora Darío Esteban, sin darse a razones, vociferaba, sin darse a razones, pese a que a Jacinto le constaba que don Abdón había llegado con los bigotes hacia arriba y, tal vez por ello, tal vez porque lo estimó un deber, Jacinto intentó hacer ver a Darío Esteban la conveniencia de informar al personal sobre las cifras que sumaban, ya que aunque él (Darío Esteban) asegurase que todas las cifras eran iguales, resultaba evidente que había cifras que iban en tinta roja y otras en verde, luego no eran iguales, y que —añadió Jacinto—, por si no lo sabía, días antes, en el Refectorio, estuvo a pique de producirse un motín por esta causa, cuando un compañero (no importa quién) apuntó que sumar sin saber qué desanimaba al personal y fomentaba la difusión de bulos, ya que había quien

afirmaba que eran dólares y quien que francos suizos y quien que kilovatios-hora (lo que sumaban) y no faltaba quien sugiriese que podía tratarse de drogas, negros o señoritas en camisón (trata de blancas), puesto que existían quienes traficaban con drogas, negros y señoritas en camisón, y que lo más congruente —añadió Jacinto— para terminar con las habladurías sería informar al personal, puesto que nadie disminuiría su rendimiento por identificar las cifras que sumaba y, por otro lado, subsanando esta omisión se evitaría que algunos padeciesen escrúpulos de conciencia pensando que sumaban algo feo y, a todo esto, Darío Esteban escuchaba hierático desde lo alto del minarete de palo campeche y Jacinto pensaba: «Se diría que me han dado cuerda», y la cara de Darío Esteban, a lo largo de su discurso (del de Jacinto), se puso primero amarilla, luego verde y, por último, encarnada y, cuando parecía que estaba a punto de estallar, abrió la portezuela del púlpito, se deslizó a caballo por el pasamanos y, al aterrizar sobre la alfombra de nudos, dijo:

—Sígame, Jacinto San José.

Ya en la Sala, la mejilla derecha de Darío Esteban empezó a hervir (se le formaban burbujas de carne que subían y bajaban como si el carrillo entrara en ebullición) y a trompicones pronunció un discurso patético, de mímica histriónica, el tono alternativo entre la iracundia más desbridada y la abyección impetrante (y en estos trances sus ojos se

anegaban de lágrimas), circunstancia que Darío Esteban aprovechaba para esgrimir argumentos incontestables: a) Deuda perpetua hacia don Abdón. b) Nadie debe recibir en el mundo otro dinero que el necesario para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y el plazo de amortización periódica del televisor. Dar menos, sería inhumano; dar más, inducir al vicio y, por tanto, inhumano igualmente, y c) En don Abdón, S.L., preguntar equivale a robar, supuesto que don Abdón pagaba por sumar y no por preguntar.

La mención de don Abdón, la lógica irrebatible del salario mínimo-máximo (que demostraba cumplidamente que don Abdón no era un hombre de presión), el hervor de la mejilla de Darío Esteban, hacían titubear a Jacinto, *pero tú, Jacinto, dale que te pego, y no por terquedad, si lo sabré yo, sino porque nunca te ha gustado dejar las cosas a medias, que lo que empiezas lo acabas, desde chiquitín, desde que eras así, y entonces fue cuando le soltaste lo de la confusión, y lo de los rumores, y lo de los bulos, y él (Darío Esteban) venga de mirarte a lo alto de los ojos, como si te contara las pestañas, pero te dejaba hablar, y cuando te desahogaste, ¿recuerdas?, tiró de bloc y bolígrafo y «nombres, nombres», que quiénes eran los que decían que sumaban kilovatios-hora y quiénes eran los que decían que sumaban dólares y quiénes eran los que decían que sumaban negros y quiénes eran los que decían que sumaban señoritas en camisón, mecachis, que no sabía decir otra cosa, pero tú,*

Jacinto, chitón, bueno eres, que otros defectos tendrás pero de confidente, nada, punto en boca, que, cuando te arrancaste, bien creí que le daba la congestión (a Darío Esteban), Jacinto, se necesita valor, que yo creo que ni te diste cuenta de lo que decías, «Todos tenemos debilidades, Darío Esteban; recuerde que usted mismo antes de ascender a celador nos dijo un día en el Refectorio: "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción"»; madre de Dios, Jacinto, cómo pudo ocurrírsete, que tienes unas cosas, si le pinchan en ese momento (a Darío Esteban) apuesto doble contra sencillo que no le sale una gota de sangre, fíjate, pero disimuló, a ver qué remedio, por la cuenta que le tiene, menuda, venga de dar vueltas con la punta del bolígrafo, «nombres, nombres», la cara azul, casi negra, ¡Virgen!, y dale, «nombres, nombres», y tú tan tranquilo, Jacinto, como si no fuera contigo, igual que un sentenciado que antes de morir aspirase a decir todo lo que piensa, «Yo pregunto, Darío Esteban, pero si usted no puede responderme, tan amigos, por eso no hemos de regañar, faltaría más, franqueza por franqueza, que otros defectos tendré pero a celoso y trabajador pocos me ganarán», y él (Darío Esteban) nadando y guardando la ropa, lógico, deseando desviar la conversación, a ver, si un color se le iba (el azul) y otro se le venía (el rojo), y que si la memoria no le era infiel contabas con tres Premios del Sumador, diciembre del 49, marzo del 62 y junio del 67, menuda retentiva, Jacinto, las cosas como son, con el personal que somos, y si quieres más pide por esa boca, te doró la píldora,

que de tu conducta no tenía queja, pero te volvió la tortilla, a ver, aplicación máxima, caligrafía carolina sobresaliente, pero, como quien no quiere la cosa, la preguntita sobre lo que sumabais era improcedente y hasta con sus ribetes de subversiva, que te dejó de piedra, Jacinto, pegado, como vulgarmente se dice, no digas que no, buena prisa te diste a recoger velas, que parecías otro, como si se te hubiera acabado el gas, que disculpara (a ti), que si preguntaste fue de buena fe (tú), que no pretendías sino mirar por la prosperidad de la Casa, Darío Esteban, con el exclusivo objeto de estimularos, y él (Darío Esteban) venga de escribir de corrido y, al concluir, le recordó (a Jacinto), le recordó que por menos habían degradado a Genaro Martín, correctivo que, como cabía esperar del buen corazón de don Abdón, se trocaba en premio ya que despojar a un hombre de prejuicios y responsabilidades equivalía a abrirle las puertas del paraíso.

Jacinto asentía (sí, sí, sí) abrumado, decidido a volver su argumentación y, sin venir a qué, Darío Esteban le preguntó a bocajarro si conocía la teoría de la evolución de las especies del señor Darwin, y Jacinto, que sumariamente, sólo sumariamente, y Darío Esteban, que observara que don Abdón no era evolucionista sino revolucionista, esto es, pensaba que el mono provenía del hombre y el hombre del mono, las dos cosas, esto es, que el hombre, tras progresar hasta la madurez tope, regresaba al punto de partida, y que el momento de la regre-

sión parecía llegado y, de este modo, al degradar a Genaro Martín no hacía sino facilitarle el retorno a formas humanas más elementales, o sea, al origen, o sea, al estado de naturaleza, o sea, a la obviedad instintiva, o sea, por decirlo en una palabra, al estado de felicidad.

Sobre las doce del mediodía coma al salir de la escuela coma los dos mellizos de Genaro coma Pedro Juan y Juan Pedro coma llegaban galopando por la acera de losetas hexagonales coma doblaban como centellas abrir paréntesis aferrándose con la mano derecha a los barrotes cerrar paréntesis la puerta de hierro y decían de pasada buenos días papá y coma galopando por los senderillos de ceniza entre los bojes y los arriates coma confluían en la escalinata de mármol coma se asomaban a la Conserjería coma y decían con el aliento entrecortado al señor Artemio coma el Conserje coma el permiso para mi papá y coma en tanto coma Gen coma que les había olfateado coma abandonaba la caseta arrastrando la cadena coma sacudía frenéticamente la cabeza de un lado a otro y se quedaba mirando para la Conserjería con sus ojos avellana momentáneamente vivaces coma huecas las orejas como trapos almidonados coma cimbreando impacientemente el peludo trasero y coma al divisar a los mellizos corriendo alocadamente hacia él coma flameando el papel del permiso coma se excitaba todo y empezaba a dar tirones de la cadena hasta deshollarse el cuello y entonces se encogía

coma apocado coma aguardando a que sus hijos cambiaran el clip de la pesada cadena por el clip de la flexible correíta que su mujer le regalara por Reyes para salir de paseo punto Gen se sentía feliz entonces con los mellizos cabrioleando en torno suyo coma turnándose para llevar la correíta y coma si a él le daba por agacharse sobre las losetas hexagonales o arrimarse a un árbol o a una farola y alzar la pierna izquierda coma ellos aguardaban a que desaguase y reían alborozados y se decían dos puntos ¿Te has fijado cuánto pis hace ahora papá?

Las manos y los pies de Gen habían criado unas callosidades protectoras al tiempo que sus dedos se resumían coma y las uñas se curvaban robustecidas sobre ellos coma afilándose en los extremos como garras punto Era la suya una transformación general y progresiva ya que coma aparte el tupido vello que le cubría tronco y miembros abrir paréntesis un vello marrón y blanco coma pintojo coma caprichosamente veteado coma tan espeso que impedía ver la carne cerrar paréntesis coma el pecho se le abombaba en tanto las caderas magras y escurridas se recogían en las gráciles curvas de los muslos y coma por otra parte coma los brazos y las piernas se estilizaban coma aunque no se debilitaran coma y en aquéllas los juegos de las rótulas se invertían coma esto es coma se articulaban hacia atrás en lugar de hacia adelante punto Pero los mellizos no reparaban en fruslerías coma decían dos puntos ¡Corre, papá! coma decían coma y Gen

se lanzaba a un galope desenfrenado arrastrando al muchacho que portaba la correa y el muchacho que portaba la correa gritaba entrecortadamente coma con el viento en la cara coma voceaba dos puntos ¡Para, papá, por favor, que me caigo! y coma al detenerse Gen coma resollaban los tres coma Gen a un ritmo más agitado abrir paréntesis dos o tres resuellos por cada uno de sus hijos cerrar paréntesis entornando los ojos legañosos y mostrando un palmo de lengua sonrosada punto y aparte

Una vez en el cinturón de verdura de los arrabales coma los mellizos coma extenuados coma se sentaban en un ribazo o se encaramaban a una arqueta y charlaban coma pero Gen coma ajeno a sus conversaciones coma deambulaba aburridamente entre ellos coma les ponía las manos enlodadas sobre el jersey o les lamía repetidamente la cara y ellos le apartaban riendo coma papá ¡anda a echar! coma le decían y Gen coma dócilmente coma después de describir una docena de círculos en torno suyo coma examinando el terreno coma se enroscaba a sus pies punto y aparte

Abrir paréntesis Una tarde que los hijos de Gen le chillaban según corría a su padre ¡para, papá, por favor, que me caigo! y Gen no se detuvo coma Pedro Juan hubo de soltar la correa y cuando Gen coma a sus voces coma regresó coma Pedro Juan le flageló ásperamente con el extremo de aquélla y Gen aceptaba el castigo sumisamente coma encu-

clillado coma mirándole desde el borde de los párpados coma la esclerótica enrojecida coma sin rechistar punto Juan Pedro le reprochó a su hermano su conducta coma has pegado a papá, Pedro Juan, le dijo y Pedro Juan en principio se compungió coma mas al instante coma reventó en una risotada y es verdad, oye, le pego y no me regaña coma dijo y a partir de entonces cada vez que Gen desobedecía coma sus hijos le azotaban con la correa y la actitud doliente y resignada de Gen durante la flagelación producía en ellos una incontenible hilaridad cerrar paréntesis punto y aparte

Tan pronto alcanzaban el descampado coma los mellizos soltaban el clip para que su padre se desfogase corriendo a cuatro patas sin ton ni son por los sembrados y los pinares y coma desde lo alto del ribazo coma los muchachos seguían sus evoluciones coma le veían ir y venir coma gazapear coma rascarse tenazmente el lomo con el pie coma rastrear entre los surcos y si ocasionalmente coma guiándose por el olfato coma Gen descubría un basurero o los restos de alguna merienda campestre coma se detenía escarbando hasta hallar algo que le apeteciera y coma en esos casos coma se azorraba y engullía lo que fuere vorazmente coma mirando de través y si los niños en tal trance le molestaban coma Gen les rutaba mostrándoles los colmillos y ellos reían y comentaban dos puntos Vaya un hambre que tiene ahora papá, se come hasta los huesos coma comentaban punto y aparte

Las mañanas soleadas de los domingos Jacinto les acompañaba pero coma incapaz de parear su marcha a la de Gen y los pequeños coma se rezagaba meditando y coma a veces coma conectaba el transistor punto Al principio trató de platicar con Gen seriamente pero nunca recibió otra respuesta que un aullido o un lengüetazo en la cara y coma ante estos fracasos coma Jacinto decidió comprar el transistor ya que le deprimía ver a Gen corriendo de la ceca a la meca durante horas por los sembrados e imaginó que el programa dominical matutino de la EAV 83 coma La Voz de Don Abdón coma la emisora local coma le retendría supuesto que la zarzuela desde niño le había entusiasmado punto Y en efecto coma la primera vez que Gen oyó el Coro de Segadoras de *El rey que rabió* coma se ovilló a sus pies y permaneció inmóvil junto al aparato coma los párpados entornados coma hasta que el programa concluyó coma pero al domingo siguiente coma la música apenas retuvo a Gen más allá de un cuarto de hora y coma a partir de entonces coma rara fue la ocasión en que Jacinto logró que Gen permaneciese echado un minuto seguido coma ya que bastaba el paso de un rebaño coma una caballería o una motocicleta por la cañada para que se arrancase furiosamente reclamando agua coma guá-guá-guá coma a grandes voces punto A Jacinto le alarmaba el creciente desapego de Gen hacia manifestaciones que hasta entonces le habían cautivado y su alarma aumentó la maña-

na que descubrió en el extremo inferior de la espina dorsal de Gen coma sobre el ano coma una protuberancia pilosa punto y aparte

Éste fue el inicio de la profunda transformación psíquica de Gen coma puesto que al llegar la primavera comenzaron los éxtasis acompañados de parálisis y arrebatos extemporáneos punto Ya no eran sólo los rebaños coma las motocicletas y las caballerías coma sino los niños y las aves de corral quienes ponían a Gen fuera de sí coma particularmente las gallinas le exaltaban de tal manera que coma pese a que Jacinto le llamaba y le amenazaba coma Gen no obedecía mientras no viera a las gallinas huyendo en alborotado revuelo por encima de las bardas de los corrales punto Mas todo esto era nada comparado con los trances coma los enajenamientos y los temblores convulsos coma provocados por motivos baladíes coma que Gen empezó a sufrir en los primeros días de mayo punto El primer ataque le sobrevino cuando Gen correteaba alegremente por un patatal coma la nariz pegada al suelo como era su costumbre y coma de pronto coma sin saber por qué ni por qué no coma se detuvo coma quedó en suspenso coma rígido como un palo coma el trémulo cuerpo levemente arqueado coma patitieso coma los ojos avellana clavados en una planta coma la boca babeante entreabierta coma como si sonriese coma y Jacinto coma al verle en tal estado coma corrió hacia él y trató de volverle en sí atusándole el lomo y hablándole tier-

namente coma Gen no hagas tonterías ¿es que te sientes indispuesto? coma pero Gen coma enajenado coma no oía sus palabras ni sentía sus caricias punto y coma únicamente miraba y temblaba y así permaneció varios minutos hasta que de improviso saltó coma las manos juntas coma como pretendiendo atrapar algo coma nerviosamente coma y de entre sus dedos coma junto a la nariz coma voló con un breve silbido biiiiiiir una codorniz punto Jacinto suspiró ¿estás tonto, Gen? no es más que un pájaro coma repetía coma pero Gen corría desalado a contrapelo de los surcos hasta que la codorniz se ocultó tras un almendro coma mas a partir de aquí coma las visiones de Gen menudearon y a cada una coma su arrobo iba en aumento coma con la particularidad de que era suficiente una musaraña coma una calandria o una comadreja para provocarlas coma y su extraño comportamiento se agudizó con la presencia de una perrita cocker que su dueño coma el director de la Banca Don Abdón coma sacaba cada domingo a pasear por los pinares punto La perra impresionó tanto a Gen que no se separaba de ella coma la cercaba coma brincaba en su derredor coma se ensimismaba contemplándola coma los ojos engolosinados coma huecas las orejas coma atento al menor movimiento punto Y el director de la Banca Don Abdón decía dos puntos ¡Ojo! más vale que lo sujeten; está alta la perra coma pero Gen se aproximó a ella coma la olisqueó por detrás y la perra le olis-

queó a él por detrás y los niños corearon con gran regocijo coma ¡se han hecho amigos, se han hecho amigos! coma gritaron coma y Jacinto ¡Gen, toma aquí! coma mas Gen y la perra continuaban olisqueándose mutuamente hasta que el director de la Banca Don Abdón propinó un puntapié a la perra y la perra emprendió una loca carrera por las huertas y Gen corría tras la perra y Jacinto corría tras Gen y los mellizos corrían tras Jacinto y coma en éstas coma se asomó el hortelano y chilló dos puntos ¡Es que no ven que me están escoñando el sembrado! coma pero ya la perra se había detenido en la linde y Gen junto a ella olfateándola y Jacinto junto a Gen y los mellizos junto a Jacinto coma mientras el director de la Banca Don Abdón silbaba bii-biii desde el otro lado de las coles y Jacinto coma vistas las dificultades coma amarró a Gen y tiró de la correa con todas sus fuerzas y Gen y la perrita se miraban todo el tiempo y ya en el almorrón coma Gen se puso bruto y no quiso beber coma ni siquiera hizo intención por complacer a Jacinto coma y Jacinto coma cautamente coma advirtió a los mellizos coma de esto ni una palabra a mamá ¿me habéis oído? coma luego amarró a Gen coma se quitó la chaqueta y se tumbó coma las manos en la nuca coma a la solisombra de los álamos coma profundamente contrariado punto y aparte

Al sol hace excesivo calor y a la sombra, batida por una fina brisa serrana, demasiado frío, y ante esta alternativa Jacinto coloca la tumbona a la soli-

sombra del olmo, junto al pozo, dos metros detrás de la caseta del motorcito y del chamizo de los aperos. Hay un silencio que los gorjeos de los gorriones, chiip-chissis, y los silbidos de los mirlos, chinc-chincchinc, y el zureo de las tórtolas en la pinada, currurrr, hacen aún más espeso. Y en los intervalos, cada vez que las aves enmudecen, llega a él (a Jacinto) el murmullo de los rápidos del río erosionando las piedras, chuap-chuac, meciendo las salcinas de las riberas. Jacinto tiene el transistor a mano pero no hace ademán de conectarlo. Está cansado a pesar de haber dormido y el vago recuerdo de la duermevela revive dentro de él, sin proponérselo, el canto nocturno del ruiseñor velando la eclosión de la pollada, piu-piu-piú-choqui-choqui. Alza los ojos buscando el nido entre la fronda de los olmos pero únicamente descubre, casi en la copa, el elemental tejido de palitroques de un viejo nido de urraca. De pronto, en la base del árbol, divisa (Jacinto) al agateador trepando en espiral por la corteza con sus patitas de fideo y, apenas alcanza (el agateador), tiit-tiit, el nivel de las ramas más bajas, vuela y va a posarse sobre la caseta del motor, observa a un lado y otro dubitativo (el agateador) y finalmente se introduce por el ensanche de una grieta entre dos tablas. Jacinto sonríe tenuemente. El pájaro permanece unos segundos oculto tras los troncos de la garita y, al cabo, reaparece para volar (en un vuelo irregular, de largos tumbos), tii-teroi-titt, hacia los pimpollos

de la ladera. «Está anidando», se dice (Jacinto), y tiende la mirada vertiente abajo, sobre brezos y aliagas, hasta topar con el molino derruido, sobre cuyos escombros se solean una pareja de perdices, inmóviles como piedras y, después, trepa (su mirada, la de Jacinto) por la vertiente opuesta, entre los robles y los calveros de grama, por el festón gris rocoso, de concavidades negro-amarillas, que sobrevuelan los buitres. Al alcanzar la cima, su mirada (la de Jacinto) regresa, se recoge hacia la cabecera del valle, más al norte, acaricia la espesura del robledal aún con hoja de invierno, toma el camino y llega a la cabaña: «Refugio de Recuperación n.° 13». Evidentemente el refugio es de construcción reciente. Allí mismo, a sus pies, en torno al pozo, la costra de cemento, salpicada de esquirlas de piedra y ladrillo, de astillas y pedazos de troncos recién aserrados, se resiste a la maleza. Conforme su mirada se resume, topa Jacinto con la portilla de troncos de pino, totalmente superflua puesto que el acceso a la cabaña es franco por los cuatro costados. «La habrán hecho pensando en el seto», se dice (Jacinto) en voz alta, y antes de acabar de decirlo advierte que el seto existe ya y su estómago (el de Jacinto) se contrae, y su corazón (el de Jacinto) se acelera, tac-tac-tac, como ante un prodigio, y se pone en pie y entonces comprueba que el rectángulo verdeguea en torno al refugio aunque apenas han transcurrido catorce horas desde que sembró el seto y doce desde que lo regó. «No es posible», se

dice, e inmediatamente se agacha y verifica que aquí y allá la tierra roja se cuartea, y por las minúsculas grietas asoman los tiernos tallos blanquiverdes, y su pasmo acrece al concentrar su atención en uno de ellos (de los tallos) y verle dar un estirón, breve pero perceptible, como puede verse andar a saltos intermitentes, si se mira con insistencia, a las manillas de los viejos relojes de torre. «Si lo estoy viendo crecer», se dice a sí mismo (Jacinto) asustado, casi a gritos, y la vaguada responde «Ecer» y Jacinto, como si la montaña mostrase alguna reticencia, repite desafiante: «¡¡Sí, crecer!!» y la vaguada repite más fuerte: «¡Ecer!», mas Jacinto enmudece, observando la ebullición de la tierra (como si un centenar de topos la removieran simultáneamente por dentro), las cricas que van abriéndose en la banda planchada la víspera por el agua, los tallos blanquecinos que, como pequeños animalejos, asoman por ellas, los prietos capullos, verdes y ásperos, en los extremos, a punto de estallar.

La pierna derecha, semioculta entre las tres patas del tajuelo, se le duerme y Jacinto la va estirando subrepticiamente, por tiempos, para no distraer a don Abdón, a quien sin duda le complace que asienta cada vez que hace una pausa y así, al preguntarle si es tímido, Jacinto agacha la cabeza como reconocimiento de su timidez y, de paso, alivia la tirantez del pescuezo y libera a la primera vértebra cervical del peso de su cabeza. Nunca re-

cuerda Jacinto una ofuscación semejante. Don Abdón, sentado sobre sus piernas flexionadas, los turgentes pechos al aire, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, se muestra a sus ojos absortos como un dios ante el cual no cabe sino la aquiescencia. Los niños mofletudos y alados de la cúpula, mudos testigos de la entrevista, parecen insuflar sabiduría a don Abdón, quien formula la sentencia, «El seto es la defensa de los tímidos», con una voz total que le penetra a Jacinto por los oídos, por las narices, por los ojos, por la boca y por cada uno de sus poros, con lo cual Jacinto, apabullado, torna a asentir y cuando don Abdón reanuda su discurso, tras otra breve pausa, don Abdón es ya una presencia absoluta cuya voz se desgrana desde la cúpula, desde los anchos muros, rodeándole, penetrándole, empapándole (a Jacinto) como niebla o una lluvia pertinaz: «En un ayer próximo su enfermedad hubiera significado una catástrofe, pero hoy la Casa prevé estas contingencias ya que el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento», así dice don Abdón y Jacinto humilla la cabeza, los ojos imantados por los negros pezones nutricios, aplastado por los mudos habitantes de la cúpula, por las legiones de escribas, copistas y escribanos que en los muros se afanan en complicadas operaciones aritméticas. Desde abajo, desde el humilde tajuelo, don Abdón, encuclillado como un buda, los agresivos pechos desnudos, se le antoja a Jacinto más padre,

más madre, más importante, más dominante, más transcendente que en cualquiera otra circunstancia de su vida. Y al tomar don Abdón en sus manos la blanca cartulina y decirle:

—Preservado por el seto podrá usted reflexionar.

Jacinto sabe sin más a qué se refiere. La fotocopia que Amando García le entregara dos meses atrás reza textualmente así:

> Jacinto San José Niño, nacido el 17 de octubre de 1924. Ingresó el 23 de junio de 1942. Funcionario laborioso, sumiso y disciplinado. Premios del Sumador cuarto trimestre de 1949, primer trimestre de 1962 y segundo trimestre de 1967. Calígrafo de primera. Cristiano desconcertado. Aficiones: libros de mar, parchís, plantas y pájaros. Resistente al fútbol, la televisión y los festejos patronales. Sentimental y con prejuicios humanitarios. Intercedió por Genaro Martín en 1953. En mayo de 1966 ha mostrado una curiosidad malsana por las razones últimas de su tarea. Encubre a varios compañeros que se formulan preguntas improcedentes. Desconfía de la palabra. En 1956 fundó el movimiento «Por la Mudez a la Paz», de tibia acogida entre sus compañeros. Confía aún en el hombre y en la buena conciencia. En observación.

Jacinto puede leer esto (o adivinarlo) sin más que ver el envés de la ficha en manos de don Abdón. Y cuando la voz absoluta de don Abdón pue-

bla de ecos la estancia, Jacinto se estremece, hecho en pocos segundos al gran silencio, se recoge fervorosamente y, ante las manos tendidas con el bolsón de plástico prieto de semillas, se pone en pie, va ascendiendo grada a grada, mientras la alta cúpula, el ábside, la hornacina y los anchos muros le repiten en cavernosos ecos encontrados: «No se olvide del seto. Aquí tiene las semillas. Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Jamás la biología había alcanzado tales prodigios». Jacinto toma el saco torpemente, abrumado por la proximidad de los blancos pechos nutricios, de las refulgentes columnas del baldaquino, de los niños trompeteros, del vacío de la inmensa sala que zumba en sus oídos como un caracol marino, pero recoge la bolsa y musita «Gracias, don Abdón», musita, va reculando lentamente y, al topar con el tajuelo, lo tantea con el pie derecho para no tropezar y continúa reculando, la gran bolsa abrazada contra el esternón y haciendo reverencias, y don Abdón y sus pechos acogedores van distanciándose gradualmente, hasta que el trasero de Jacinto topa con la puerta de caoba y, entonces, con el antebrazo izquierdo, oprime el saco contra la barbilla y echa la otra mano atrás, busca a tientas el picaporte, abre y sale después de hacer una última y rendida inclinación.

Al regresar del molino, Jacinto observa que varios capullos han florecido. «¡Oh, Dios! ¿Dónde vamos a parar?», se dice (Jacinto). Deposita a la

puerta la cesta con los restos de la comida y se sienta en el suelo, junto a la portilla. Está sobrecogido (Jacinto). Las plantas más precoces sobresalen ya cinco centímetros del suelo y unas se yerguen y otras se alabean y otras reptan por las losetas del pavimento. Su atención está tan requerida que no sabe adónde mirar. Las plantas son aún frágiles y, en la mayor parte de ellas, los capullos permanecen cerrados o entreabiertos, pero en algunas la eclosión es rotunda, el pétalo único desmayado en dos harapos, cuatro dedos de un lado y uno, más ancho, del otro, como una mano vegetal. En las florecillas apuntan tímidamente, como en miniatura, los seis estambres de filamentos sutilísimos y anteras notorias, revestidos de un untuoso polvillo amarillo. Jacinto se inclina, mete la nariz entre los brotes, no se cansa de mirar. El amarillo encendido de las anteras se difumina en los filamentos para desvanecerse en la corola que, a su vez, enlaza con el tallo verde en una transición cromática imperceptible. Bajo la flor, brotan las primeras hojas, minúsculas pero completas en su conformación. Mirar aquellas hojas le produce a Jacinto la misma perpleja emoción que mirar las uñitas de los dedos meñiques de los niños recién nacidos. Los limbos, de un verde vivo y detonante, contrastan con el envés, mate y como empolvado. A Jacinto le recuerdan las hojas de la encina, enterizas, consistentes, de una nervadura difusa. Está embelesado, poseído de un agitado temblor (Jacinto). Fija su atención en

un capullo maduro, fino y alargado como un fósforo, y observa cómo su extremo se oxida en unos segundos, adquiere un tono tabaco y, seguidamente, se entreabre (a Jacinto se le antoja que tras un breve crujido, cric) y deja asomar las pequeñas lombrices de los estambres y simultáneamente los pétalos decaen, pierden la erección, se fruncen y se desmayan. La lozanía de la flor nueva eclipsa la marchitez de los pétalos. «¡Dios mío, Dios mío!», se dice Jacinto, quien al notar el frío de las lajas en el trasero se ha incorporado. Tiende ahora la mirada por la banda lateral (que sigue la línea de la portilla de troncos) y pausadamente recorre los cuatro costados del seto. En todos ellos la tierra roja se resquebraja en torno a los tallos verticales y en las fisuras apuntan nuevos brotes. Es una irrupción general y uniforme de incontenible pujanza. El asombro de Jacinto se trasluce en sus exclamaciones súbitas, en la temblorosa delicadeza con que acaricia los frágiles tallos, en la unción con que examina los filamentos de las flores amarillas. Al rematar el recorrido, da otras dos vueltas alrededor de la cabaña antes de decidirse a tomar la azada y cavar una nueva banda de medio metro junto a la ya sembrada. «He de conseguir un seto robusto», se dice. «Don Abdón se quedará sorprendido; es aún más prolífico de lo que él puede imaginar», se dice, mientras su camisa se empapa de sudor y él (Jacinto) cava y cava ardientemente, sin tregua, por una vez sin notar el cuerpo, y cuando el sol se recuesta

en el monte, Jacinto ha removido y rastrillado todo. «Mañana sembraré», se dice con secreta complacencia antes de entrar en la cabaña. Repentinamente siente frío, cierra la puerta y prende la chimenea, la lámpara, la estufa y la cocina. Advierte un remoto gemido, güiiii, en la tráquea al expirar el aire y se pregunta: «¿Qué es eso?», se pregunta, contemplándose en el espejo del servicio (caballeros), *no empieces con tontunas, Jacinto, que aquí, por no tener, no tienes ni de quién echar mano y después de todo no es para tanto, que, bien mirado, no has hecho otra cosa que alumbrar un seto, y eso es lo tuyo, y si doña Palmira y toda la gente creen que no hay motivo para dar allí donde no te pueden corresponder, déjales que digan misa, y si llevan razón con su pan se lo coman, ¿a ti qué te va lo que digan doña Palmira y toda la gente?, tú tranquilo, Jacinto, que si tú con leer un libro de mar o regar una flor quedas a gusto, a los demás que les den tila, mira. Sí, ya lo sé, de acuerdo, qué me vas a decir a mí, con eso lo que haces es afinar tu sensibilidad y la sensibilidad no es sino un amplificador de la angustia, tanto si te decides por ser víctima como por ser verdugo, que en realidad no hay otra disyuntiva, o devoras o te devoran, no tiene vuelta de hoja, de acuerdo, pero si a ti esto te satisface no hay por qué dar tres cuartos al pregonero y si doña Palmira y toda la gente piensan lo contrario, pues muy bien, que lo piensen, tú tranquilo, Jacinto. Y, por amor de Dios, no me mientes otra vez a Genaro, Jacinto, caramba, que yo no sé qué te habrá dado el dichoso Genaro ese*

pero no se te cae de la boca, y todo lo que me puedas decir de él me lo sé de memoria, todo, que si levanta cien veces al día la pierna junto al alerce y le quitas el alerce y le pones en su lugar el palo de una escoba, seguirá levantando la pierna junto al palo de la escoba cien veces al día sin advertir la sustitución, vaya novedad; pero aunque así sea, ¿qué puedes hacerle tú, dime, Jacinto? Dejar de sentir, muy bonito, menuda, y eso, ¿con qué se come? ¿Eh? ¿Quieres darme la receta? ¿Dónde hay que cortar para dejar de sentir? Es muy fácil hablar, Jacinto, pero las cosas son como son y no basta saber que el hombre que siente es el hazmerreír de los que no sienten y, además, un motivo de confusión; no basta con saber todo eso del hazmerreír y la confusión para dejar de sentir, Jacinto, desengáñate, ni te vale siquiera el recurso de las palabras; las palabras, ya ves, ¿quieres mayor motivo de confusión? Bien mirado el doctor tiene más razón que un santo, que si tú no diferencias un cero de una O, que ni te habías dado cuenta, Jacinto, reconócelo, ¿qué de particular tiene que las palabras confundan y que cada uno dé a la misma palabra significados distintos? Si la imaginación del hombre es tan débil que no acierta a inventar un garabato que diferencie claramente el cero de la O, Jacinto, todo ha de ser confusión, convéncete, porque hay mucha gente interesada en armarla (la confusión) porque de ella (de la confusión) sacan tajada los vivos, ¿te das cuenta?, y la única oportunidad de convivencia que se nos dio a los humanos, la Torre de Babel, la desperdiciamos bien tontamente.

Jacinto, siempre que piensa, se manosea la cabeza; trata de conformar las ideas con las manos. Le cuesta mucho elaborarlas (las ideas) y más aún ordenarlas (las ideas) y mucho más aún evacuarlas (las ideas) ya que con frecuencia se adhieren al cerebro como tenias y afloran solamente anillos dejando dentro la cabeza. Quizá todo ello sea fruto de la timidez, puesto que Jacinto es profunda, inmaculadamente tímido y si, pongamos por caso, al entrar en la iglesia toma agua bendita para persignarse, su movimiento inicial (llevarse el pulgar a la frente) es correcto pero, inevitablemente, lo resuelve en un garabato apresurado porque sospecha que el resto de los fieles lo vigilan. Otro tanto le acontece con las genuflexiones ante el altar mayor: su rodilla derecha jamás roza el suelo, y aunque siempre se lo propone (hincar en el suelo la rodilla), se lo impide un deseo acuciante de abreviar. Nada digamos con los cánticos (en la iglesia), particularmente si hay alguna muchacha próxima, en cuyo caso Jacinto abre la boca, frunce los labios o los dilata, de acuerdo con el volumen del coro, esto es, brinda la imagen del que canta pero se cuida de no emitir sonido alguno. Su timidez no le consiente permanecer con la boca cerrada cuando los demás la abren, pero tampoco le permite unirse al coro.

Algo semejante le sucede si presta dinero o lo pide prestado, ya que en ambos casos Jacinto lleva las de perder, puesto que si presta le acobarda pedir lo que le deben, y si pide prestado le sofoca que

se lo reclamen. En ambos casos, mientras la deuda no se salde, Jacinto procura soslayar a la parte contraria (prestamista o prestatario), pues si se topa con ella (la parte contraria) y es él (Jacinto) quien ha prestado, le azora pensar que el otro está pensando que él (Jacinto) piensa en pedirle lo que le adeuda, y si es el caso contrario, es decir, si le prestan (a Jacinto), su aturdimiento proviene de pensar que el otro esté pensando que ya es hora de que él (Jacinto) se rasque el bolsillo. Esto le conduce, debido a su complejo nato de incapacidad, a desconfiar de sí mismo y, en principio, a aceptar como buenas, sin proceso analítico previo, las proposiciones ajenas.

De aquí que la idea de Genaro le pareciera razonable, ya que, merced a un idioma universal, los hombres del mundo entero podrían, al fin, cambiar impresiones, perfeccionarse mutuamente y, a la postre, quizá, entenderse a despecho de los prohombres. El Grupo esperantista se reunía todos los jueves a las ocho de la tarde en la Academia Don Abdón y entre el «Karaj Kunuloj» con que Genaro abría las sesiones y el «Gis morgau, amikoj» con que despedía a sus miembros, las asambleas discurrían en un ambiente dialogante y armonioso, aunque Genaro se esforzase en orientarlas hacia un clima realista: «Konsideru Ke tie ci Kunestas Kuindek persónoj, Kaj la mondo hayas pli ol du mil milionoj da logantoju». Esto y la lectura del periódico cada mañana fue despertando en Ja-

cinto el escepticismo y, con el tiempo, motivó su deserción. Jacinto observaba que cuanto más hablaban los prohombres entre sí más se alborotaba la humanidad, de lo que dedujo que el día que mil quinientos millones de hombres estuvieran en condiciones de dialogar con otros mil quinientos millones, el mundo se convertiría en una olla de grillos. «Éste no es el camino», se dijo Jacinto un día, pero aún guardó discreción durante unas semanas porque le dolía lastimar a su amigo. Una tarde, sin embargo, en que Genaro lamentaba su escaso entusiasmo (el de Jacinto) por la causa, Jacinto respondió: «La palabra no sólo es voluble sino un instrumento de agresión», y entonces Genaro Martín pretendió echar a barato la tesis de Jacinto y, como máximo exponente de desdén, se llevó un dedo a la frente y giró la uña simulando que apretaba un tornillo, mas una semana más tarde, en el Refectorio, en medio del estupor general, Genaro se encaró con Darío Esteban y le dijo: «Digo, Darío Esteban, que por qué en lugar de tantos hospitales y refugios de recuperación no nos suben el sueldo para que nos alimentemos mejor y de esta forma enfermemos menos», le dijo, y la interpelación fue tan brusca que, de momento, Darío Esteban no respondió, se limitó a mirar a Genaro como si le midiera de pies a cabeza, y, al cabo, levantó la mano del anillo apuntando vagamente y dijo: «Pásese inmediatamente por la Sala de Visitas, Genaro Martín» y, una vez allí, en la Sala de Visitas, es-

talló Darío Esteban, «Me cisco en la lógica, Genaro Martín, si es que su pregunta pretende ser lógica; el hombre reflexivo antes que en comer debe pensar en una cama donde morir noblemente. No puedo ocultarle, Genaro Martín, que su falta en el Refectorio hace unos minutos es de las que el reglamento de esta Casa califica de gravísimas. Usted viene a poner en duda, Genaro Martín, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y, ante sus palabras, Genaro Martín se atufó, en la Sala de Visitas, y eso sí que no, Darío Esteban, dijo, eso es un principio, no una afirmación cuestionable, dijo, y los ojos de Darío Esteban cortaban, echaban chiribitas, y su mejilla derecha (la de Darío Esteban) empezó a borbotear como una marmita de agua hirviendo y, así que cedió el hervor, dijo, en la Sala de Visitas, «Dígame entonces, Genaro Martín, ¿quién es la Casa?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, «¿Y quién es el Reglamento de la Casa, Genaro Martín?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, en la Sala de Visitas, «Entonces ¿es usted capaz de poner en tela de juicio que el orden sea libertad?», y Genaro Martín, a estas alturas, vaciló, carraspeó, y «En modo alguno, Darío Esteban», dijo al fin y, a medida que decrecía el hervor de la mejilla derecha de Darío Esteban, sus argumentos (los de Darío Esteban) se impregnaban de cierta cordura y «Con su mentalidad lógica, Gena-

ro Martín, usted debe comprender», decía, «que discutir el Reglamento de la Casa, que es don Abdón, comporta un desorden, y todo desorden, consecuentemente, una vez admitida aquella premisa, comporta un atentado contra la libertad», así dijo, de un tirón, Darío Esteban, y su pecho (el de Darío Esteban) se infló al rematar sus palabras, mientras Genaro Martín respondía, con voz coagulada, sacudiéndose un polvo invisible de la solapa de la americana, «Si usted lo entiende así, Darío Esteban, le pido excusas», pero ya era tarde y la cara de luna llena de Darío Esteban se movió de un lado a otro y Darío Esteban adoptó la voz de barítono para sentenciar «El mal es irreparable, Genaro Martín, y a mí, como celador, no me resta otro recurso que despedirle».

Durante semanas Genaro Martín vagó por la ciudad como un apestado, mendigando de puerta en puerta, pero las puertas, sin excepción, se le cerraban y el Grupo le expulsó de su seno y sus compañeros de oficina se cruzaban de acera para evitar saludarlo y las gentes decían: «Es un revolucionario, pregunta cuando las respuestas ya están dadas», y otras gentes decían: «Si es otro (distinto de don Abdón), le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», y otras gentes decían: «Es una hiena; ha mordido la mano que le daba de comer». Tan sólo en aquellas semanas de prueba, Genaro Martín recibía las visitas de Jacinto, pese a que Genaro Martín le advertía «Vete, Ja-

cinto San José, pueden considerarte cómplice y eso te costaría caro», pero Jacinto, no obstante, volvía por la casa una y otra vez, siempre con algún comestible, y, tan pronto franqueaba la puerta, los pequeños le arrebataban el paquete de las manos y se lo disputaban en el suelo como fieras, arañándose y mordiéndose, y Jacinto depositaba conmiserativamente su mano azulada sobre el hombro cubierto de andrajos de Genaro Martín y trataba de persuadirle, decía: «Ya ves para lo que sirven las palabras, Genaro Martín, para embrollarte y hacerte decir lo que no has dicho, ¿puedes imaginar lo que sucederá el día que cada ciudadano pueda interpelar a tres mil millones de conciudadanos? Oye una cosa, Genaro Martín, el día que los genaromartines dispongan de un idioma inteligible para interpelar a los DARIOESTÉBANES, los genaromartines sucumbirán porque nada solivianta tanto a los DARIOESTÉBANES como que los genaromartines les interpelen».

Días después, Jacinto San José firmó un Recurso de Intercesión ante don Abdón y, transcurridos seis meses, el recurso fue estimado y la expulsión de genaromartín, merced a una concesión de retrogracia, se convirtió en degradación: genaromartín perdía su puesto en el escalafón burocrático e ingresaba en el sub-subalterno. Y las buenas gentes decían: «¡Qué gran corazón, el de este hombre!», o bien: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres», o bien: «Si en lugar de don

Abdón da conmigo, otro gallo le cantara», así decían las buenas gentes.

Y las buenas gentes aprovechaban la festividad de la ciudad, San Abdón mártir, para agasajar y desagraviar a don Abdón a lo largo de una semana y, a lo largo de una semana, la ciudad se encendía en fiestas y, durante ellas, todos aquellos que en el curso del año hubieran dado muestras de resistencia o reticencia, sufrían inocentes vejaciones, candorosos escarmientos que oscilaban entre La Invitación al Ayuntamiento y El Rey de Bastos, pasando por El Blanco de la Feria. En realidad, cada año se inventaban nuevos correctivos, a cual más eficaz e ingenioso, pero eran aquellos tres los que provocaban especialmente el regocijo popular. El primero, La Invitación al Ayuntamiento, consistía en convidar al balcón principal de la Casa Consistorial al resistente o reticente para que contemplara desde allí las tracas de iniciación o remate de fiestas y, una vez comenzados los fuegos artificiales, el alcalde y los miembros de la Corporación, preservados con trajes y manoplas y caretas de amianto, bloqueaban al invitado contra la balaustrada para que encajara en el rostro la rociada de cohetes que la multitud disparaba, bien a mano, bien valiéndose de arcos y cerbatanas, sobre él. Se trataba de un juego pueril, de mera pirotecnia, supuesto que las quemaduras muy rara vez alcanzaban el tercer grado.

El Rey de Bastos constituía un pasatiempo que, por su contundencia y por los equívocos que origi-

naba, ofrecía mayor atractivo para el pueblo primario. Entre los Gigantes y Cabezudos que recorrían las calles animados por la charanga municipal y que simbólicamente agredían al respetable con globos y vejigas hinchadas, se ocultaba uno, El Rey de Bastos, cuyo garrote era auténtico y que se limitaba a efectuar fintas y simulacros hasta topar con el reticente o resistente (quien asistía al desfile desde el bordillo de la acera), en cuyo caso el Rey de Bastos descerrajaba el golpe sobre su cabeza tras unos amagos amistosos, de forma tal que el agredido encajaba el cachiporrazo con la sonrisa en los labios imaginando que se trataba de una vejiga o un globo y, del equívoco, nacía la hilaridad de chicos y grandes que se apiñaban para ver desplomarse a la víctima. Si cruento en ocasiones, el juego, al que los flamencos denominaban La Trepanación, se resolvía en el peor de los casos en el Hospital Don Abdón con una docena de grapas.

Por último, en El Blanco de la Feria, el busilis radicaba en que cualquier ciudadano con buen pulso, fuese hombre o mujer, podía ser el ejecutor del escarmiento y ganar, de paso, una caja de tofes. La técnica del pasatiempo era rudimentaria. Tras los blancos de las barracas de tiro con las dianas horadadas se colocaba el ojo derecho del resistente o reticente debidamente sujeto por sus convecinos, de tal manera que la presunta víctima pudiera contemplar cómo los aspirantes al premio apuntaban sobre su pupila. Hacer blanco no era fácil ya

que para este menester se utilizaban viejas y herrumbrosas carabinas de aire comprimido, de presión muy discutible, pero la nerviosidad del encartado constituía ya de por sí un espectáculo de comicidad arrolladora y, por otra parte, no cabía descartar el acierto (la mayor parte de las veces por casualidad) del tirador, en cuyo caso al alarido del reticente o resistente, acompañado de ordinario por un desmayo aparatoso, seguía el grito publicitario del dueño de la barraca: «¡Premio para el señor!», o «¡Premio para la señorita!», y, ante esto, el gentío se arremolinaba en torno y comentaba regocijado: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto!», o bien «Ése ya no vuelve a mirar derecho». En las barracas donde se ejercitaba esta modalidad de tiro, las condiciones eran las mismas: una caja de tofes de la mejor calidad al que acertara en la pupila y un estuche amarillo con cuatro tabletas de chiclé al que alojara el perdigón en la esclerótica. Por razones obvias, los tuertos del ojo derecho, los quemados en el rostro y los que tuvieran una cicatriz en la frente no estaban bien mirados en la ciudad.

Pero la apoteosis festiva tenía lugar el último día de feria, la festividad del mártir. Al caer la tarde, don Abdón, ataviado con una túnica blanca que dejaba un pecho al descubierto y que, fruncida en mil pliegues, caía hasta los pies (calzados con sandalias de oro), se embarcaba, después de incensado, ungido y coronado de laurel, en la Barca del Destino. Previamente la Electra Don Abdón había

dejado la ciudad en tinieblas y el lago del bosque reverberaba las mil luces de las antorchas y las bengalas y los farolillos multicolores. A la luz cambiante de las llamas, arropado por el pueblo que se apretujaba silencioso en las orillas, don Abdón daba las tres vueltas simbólicas a la isleta en compañía de un perro y un gato encerrados en una cesta, y tan pronto se cerraba el círculo de la tercera estela, el pueblo estallaba en vítores y ovaciones al tiempo que la barca atracaba en el desembarcadero y seis ancianitas de las Hermanas de Don Abdón, ataviadas de negro y tocadas con pañolones también negros, se aproximaban a la barca y Susanita Rey Expósito, jefa de la comunidad, con sus ciento veintitrés años a cuestas, se dirigía a las gradas del muelle y, tras una ceremoniosa reverencia, decía:

—Descienda de su carruaje
y reciba nuestro homenaje

y don Abdón, desprendiéndose de los ramos de rosas y claveles que cubrían la embarcación, se apeaba de su trono flotante entre las aclamaciones de la multitud y se sentaba, empingorotado y afable, sobre las manos entrelazadas de las seis ancianitas del asilo, quienes, al recibir sobre sí la dulce carga, estimuladas por los aplausos atronadores del gentío, corrían y corrían como cucarachitas negras por los caminos del parque, con don Abdón en volan-

das, entre un fantástico juego de luces contrapuestas, cantando a voz en cuello:

—¡A la silla la reina,
que nunca se peina,
si se peinara
piojos no criara!

Bajo el resplandor deformante de las bengalas y las antorchas, las ancianas corrían encorvaditas y ligeras y don Abdón reía y reía, se bamboleaba, y su túnica blanca se escurría dejando al aire sus sólidas y maternales mamas y, con objeto de mantener su prestancia, de exhibir una digna actitud, se aferraba crispadamente a los huesudos hombros de las centenarias, quienes, al terminar la canción, se detenían en el centro de la Fuente de Don Abdón y, sacando fuerzas de flaqueza, se agachaban y, sacando fuerzas de flaqueza, voceaban:

—Una, dos y tres
¡Aúpa, lela!

Y, simultáneamente, tensaban sus bracitos entecos y lanzaban al aire a don Abdón para volver a recogerlo, al caer, sobre sus manos trémulas entrelazadas, y don Abdón se atragantaba de la risa que le daba, y sus carcajadas se contagiaban a la multitud sublimada por el espectáculo, y las carcajadas de la multitud sublimada por el espectáculo se le

contagiaban a don Abdón, que hacía gorgoritos como los niños de pecho cuando ríen y decía, siempre decía, «Otra vez, otra vez; me gusta más que el año pasado», y las ancianitas, cada vez más fatigadas, tornaban a mantearlo, catapultándolo hasta las primeras hojas de los castaños de la Plaza, y el gentío enardecido exigía «¡Más alto, más alto!», y las ancianitas, sacando fuerzas de flaqueza, le impulsaban aún más alto y los espectadores avisados se miraban entre sí y comentaban «Están dopadas, de otra manera no se explica», comentaban, y así hasta que las centenarias caían exhaustas sobre la arena de la Plaza y el público ovacionaba la proeza y decía «¡Bravo!», y don Abdón, tan pronto advertía que las ancianitas eran incapaces de enderezarse, se ponía en pie a regañadientes, se sujetaba la túnica en el hombro izquierdo, pedía el portamonedas y les daba una moneda reluciente a cada una: «Para pipas», decía paternalmente, y las ancianitas agradecían la dádiva con tenues voces entrecortadas, «Dios le bendiga», «Salud para que se repita otro año», le decían, y conforme don Abdón se acomodaba en la carroza y la multitud iba despejando, la Electra Don Abdón daba la luz y ellas, las ancianitas, se congregaban bajo una farola, miraban y remiraban las monedas de cerca, las mordían por turno con su par de dientes careados, y la Rosa San José Expósito decía: «Voy a encargar a la Hermana Emérita el método Sansón para poder tirarle más alto al año que viene; él todo lo mere-

ce». Y la Susanita Rey Expósito se remangaba lentamente el negro vestido, doblaba su escuálido bracito y decía pavoneándose: «Mirad qué bola», y la Encarna Expósito Don Abdón se asombraba: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!».

El bíceps derecho le duele terriblemente al despertar; siente el brazo descuajeringado, como con un muelle roto, y si lo estira, a duras penas puede volver a flexionarlo. Nota como si, de la noche a la mañana, entre las articulaciones se le hubiera criado moho. Pero no es el dolor lo que le despierta (cree) sino la algarabía, piu-piu-trui-trui-checchec, de gorgeos, trinos y graznidos que penetran a través de los cristales de las ventanas, Jacinto da media vuelta y se tiende del lado derecho, luego del izquierdo y, al cabo, de nuevo sobre el derecho. Es lo mismo. No puede reconciliar el sueño y, en vista de ello, se tira de la cama, se embute en la bata, se calza las zapatillas y sale al campo.

El primer sol funde la escarcha de la ladera y paulatinamente, tras el despertar de los pájaros, va renaciendo el silencio. Toma la goma e instintivamente la enrosca en el grifo de la pila y, al enfocar la boca hacia el seto, advierte los progresos de éste. Ya no es una banda tímidamente apuntada sino un volumen vegetal donde la consistencia blanquiverde de la víspera ha sido sustituida por la entereza de la planta adulta y la floración consiguiente. El seto ha crecido un palmo al menos y las hojas (unas hojas aceradas, rígidas, de dientes incisivos)

cortejan a las flores amarillas, de débiles estambres, en plena eclosión. «Esto es algo inimaginable», se dice Jacinto, mas la irrupción repentina del agateador en su campo visual, le distrae y, al verlo (al agateador) posarse sobre las tablas de la caseta, tiit-tiit, sonríe (Jacinto) y le dice: «Temí que te hubieses marchado», le dice, pero el agateador le observa curiosamente y, sin mostrar la menor difidencia, se desliza, tiit-tiit, tabla abajo y se escabulle por el ensanche de la ranura. Jacinto riega la banda del seto y la banda aneja (la que ha sembrado la víspera) todavía sin rastro vegetal pero ya cuarteada. Riega meticulosamente (con la misma concentración con que escribía en la oficina) repartiendo el agua con equidad, volviendo sobre lo ya regado una vez que la tierra embebe los pequeños charcos que se forman. La temperatura es baja, fría, pero el sol, en un cielo sin nubes, deja ya sentir su fuerza primaveral. Jacinto interpone su dedo índice en el pitorro y promueve un abanico de agua que cae pulverizada, sin dañarlas, sobre las plantas. A veces, debido a la disposición del agua y a la inflexión de los rayos del sol, en el centro del surtidor reverbera un rutilante arco iris. Jacinto sonríe mansamente y se olvida de su debilidad. Después de dar vuelta a la casa, se dirige a la portilla de troncos y la abre y la cierra una docena de veces. En apenas cuarenta y ocho horas, la portilla ha adquirido un sentido: el seto delimita ya una superficie, acota un campo cerrado. Se sienta

(Jacinto) en el tronco superior de la portilla y se mece suavemente en un movimiento de vaivén. Mira largo, sin objeto, y de pronto vislumbra una liebre gazapeando por la ladera opuesta; avanza sin temor (la liebre) y, a trechos, se acula en los calveros, las orejas pinas, como acechando. Jacinto vuelve a sonreír, pero, súbitamente, siente frío y punzadas en el bíceps derecho. Se incorpora y, antes de entrar en la cabaña, observa el seto en una mirada de conjunto y dice en voz alta: «En una semana estará hecho. Nunca vi una cosa igual». Al meterse en la cama tirita (Jacinto). Se enfunda en un jersey, tiende la bata sobre las mantas, se acurruca y ajusta el embozo por la espalda. Empieza a reaccionar. Allí, en la cama, se siente mejor, quieto y sin hablar. Desde que dijo adiós a Darío Esteban no ha echado en falta la compañía, ni siquiera ha llegado a conectar el transistor. «Para mí, las palabras están de más», se dice (Jacinto). De entrada, al sugerirle Genaro lo del Grupo, Jacinto pensó que, en efecto, el mundo necesitaba palabras universales y sin desgastar y, por tanto, el esperanto podía ser un remedio y se enroló en él ilusionado, pero al poco tiempo renegó por entender que si se habla, se discute; si se discute, se odia; y si se odia, se mata. Entonces fue cuando se dijo (Jacinto): «Menos palabras y más nuevas». Genaro le vio en trance (frecuentemente le sorprendía sentado en una silla, manoseándose la cabeza, o meditando solitario en las cumbres de los cerros rayanos a la ciudad) y

unas semanas después Jacinto enunció por vez primera el objetivo de su movimiento POR LA MUDEZ A LA PAZ. Era algo incipiente todavía, sin conformar, pero con una apariencia sugestiva y una innegable fuerza interior. Decía Jacinto: «Desaprovechamos la Torre de Babel pero, aunque tarde, aún es tiempo». En rigor, eran muy pocos los que le escuchaban (a Jacinto) y la mayor parte de esa minoría se mofaban de él; el mismo Darío Esteban, que le oyó una mañana en el Refectorio, le dijo: «No diga majaderías, Jacinto San José; mejor es que hable del 3-3-4. ¿Cree usted que el 3-3-4 es una táctica ofensiva adecuada o, por el contrario, una discreta estrategia defensiva?» y Jacinto frunció la nariz en un conato de sonrisa y dijo: «Lo siento, no gasto», a lo que Darío Esteban replicó, ladeando el pestorejo como una gallina alertada, «¿Está usted poniendo en duda, Jacinto San José, que hablar de deportes sea aún más saludable que practicarlos?».

A partir de esta observación reticente Jacinto se propuso hablar con las palabras justas. Las conversaciones en el Refectorio y a la entrada y salida de la oficina, se le antojaban una dilapidación sin sentido, y únicamente si platicaba con el espejo se toleraba algunas licencias puesto que él (Jacinto), a lo sumo, podría destruir su imagen (el espejo), pero tal agresión no era grave en sí ni acarrearía consecuencias funestas para nadie. Persuadido de la congruencia de su idea se dedicó durante unos días a buscar discípulos. El primer epígono fue César

Fuentes (Cesárea por mal nombre), quien, apenas Jacinto abrió la boca, formuló su intransigencia radical: era preciso cortar la lengua a todos los seres racionales (César Fuentes decía, con su vocecita aflautada, castrarles la boca) para sofocar en embrión las agresiones verbales. Jacinto trató de hablarle al corazón y le dijo «Ten cuidado, César Fuentes, un ideario nacido del resentimiento difícilmente puede prosperar y si prosperase no generaría sino resentimiento; si intentar comprendernos es una utopía, solamente cabe una posibilidad de comprensión: no intentarlo».

Aparte César Fuentes, dos hombres atrajeron a Jacinto desde el primer momento por razones obvias: Baudelio Villamayor, el jardinero, por su laconismo, y el escribano de primera Eutilio Crespo, por su instinto de ocultación. Baudelio Villamayor, desde su ingreso en la Casa, se hacía entender con medias frases o medias palabras, de tal manera que cuando decía «días» se sobreentendía que quería decir «buenos días» y si decía «buenas» se sobreentendía que quería decir «buenas tardes», y, en lo atañedero a Eutilio Crespo, Jacinto advirtió que era tan celoso de su personalidad de escribano que ordinariamente ocultaba su tarea tras un paipai para evitar ser plagiado. Tanto Baudelio Villamayor como Eutilio Crespo aceptaron las directrices del movimiento POR LA MUDEZ A LA PAZ y, salvo ellos, las palabras de Jacinto cayeron en el vacío. Ello no impidió que Jacinto progresara

en la maduración de su ideario, buscando los puntales de su doctrina, y una tarde que formuló su lema «Ni retórica ni dialéctica; frase corta, palabra corta, pensamiento largo», Baudelio Villamayor le objetó que la frase y la palabra cortas sí estaban en su mano pero que cómo coños se las iba a arreglar él para conseguir un pensamiento largo. La objeción deparó a Jacinto nuevos motivos de reflexión y finalmente resumió su pensamiento en estas conclusiones:

> a) No es racional que al hombre se le vaya toda la fuerza por la boca. b) La palabra, hasta el día, apenas ha servido sino como instrumento de agresión o exponente de necedad. c) Con las palabras se construyen paraísos inaccesibles para las piernas, y d) y última, cuantas menos palabras pronunciemos y más breves sean éstas, menos y más breves serán la agresividad y la estupidez flotante del mundo.

Lo del pensamiento largo quedaba, pues, de momento relegado. Así, sin que Jacinto se lo propusiera de un modo inmediato, nació el contracto. Las palabras apocopadas, especialmente las esdrújulas, ganaban en eufonía y, en el contexto de la frase, resultaban perfectamente inteligibles; ahorraban tiempo no sólo al que hablaba y escribía sino al que escuchaba o leía; al replantear el diccionario, las palabras renovadas recuperaban la fuerza y la pureza iniciales que el uso y el abuso (la erosión, decía Jacinto) les habían hecho perder; se

eludía el riesgo del automatismo verbal, causa directa de la estupidez flotante, y, por último, se enervaban las probabilidades de discordia puesto que si el que mucho habla, mucho yerra, el que poco habla, yerra poco. César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo sonreían al dar la palmada aquiescente (la ovación tradicional se reducía en contracto a una sola palmada, ya que así se expresaba igualmente asentimiento y complacencia, sin perder tiempo ni quemar energías inútilmente). Jacinto realizó la primera demostración con su eslogan ya famoso «Ni retórica ni dialéctica; todo intento de comprensión por la palabra es una utopía», que, en contracto, quedaba reducido a esto: «Ni retora ni diala; todo into de compra por la pala es una uta». César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo dieron otra palmada y César Fuentes dijo «¡formido!» y Eutilio Crespo dijo «¡estupo!» y Baudo Villamo, el jardo, miraba a un lado y a otro consciente de que participaba en la iniciación de algo importante pero sin asumir íntegramente su trascendencia. (Andando el tiempo, Jacinto reconocería la influencia que en la génesis del contracto tuvo su innata aversión a las palabras esdrújulas. Su timidez le impedía pronunciar una palabra esdrújula sin que un incipiente balbuceo, rayano en la tartamudez, delatara su azoramiento. Transformadas en graves merced al contracto, las palabras esdrújulas resultaban digestivas sin ser abrumadoras.)

Horas y horas dedicó Jacinto a perfeccionar y pulir el nuevo idioma. A menudo se decía con secreta complacencia: «El contracto soy yo», y tal frase, al tiempo que aplacaba su diminuta vanidad, le imbuía un sentido de inquietud responsable. Tenía fe en su aceptación universal; menos palabras y más cortas podría constituir el elemento ordenador que la Humanidad requería y, persuadido de ello, Jacinto convocó la víspera de San José (quizá un poco precipitadamente) el Primo Congro de Contro.

La reunión se celebró en el invernadero de Baudelio Villamayor entre macetas, palas y rastrillos, en torno a un brasero de picón de encina y unos vasos de vino tinto. El discurso de Jacinto, modelo de economía verbal, fue recogido íntegro por Eutilio Crespo en el Libro de Actas, donde, después de la reunión inicial, no volvería a consignarse ni una sola palabra. Decía así:

Texto into del disco constituto del Movo Por la Mudez a la Paz prono por D. Jazo San José Niño

Queros amos: dos palas para daros la bienvena y deciros que estamos en el buen camo. La Humana tiene neza de economizar sonos. Es un pelo hablar más de lo que se piensa. Por otro lado, el exzo de palas comporta confusa. Es un erro pensar que un idia universo facilitaría la conviva. La retora, la grandilocua perturban el entendo humo. Seamos latos y procuremos que un humo hable lo menos

poso con otro humo puesto que si un humo habla poco con otro humo, la discrepa es imposa y por tanto abocaremos a una eta pacifa defina. Daos cuenta de la trascenda de este momo histo. Nada más. Nombremos ahora un Preso, un Vicepreso, un Secro, un Vicesecro y un Teso para que rijan nuestra asocia.

Sonó una palmada seca y unánime como un taponazo, mas a la hora de nombrar junta directiva fue necesario dejar vacante el cargo de Vicesecro por falta de número. Tras su elección de Preso, Jacinto hubo de multiplicarse para atender consultas, eludir roces y solventar situaciones difíciles, pero, pese a su celo, el conflicto se presentó en el apartado Ruegos y Pregas. «Los finales en ción y zón, contractan en za por simple eufa —decía Jacinto—. Ejo, precaución hace precauza y corazón, coraza.» «Los tiempos verbos, salvo el parto paso, no contractan. Ejo, dormo por dormido, entero por enterado.» «Los bisilos, de ordino, no contractan. Excepcias: nombres propios y los acabos en consona. Ejo, Ceso Fuenta y erro por error.» Eutilio Crespo, con su desconfianza proverbial, interrumpía a Jacinto a cada rato, le exigía explicaciones como si tratara (Jacinto) de defraudarlos y, a última hora, empezó a acusarle de absorbente, de tan malos modos que insensiblemente el diálogo amistoso degeneró en una agria polémica. Primero dijo Eutilio Crespo: «Si los tiempos verbos no

contran a excepza del parto paso, nos quedos a mita del camo, Jazo». Segundo, Jacinto replicó: «Ten en cuenta, Euto, que se trata de hacer un idia difo pero comprensa». Tercero, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos y con objeto de evitar una crisis de autoridad, terció César Fuentes: «Un momo, voy a leeros la prima traduza al contro de un sono de Anto Macho», mas Eutilio Crespo (cuarto) tomó la intervención de César Fuentes como una provocación y se encolerizó y gritó: «¡Deja de pamplas ahora! El probla es más serio que todo eso», y, como Jacinto, pese a intentar apaciguarlos, gesticulando con sus manos azules, no diera su brazo a torcer (quinto), Eutilio Crespo perdió la cabeza (sexto) y le voceó: «¡Eres un dicto y un gilipas!», le dijo, y aunque Jacinto apeló débilmente a su condición de Preso de la asociación recién constituida, Eutilio Crespo, fuera de sí (séptimo), arrastró la banqueta hacia atrás, se puso en pie y cerró a voces toda posibilidad de acuerdo: «¡Pues el Preso me toca a mí los cojos!», chilló, y se armó una trapatiesta y, mientras Jacinto decía «Un momo, por favor», César Fuentes se obstinaba en leer el sono de Anto Macho y Baudelio Villamayor, el jardinero, prendía a Eutilio Crespo por las solapas y le zamarreaba y le llamaba «cabra» y «cantamañas» y Eutilio Crespo, después de desasirse (octavo y último), agarró el picaporte y le dijo: «Vete a freír puñas, fardo de mierda», le dijo, y salió dando un portazo.

Se abrió un silencio que Jacinto quebró diciendo doloridamente: «Ha sido un fraco, lo siento. Los homos no tenemos remo». Y Baudelio Villamayor, con los ojos bajos, les oseaba hacia la puerta, venga, ahuecar, no vaya a venir el Jefe; y salieron, y, según caminaban a la luz de las estrellas por los senderillos de ceniza, César Fuentes tomó por el brazo a Jacinto San José y le dijo contristado: «Ese jodo de Euto siempre quiere tener raza y lo peor es que no sabe hacer una O con un cano».

El doctor saca del cajón de su escritorio una pelotita de celuloide y un huevo del mismo material, los dos blancos, pestañea y alza uno en cada mano:

—Un momento —dice—. Coja usted sin demora el huevo.

Al instante Jacinto alarga la mano y coge el huevo.

—Ahora —añade el doctor— tome el otro huevo.

Jacinto torna a sonreír mansamente, como sintiéndose cómplice de una broma y, mansamente, dice:

—Lo siento, doctor, no hay más huevos. Lo que queda no es un huevo, es una pelota.

El doctor no le da tregua:

—Dígame, y su cabeza, ¿es un huevo o una pelota?

Jacinto carraspea.

—No es un huevo ni una pelota —responde con firmeza—, es una cabeza, pero puestos a bus-

car parecidos, su forma tira más a la del huevo que a la de la pelota.

El doctor frunce la frente y su mirada penetrante se ensombrece. Levanta ahora la esferita blanca por encima de su hombro e inquiere:

—Y si yo le dijese que esto es un cero, ¿qué respondería usted?

Jacinto bizquea sensiblemente del ojo izquierdo y para infundirse serenidad introduce una mano entre dos botones de la camisa y se agarra a la medallita de oro. Dice:

—Le diría que no es un cero, que es una pelota.

—Es curioso. ¿Y en qué los diferencia?

—Bueno —dice Jacinto—, para entendernos le diré que el cero es algo que no se puede coger; no existe, es pintado.

Los ojos y la frente del doctor se ensombrecen cada vez más. Ahora murmura insistentemente por lo bajo: «Caramba, caramba, caramba», y escribe sin pausa en el anverso de la ficha pero, de pronto, se interrumpe y le dice (a Jacinto) sin mirarle:

—Confío en que esto suyo no pase de ser una vulgar neurosis del sumador. Mañana pasaré a Oficina diagnóstico y tratamiento.

Jacinto espera pacientemente en su lugar, en posición de descanso, y así que el doctor abre la puerta y le dice «Pase», pasa, mas de inmediato, ya en el dintel, la mano del doctor le atenaza el brazo y Jacinto vuelve la cabeza y divisa el huevo blanco entre los dedos morenos del doctor y oye su voz:

—Disculpe; esto que tengo en la mano ¿es un cero o una O?

Jacinto deja escapar una risita cazurra, de campesino:

—Ni una cosa, ni otra —dice—. Es un huevo.

Sin nada que aparentemente lo justifique, el doctor empieza a dispararle preguntas a quemarropa, sin darle tiempo (a Jacinto) a reponerse de la anterior (pregunta). Señala (el doctor) con el bolígrafo el cero del 10 de abril del calendario que pende de una alcayata en el pasillo:

—¿Y esto? —añade (el doctor)—. ¿Es una bola o un huevo?

—Un cero —responde Jacinto.

—¿Y aquí? ¿Le importaría decirme qué dice aquí? —señala la O de la palabra calendario. Jacinto titubea un instante:

—Dice O —dice al fin.

—¿No es un cero? ¡Fíjese bien! Esto es decisivo.

—No, doctor; es una O, estoy seguro.

—¿Y por qué regla de tres está tan seguro de que es una O y no un cero?

Jacinto ya no ríe; se nota empapado en sudor y advierte ante los ojos como una película que deforma los objetos.

—¿Eh? ¡Responda!

—De otra manera —dice Jacinto sumisamente— diría «Calendari». Un cero ahí no tendría sentido, doctor, compréndalo.

—No, ¿verdad?, pero advierta una cosa, ésta no es una cuestión de sentido sino de tipografía. Tome usted eso que llama una O y colóquelo aquí detrás (señala el cero del 10 de abril): ¿qué ocurriría entonces?

Jacinto ladea la cabeza aturdido:

—Ocurriría —dice tartamudeando con un hilo de voz— que sería 100 en lugar de 10.

—Pero ¿no quedamos en que esto era una O?

—A ver si me explico, doctor; es una O entre letras; entre números sería un cero.

—¡Qué disparate! ¿Insinúa usted que en su grafía ni el cero ni la O ofrecen caracteres que les individualicen? ¿Le importa decirme qué dice aquí? (continúa señalando el 10 de abril):

—Diez —dice Jacinto.

—Concéntrese, por favor; no responda a tontas y a locas. ¿Está usted seguro de que no dice LO?

—Segurísimo, doctor.

—Está bueno eso. ¿Y por qué regla de tres?

—Eso son números, doctor. Sería absurdo que dijera ocho, nueve, LO, once... ¿no lo comprende? Discúlpeme, pero no sé explicarme de otra manera.

Antes de que Jacinto concluya de hablar, el doctor coloca el bolígrafo vertical junto a la pelotita de celuloide.

—¿Y aquí? ¿Qué dice aquí? ¿Diez o LO?

Jacinto se pasa el dorso de la mano por la frente inundada de sudor. Trata de sobreponerse para responder:

—Ahí no dice nada, doctor. Es un bolígrafo junto a una pelota.

—¿Una pelota, dice? ¿Seguro? ¿No será, por casualidad, un huevo? ¡Concéntrese!

Al abrir los ojos, lo primero que divisa (Jacinto) entre la niebla son los ojos escrutadores y preocupados del doctor, pero son blancos y abultados (sus ojos) como si le hubieran incrustado en las cuencas las dos bolas de celuloide. Y con los labios hace visajes y ruiditos (el doctor) como si hablase (o jurase) para sus adentros:

—¿Se siente mejor? —la voz del doctor tiene los trémolos y tumbos del trueno lejano.

Jacinto hace ademán de incorporarse.

—Aguarde, no hay prisa —añade el doctor con voz más humanizada—. Presumo que le debo una explicación. Nuestro oficio es duro, créame, pero esta prueba era ineludible. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad aunque ésta no exista, no sea más que una entelequia. El enfermo, sin embargo, se resiste a admitirlo porque es por definición un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo. Me entiende usted, ¿verdad?

Jacinto sigue tendido boca arriba, sin fuerzas para moverse. El mero hecho de abrir los ojos le fatiga y le produce un torpor doloroso en los senos (los pechos turgentes de don Abdón podrían de-

volverle, tal vez, la vieja sensación de seguridad perdida) frontales. Pero los abre (los ojos) y, al hacerlo (abrir los ojos), divisa, paralelas a su cuerpo, las tablas de embero del revestimiento del cielo raso y una a una empieza a contarlas, fijándose en la disposición de las ranuras que las separan y en las vetas y nudos para no equivocarse. Cuando termina, vuelve a empezar. Del muro a la librería que separa el dormitorio del living, hay treinta y tres tarimas coloreadas de nogalina. Pero le sucede algo insólito (a Jacinto): al transitar (mentalmente) por las decenas (10, 20, 30) le sobreviene la náusea, espasmódica y aparatosa. «Ya no puedo ni pensar el cero», se dice (Jacinto) estremecido. Se le adentra como un puñal el graznido de una grajeta próxima, ¡quiiá!, y para conjurar sus miedos y su ansiedad manosea mecánicamente la medallita del pecho (los pechos henchidos de don Abdón podrían facilitar un refugio a su pusilanimidad). Jacinto empieza a rezar; reza bajo pero con gran unción hasta que le distrae el frío en los pies, un frío mineral, profundo, resistente al abrigo y la fricción. Intenta levantarse pero la sola idea de hacerlo (de intentarlo, no de levantarse) le deja extenuado. Saca la mano del embozo y, sin mover el resto del cuerpo, tira de golpe de la cinta de la persiana, blata-blá, y la luz se hace repentinamente tras el dislocado tableteo. La claridad le reanima (a Jacinto), se diría que respira mejor, como si fuese aire en lugar de luz lo que penetra por los cristales. Sin advertir-

lo, está sumando otra vez las tarimas del revestimiento y, súbitamente, se le desorbitan los ojos y chilla «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», grita, y, al decir esto, su mirada se desliza de tarima en tarima, resbala por el hueco de la librería y se posa finalmente en la melancólica cabeza del egocero, en la chimenea, y ante su vacía mirada de cristal, las manos azuladas de Jacinto se crispan sobre la colcha.

Jacinto no es tonto ni listo pero sí lo suficientemente (listo) como para aspirar a defender su restringida inteligencia. Para ello (defenderla) sabe que debe recurrir a la selección personal y no delegarla. Y si don Abdón le paga para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y un plazo del televisor, y Darío Esteban afirma que dar menos es explotación y, más, una modalidad sutil de corrupción, bueno, aunque le digan eso (don Abdón y Darío Esteban), él (Jacinto) va y selecciona y se dice: «Ni televisor, ni fútbol; dos libros al mes, una hogaza para los pájaros del parque y una begonia, una sansivieras y un ficus en mi habitación». Y todavía le restaba un remanente para comprarle a doña Palmira, si agarraba la gripe, media docena de claveles rojos que animaran su convalecencia. Esto hacía Jacinto y aunque no estaba descontento de sí, a veces sentía temor porque las palabras de sus compañeros y las de los periódicos se le hacían por días más crípticas, a pesar de que ellos (sus compañeros) parecían apasionarse y

aun ufanarse de sus conversaciones y él (Jacinto) sería feliz si lograra incorporarse a esta pasión siquiera una sola vez en la vida, pero no le era viable (incorporarse a esta pasión) porque el fervor de sus camaradas provenía de fuentes que a él le estaban cegadas: cerrojo, Perry Mason, centrocampista, los Invasores y puntos negativos. Así, poco a poco, Jacinto iba sintiéndose ajeno al mundo circundante, aislado como en un desierto, y se decía «La Torre de Babel fue nuestra única oportunidad», se decía Jacinto convencido, y pensaba que una mirada o una mueca comportaban mayores posibilidades expresivas y constituían un vehículo de comunicación más sincero que un torrente de palabras, puesto que las palabras se habían vuelto herméticas, ambiguas o vacías al perder su virginidad.

Jacinto le teme a la incomunicación porque (Jacinto), como todo hombre que piensa, es medroso y la tarde que inesperadamente se le revolvió Eutilio Crespo y le dijo «Pues el Preso me toca a mí los cojos», intuyó (Jacinto) que se le había cerrado la última puerta del laberinto y, esa noche, al llegar a casa, lloró sobre la begonia, la sansivieras y el ficus imaginando que al regarlas con sus lágrimas eran ya definitivamente suyas y le comprenderían mejor. (O sea, lo que Jacinto busca y no encuentra es un asidero estable, un pecho henchido o una planta, donde agarrarse para poder sobrevivir.)

Otro de los temores de Jacinto es su limitación. Un día se examina y llega a la amarga conclusión

de que sólo sabe hacer cuatro cosas: leer libros de mar, sumar, migar pan y regar plantas. Funciones fisiológicas al margen, Jacinto no sabe más. No sabe, por ejemplo, restar, multiplicar, ni dividir, ni sabe, por ejemplo, juntar frases cuyas palabras finales peguen para hacer un verso. Intuye, por supuesto, que «pequeño» y «risueño» pegan pero ignora cuántas y qué palabras debe anteponer a esas dos para obtener un pareado. Don Abdón, en sus discursos anuales, les recuerda que la educación unilateral, la especialización, libera al hombre de servidumbres emocionales. Jacinto no entiende bien esto, no lo comprende en absoluto, pero lo acepta (acepta su especialización) porque, aunque parezca paradójico, someterse a ella (a la especialización) es la única oportunidad de aproximarse a la servidumbre emocional de las ubres sofocantes de don Abdón (aunque esta enfermiza proclividad abrume a Jacinto), en las que vagamente barrunta la seguridad de antaño.

Los razonamientos de don Abdón son lógicos o lo parecen, pero lo tremendo es que la lógica empieza también a aterrorizar a Jacinto, porque el día que don Abdón dijo «El progreso estriba en lo práctico y la ciencia en saber sumar», se mostró consecuente con sus palabras y mandó talar los cedros, altos y frondosos como catedrales, que desde medio siglo atrás sombreaban el edificio, y suplirlos con setos (el seto es la defensa de los tímidos) de boj, rosales trepadores, arriates de geranios y senderos

de ceniza y, al propio tiempo, ordenó sustituir los cuadros que enmarcaban paisajes, escenas bucólicas y costumbristas y grabados de época, por diagramas, histogramas y símbolos matemáticos. Aquel mismo día, compró Jacinto la begonia, la sanseviera y el ficus para consolar la mirada y relajarse en una armonía vegetal al regresar de la oficina.

Jacinto teme también a los redentores que redimen con la misma vara que combaten, a los que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio, a las aglomeraciones y a los juegos multitudinarios. De aquí que aunque Amando García le inste para que le acompañe como espectador a una Invitación del Ayuntamiento, a un Rey de Bastos o a un Blanco de la Feria, aun admitiendo que se trata de diversiones decadentes y un poco cursis, él (Jacinto) se resiste porque ver un rostro achicharrado, una cabeza abierta de un cachiporrazo o un ojo saltado por un perdigón son escenas que todavía le desagradan y aunque los demás se rían y él (Jacinto) trate de sobreponerse a su morbosa hipersensibilidad, no lo puede remediar: sufre. Acepta que unos tiempos traen otros tiempos e incluso admite la regresión, puesto que si nada hay nuevo bajo el sol, los hombres forzosamente han de regresar y dar vueltas a la noria como pollinos haciéndose la ilusión de que avanzan y negándose a reconocer que han llegado. Incluso acepta (Jacinto) el revolucionismo (por más que a él le repugnaría un hijo como Genaro), pero le deprime y, en-

tonces, resulta que si él (Jacinto) no cree en las palabras como comunicación, ignora el idioma de sus compañeros, teme a los redentores, le duele la regresión, le deprime el revolucionismo, se marea al hacer ceros, le asusta que Eutilio Crespo le diga «Pues el Preso me toca a mí los cojos» y carece de un par de pechos opulentos donde acogerse, entonces resulta que es la vida lo que le asusta (a Jacinto), pero como también le asusta la muerte, él (Jacinto) se ve en un callejón sin salida y cuando grita, mirando fijamente a los atormentados ojos de cristal del egocero, «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», cuando grita eso, en el fondo de su desesperanza, confía en que alguien le oiga, se apiade de él, le tome entre sus brazos, le acune, le oprima contra su seno y saque de su cuerpo, primero a chorros y después gota a gota (como una sábana mojada cuando se estruja), todo el miedo que guarda dentro. Pero no le oye nadie, ni se apiada nadie, ni le coge nadie porque en la vaguada y, según parece, en el páramo, en cien kilómetros a la redonda, no hay nadie. Y a ratos (tal vez horas), Jacinto se queda traspuesto y, al despertar, suma mecánicamente las tablas del techo y, entre sueño y sueño, oye el zureo de una tórtola, zurrur, o el graznido de una grajeta, quiiá, o el silbido de un mirlo, tsii, o el galleo de una pega, chac-chac, o (una vez que las rayas luminosas de la persiana se oscurecen) el concierto iterativo del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, o la llamada un

poco lúgubre del mochuelo desde la copa del olmo, quiú, o el cloqueo del papavientos, guu-ec, que, como de costumbre, caza mosquitos en el camino.

A pesar de su desgana, de su extenuación, en una ráfaga de lucidez comprende (Jacinto) que sin comer no se puede vivir, y de una manera instintiva se arroja de la cama, corre de puntillas hasta la cocina y regresa (de puntillas asimismo) a la cama con el jamón de York, medio queso, una rodaja de pan y una botella de vino tinto, e introduce todo ello bajo las mantas (mientras resuella), lo arrima a su cuerpo para calentarlo con su fiebre porque, según doña Palmira, los alimentos fríos son los que dañan el estómago y abren las úlceras, y, transcurridos unos minutos, se sienta y come (mordiendo del jamón y del queso, sin cortarlos) y bebe de la botella a gollete y siente por la espalda, como lumiacos, los escalofríos. Al terminar, hace un nuevo esfuerzo, salta de la cama y se encierra en el servicio (caballeros) pero, como está solo en el mundo, no echa el pestillo («prejuicios de una época pequeño-burguesa», dice Amando García) y orina tranquilamente, sin sobresaltos, recreándose en la parábola líquida, transparente pese a bajar recargada (la orina) por la fiebre. Sin pretenderlo, se ve en el espejo (Jacinto) y se saluda y se dice, *Jacinto, hombre de Dios, ¿qué haces tú aquí?, buena te ha caído, que no vales dos reales, hijito, ¿a quién se le ocurre enfermar ahora?, claro que a lo mejor es de la misma neurosis, que da fiebre, vete a saber, que el doctor no*

pudo ser menos explícito, comer bien, dormir bien, tomar el aire y estas pildoritas, muy sencillo, pero el apetito y el sueño, ¿en qué botica se compran? Eso es lo que yo digo, Jacinto, aunque, después de todo, otros están peor, que no es que yo me queje, entiéndeme, lo único no tener de quién echar mano, lo único, date cuenta, por lo demás, paciencia, ahora bien, en cuanto se pase, Jacinto, a delegar, ¿oyes?, no te me vuelvas atrás, delegas y se acabó, como los demás, natural, lo que no se puede no se puede, que es mucho lujo ese de querer vivir contra corriente, menuda, no es nada lo del ojo, delegas y se terminó. ¡Je!, eso, ríete ahora, lo que faltaba, Jacinto, pero ¿estás en tus cabales?, pues sí que la cosa tiene gracia, más solo que la una, hijo, como un leproso, a ver qué otra cosa, que lo primero aprender la lengua de tus compañeros, ¿oyes?, no te me salgas luego por la tangente, cerrojo, centrocampista, los Invasores y todo eso, que tampoco es tan difícil me parece a mí, basta con unos poquitos de arrestos y dejarse de tonterías, que al fin y al cabo porque tú hables su idioma tampoco la estupidez flotante va a aumentar tanto en el mundo, Jacinto, y si aumenta, mira, que aumente, que lo que no se puede es tener a tu edad esa cabeza, hijo mío, más blanca que la de tu abuelita, que a cualquiera que le digas los años que tienes no se lo cree, ¡válgame Dios!, y si es cierto que a cada idea un pelo blanco, pues no tengas ideas, hijo, que nadie te manda, acuérdate de Genaro, Jacinto, no me digas, como un mendigo, de puerta en puerta, pero ni un mendrugo, lo que se dice ni un mendrugo, natu-

ral, que después de todo si un hombre se está matando para pensar por ti y evitarte responsabilidades y llegas tú, con tu cara bonita, y le pagas preguntando, pues un desagradecido, eso, o comes las berzas o las dejas comer, no le des más vueltas, pero le daban más vueltas y «¡Otra, otra!» exigían enardecidos Ginés Gil y Eutilio Crespo y Ernesto Blanco (y todos), y Amando García, que les miraba con ojos burlones y moviendo las orejas, agarró de nuevo a Jacinto por los hombros y le hizo girar sobre sí mismo, a toda velocidad, como una peonza, a contrapelo de la rotación de la Tierra, mientras los demás le hacían corro y se descoyuntaban de risa y Amando García, como ebrio, repetía «Oíd, este pelele se marea al hacer ceros. ¿Oísteis alguna vez cosa semejante?». Y cada vez acudían más compañeros y venga de reír y de jalear a Jacinto, «¡Más deprisa, más deprisa, más deprisa!», y luego, palmas, como si bailara por su gusto, hasta que Jacinto trompicó y cayó sentado, babeando, sobre la ceniza del paseo y Amando García forzó el temblor de sus orejas para incrementar la comicidad del trance y preguntó «¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora, Jacinto San José?», y Jacinto parpadeaba y sus inocuos, candorosos ojos azules aparecían extrañadamente empañados, pero los cerró y aun trató de sonreír al responder «También me he mareado, lo reconozco», y Amando García, entonces, le asió por las solapas, le obligó a incorporarse y volvió a girarle y girarle entre las risotadas de los compañeros, y a Jacinto se

le ponían los ojos en blanco, se le extraviaban, y veía el cielo en la tierra y la tierra en el cielo, y notaba que algo se le comprimía abajo, en las vísceras del vientre, o tal vez en el estómago, lo notaba, y de pronto, sin saber cómo ni por qué, cayó de bruces sobre el césped y le sobrevino una arcada y vomitó y le sobrevino otra arcada y volvió a vomitar y así se estuvo vomitando tiempo y tiempo y, aunque notaba la humedad de la secreción en la mejilla, era incapaz de moverse y además le dolía el costado (a consecuencia de los espasmos) y, fugazmente, pensó que estaba devolviendo las tripas (exactamente el cuajo) porque la náusea no cesaba y ya no le restaba nada por devolver, pero la náusea persistía, se prolongó tanto tiempo que los compañeros terminaron por marcharse defraudados, «Esto ya está visto», decían, de forma que Jacinto quedó solo en el jardín y, al cabo de un tiempo, se incorporó y divisó a Gen coma a dos metros de distancia coma dando lametazos a la papilla que él acababa de devolver y coma asqueado coma dijo ¡Eso sí que no, Gen, cochino! coma pero Gen coma indiferente a su amonestación coma continuaba atiborrándose y él coma como impotente coma ¡Gen, Gen, ven aquí! coma impotente coma porque las remolachas le agarraban los pies como manos coma pero Gen ni le escuchaba coma saltó la empalizada corriendo tras el niño que zigzagueaba entre los surcos para eludir la persecución coma aterrorizado coma y el hortelano dijo colérica-

mente desde la ventana del primer piso ¡Chito, fuera, me cago en la madre que te parió! coma pero Gen coma enloquecido coma no hacía caso y Jacinto y los dos mellizos de Genaro corrían ahora por el alfalfar coma cayéndose y levantándose coma ¡toma aquí! coma chillaban coma y al llegar a la higuera que crecía junto a la granja coma el niño se agarró a un camal y dio un ágil quiebro pero Gen coma que parecía engolosinado con su trasero coma frenó apoyando simultáneamente las dos manos en tierra coma giró la cabeza y lo atajó a la salida del árbol y aunque falló al primer intento coma del segundo le aprisionó el glúteo derecho entre los dientes coma en tanto Jacinto y los gemelos corrían ahora dificultosamente por los cavones del barbecho y el niño berreaba y el hortelano apareció en la puerta con una vieja escopeta de dos cañones y por más que Jacinto quería decirle que no coma que alto coma que no cometiera disparates coma que él salía responsable coma el jadeo acongojado jjaajaá se lo impedía y se limitó a hacerle gestos apremiantes con la mano coma pero el hortelano dijo Ahora te voy a dar yo a ti y sin aculatar la escopeta ni nada coma a sobaquillo coma disparó dos tiros a quemarropa coma el segundo de los cuales casi levantó en vilo a Gen coma pero en el aire coma y antes de que Gen se desplomara bajo la higuera coma Jacinto ya vio borbotear la sangre en su costado y el hortelano cargó de nuevo la escopeta y se volvió hacia Jacinto que llegaba desala-

do coma mientras el arrapiezo se refugiaba en los brazos de su madre que había salido del establo al ruido de las detonaciones con una errada en cada mano punto Jacinto coma sin hacer caso del arma coma se arrodilló junto a Gen coma colocó su mano derecha en el costillar y friccionó enérgicamente coma mas al advertir el estertor y las convulsiones coma levantó la cabeza de Gen y unió su boca a la suya y sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss pero el aire se escapaba por las rendijas laterales de la boca de Gen fissss coma tan larga que Jacinto era incapaz de abarcarla toda con sus labios coma y se desesperaba porque le daba la sensación de una bomba que no ajustase a la válvula y en una de sus inspiraciones afssss su boca se llenó de sangre coma espesa y dulce coma tanta sangre que pensó que había vaciado a Gen coma y los mellizos que llegaban sofocados en ese momento coma se reclinaron sobre el cuerpo yacente llorando y diciendo ¡Papá, papá! y Jacinto se incorporó escupiendo y limpiándose la boca con el pañuelo y dijo Usted le ha matado y el hortelano asintió y dijo coma Así es ¿y quién lo va a sentir? y coma seguidamente coma dijo señalando a los niños coma lo que no admito son pitorreos. ¿Tiene usted la chapa de identidad? y Jacinto arrugó la frente coma El carnet querrá decir coma dijo coma y el hortelano aculató la escopeta en el suelo y se recostó en los tubos y dijo Quiero decir lo que dije, la

chapa coma dijo coma y Jacinto abrió la cartera coma rebuscó entre los papeles y tendió al fin al hortelano el carnet de genaromartín y el hortelano lo miró por un lado y por el otro coma por un lado y por el otro coma varias veces y luego dijo Bueno, supongo que este tipo será el dueño coma no, es él coma dijo Jacinto coma pero antes de que concluyera de hablar coma el hortelano le agarró por las solapas y le levantó de tal forma que apenas rozaba el suelo con las puntas de los zapatos y le decía coma el hortelano coma Oiga usted coma le decía el hortelano coma si después de desgraciarme al crío aún cree que puede reírse de mí en mis barbas, está muy equivocado. A ver, certificado de vacunación punto Jacinto al verse libre se arrodilló junto a Gen y trataba de hallar la cicatriz de la vacuna en lo alto del brazo entreabriéndole el vello moteado coma pero no lo encontraba y murmuraba nerviosamente justificándose coma Tenía que estar aquí, pero ha criado tanto pelo... y coma tras su infructuosa exploración coma alzó su pálida mirada y dijo humildemente dos puntos En todo caso yo puedo responder por él; es compañero mío coma pero coma inesperadamente coma el hortelano perdió la paciencia coma agarró la escopeta y la encañonó hacia Jacinto coma y Jacinto y los mellizos reculaban aterrados y el hortelano dijo dos puntos ¿Así que su compañero, eh? ¡Largo! Y si quieren volver a ver a esta basura ya lo saben, mañana en el Instituto Don Abdón.

Jacinto abre los ojos y por primera vez en varios días no siente los latidos en las sienes, los lumiacos en la espalda, ni las punzadas en la nuca. Al sentarse en la cama oye reiteradamente el modulado canto de un ruiseñor, choqui-piu-piupiú, muy próximo a la ventana. Jacinto sonríe para sí mismo: «Ya estoy bien; ya pasó todo», se dice. Y mientras se viste intenta silbar, bbb, pero sus labios, tanto tiempo inactivos, carecen de elasticidad y están secos y rígidos como cartones. Entre los listones de la persiana se filtra una tenue claridad que le permite descubrir las sombras de los muebles. Al calzarse los calcetines de lana le asalta la disnea (a Jacinto) y en vista de ello se pone los zapatos pisando los contrafuertes y sin abrochárselos. Al comenzar a andar, lo primero que se le ocurre (a Jacinto) es que cada uno de sus zapatones de lluvia pesa una tonelada. Mas todo su cansancio y su debilidad se disipan al abrir la puerta de la cabaña y toparse con el muro vegetal que le cierra la visibilidad por todas partes. Súbitamente los rayos de sol inciden en sus ojos y su centelleo le obliga a detenerse y a proteger aquéllos (los ojos) con la mano. Poco a poco va entreabriendo los dedos (paulatinamente, como los listones de la persiana al tirar de la cinta) para que sus pupilas se habitúen a la claridad. En ese compás de espera, llega hasta él el chapaleo sostenido del riachuelo, chuap-chuac, entreverado por la llamada de un macho de perdiz, chac-chac-ar, y la estridencia melodiosa del ruiseñor, choqui-piu-

piu-piú, en la trasera de la choza, probablemente en los olmos. Pero al abrir los ojos no puede ver el riachuelo, ni el macho de perdiz, ni el molino con las muelas abandonadas porque el seto, que alcanza ya la altura de su frente (de la de Jacinto), se lo impide. Su primera reacción es infantil: «Habrá que recortarlo», se dice (Jacinto), pero él es consciente de que lo que pretende con estas tres palabras es aventar el asomo de inquietud que empieza a roerle, esto es, engañarse. Se aproxima al seto con las manos en los bolsillos y piensa «Esto es demasiado», pero dice en voz alta: «¡Qué hermosura! El día que a la tierra se le haga producir así desaparecerá el hambre del mundo». Jacinto se resiste a encararse con la realidad, pero observa que los lábiles tallos primitivos se han bifurcado dos, cuatro, ocho, dieciséis veces, se juntan, se enzarzan, se enmarañan unos con otros y no dejan penetrar un rayo de luz. Por otra parte, su desarrollo es tan vigoroso que los tallos, en la base, tienen ya el espesor de su antebrazo (del de Jacinto). En general, los vástagos del seto se disparan hacia lo alto, en una verticalidad gótica, pero los progresos de los álabes y los serpollos son asimismo notorios. En este aspecto su propagación es muy laboriosa. Toda la afición botánica de Jacinto, que es mucha, se concentra ahora en las tenues ramas reptantes. Las rosetas foliares alumbran docenas de propágulos a manera de estolones cuyas yemas espaciadas enraízan sólidamente entre las grietas de las losas. De

ellas (de las yemas) brotan otras rosetas foliares que, a su vez, se prolongan en estolones, de tal manera que puede decirse que el seto camina, esto es, anda. Y lo más inquietante es que el tegumento que reviste tallos y ramas se eriza de minúsculas uñitas, insólitamente tenaces, que a falta de postes o paredes adonde agarrarse se abrazan entre sí en una madeja inextricable. Y entre las hojas, tiesas y dentadas, se abren las flores amarillas, de vida efímera, ya que a la fragancia altiva de unas se opone el desmadejamiento de otras y la muerte harapienta de las menos. Jacinto continúa observando; parece mineralizado en su inmovilidad. De pronto, gira sobre sus talones y avanza lentamente, paso a paso, por el pasillo que se abre entre la fronda y la cabaña. Su sombra, proyectada sobre las losetas, le precede y, conforme camina, revolotean, pr-prrrrrr, entre la tupida maraña, mirlos, verderones, petirrojos, chochines y malvises. Jacinto no hace caso de los pájaros; su sombra le hipnotiza y, al observar que la de sus hombros (la sombra) apenas cabe ya en la anchura del pasillo, se sobresalta, saca las manos de los bolsillos y a paso rápido se encamina a la portilla de troncos de pino, mas como llega a la esquina sin encontrarla, vuelve sobre sus pasos y murmura «Si estaba aquí; aquí mismo estaba». Su nerviosidad (la de Jacinto) se delata en la impaciencia de sus movimientos. Abre el seto separando las ramas con las dos manos y en su apresuramiento se araña la frente y se hiere el

ojo izquierdo. «Serenidad, Jacinto», se dice, oprimiendo el pañuelo contra el ojo lastimado, pero sus ademanes no responden a sus deseos. Prosigue indagando y, al fin, entre la espesura, divisa la portilla a medio metro de distancia, pero imagina (Jacinto) que es el ojo cubierto con el pañuelo (que no cesa de lagrimearle) el que produce esta engañosa sensación de profundidad y lo destapa pero, entonces, comprueba que no es medio sino un metro lo que le separa de la portilla. «¡Virgen Santa!», se dice. Por detrás de aquélla (la portilla) tampoco ve luz, de lo que deduce que la banda sembrada posteriormente también ha prendido. «Esto tiene al menos cuatro metros de espesor», se dice con lucidez lógica y abriendo mucho los ojos (el izquierdo aún enramado y lagrimeante) y apretando los puños hasta hincarse las uñas en las palmas. Oye el ruido de su corazón, tiqui-taca, tiqui-taca, encabritado dentro del pecho al incorporarse, y entonces hace lo que suelen hacer las aves al estrenar jaula: dar vueltas alrededor de su encierro para confirmar que no hay un solo espacio desguarnecido y, además, en lo que a Jacinto atañe, que la uniformidad de crecimiento es otra de las características del híbrido americano. La maleza le empuja hacia dentro en su progreso insidioso y, ante esta perspectiva, Jacinto se dice «Calma, calma», inspira el aire profundamente por la nariz y lo expira por la boca en golpes intermitentes, psssst-psssst, mientras se encamina hacia la caseta de los aperos,

contrapuesta a la del motorcito del agua. En todo caso, sus invocaciones a la calma y a la serenidad le sirven de bien poco (a Jacinto), pues al abrir la portezuela se pilla el dedo índice derecho, pero el dolor (que trata de contrarrestar metiéndose el dedo en la boca) cesa al contemplar los útiles allí alineados: una azada, una azuela, una hoz, un hocino, un hacha, una pala, un rastrillo, un serrucho y unas tijeras de podar. Sonríe ampliamente Jacinto, como un general sitiado que oyera el cornetín de los refuerzos y, sin sacar el dedo índice de la boca, toma con la otra mano las tijeras, el serrucho, el hacha y la azuela (que sujeta debajo del sobaco) y regresa al lugar de la portilla. Al cortar los tallos que sobresalen, crik-crak, experimenta una triunfal sensación de poder. Las tijeras son sólidas y están bien afiladas. Introduce (Jacinto) las ramitas entre sus fuertes mandíbulas (las de las tijeras), ejerce una leve presión, suena un leve chasquido (crak) y el leve tallo salta al suelo desconectado, totalmente inofensivo. El sol ha adquirido fuerza y Jacinto, acariciado por sus rayos, empieza a recuperar la serenidad. En su trabajo carece de visibilidad e incluso, aunque se empine, no puede ver el molino derruido, ni el colmenar, ni la roja tierra subsolada; aparte del seto, apenas divisa (Jacinto) la pimpollada tras el refugio y, frente a éste, la parte superior del tamojal de robles y la cenefa de la roca (con sus grutas y concavidades negro-amarillentas) en la ladera opuesta. El ansia por redescu-

brir el mundo imprime una aceleración a su quehacer, aunque de vez en cuando lo interrumpe para apilar las ramas cortadas al pie. El trabajo le cunde y, al diluirse su ansiedad, se pregunta cosas como, por ejemplo, los días que habrá estado enfermo, y así que descubre al agateador y le ve, tiit-tiit, introducirse por la hendidura de la caseta, concluye que la fiebre no ha durado ni diez días, ya que la avecilla no porta comida en el pico y, consecuentemente, todavía no ha empollado los huevos. (Es, la de Jacinto, una deducción arbitraria puesto que desconoce no sólo el día de la puesta sino el plazo de eclosión de los agateadores.) A intervalos, Jacinto se aleja un par de metros reculando para recrearse en los efectos de la poda. Sonríe. En la tupida superficie se ha abierto una oquedad que pone de manifiesto la portilla, aunque inmovilizada por tallos y camales. Sin embargo, Jacinto, adentrándose de perfil en la socarrena, puede llegar a ella (a la portilla) y aun moverla dentro del limitado vaivén que los tocones permiten a sus goznes.

Cuando Jacinto termina con los flecos (del seto), afronta los camales y, en esta fase, sucede con frecuencia que aquéllos resisten a la presión incisiva de las tijeras y, aunque Jacinto apela a la ayuda de la otra mano, se niegan a saltar. En tales momentos se recrudece su desconcierto (el de Jacinto) y la sensación de ansiedad en el diafragma, y para acallarlos se hace el distraído (Jacinto), se desvía de

su objetivo y se entretiene cortando los flecos de los alrededores, crik-crak, no esenciales para acceder a su objetivo, haciéndose la ilusión de que hace algo, aunque en su cabeza (la de Jacinto) bulle esta idea: «Te estás yendo por las ramas», terca y rigurosamente exacta, pero él (Jacinto) la desecha moviendo la cabeza de un lado a otro como suele hacer cuando le asalta un pensamiento pecaminoso. De este modo llega a un punto muerto en que no profundiza puesto que todas las ramas que se interponen entre él y la portilla no ceden a los mordiscos repetidos de las tijeras. Se arma de valor (Jacinto) y arremete contra ellas, colocando las cuchillas en las muescas que dibujaron sus tentativas anteriores y, tras ímprobos esfuerzos, que dejan en sus manos una impronta dolorosa, hace saltar a dos, lo que le induce a exclamar «¡Esto marcha!». La conciencia de que aún posee en reserva instrumentos más expeditivos que las tijeras le imbuye una sensación de seguridad pero demora utilizarlos (los instrumentos en reserva) para no destruir este sentimiento confortador, pero finalmente, ante la recalcitrante resistencia de los cinco camales y el tocón (que impensadamente ha derivado hacia la derecha y bloquea la portilla) deposita las tijeras (ya inútiles) en el suelo, coge el serrucho, lo aplica a la horquilla de una de las ramas y lo mueve de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, y, al detenerse, advierte que los dientes (del serrucho) no penetran

en la madera, apenas dibujan un rasguño en el tegumento. Cambia de rama entonces (Jacinto) y concentra su esfuerzo en otra más baja que le permite cargar el peso de su cuerpo y acentuar así su poder de penetración (el del serrucho). Éste (el serrucho) no está estrenado y aun se advierten en los flancos de la hoja blanca, brillante, restos de grasa sólida para su mejor conservación, mas a pesar de su calidad y del denodado ardor de Jacinto, ris-ras, ris-ras, el camal, tal vez por demasiado tierno y muy rico en savia, repele el serrucho, se muestra tan enterizo que los dientes apenas perforan la superficie de la piel. Aún insiste Jacinto un par de veces y, por último, convencido de que es inútil, idea amarrar el serrucho a la suela de su zapato, pues en su afán de buscar justificación a su impotencia, concluye que carece de músculos en los brazos ya que un perito calígrafo precisa sensibilidad en la mano pero no fuerza y, por otra parte, el rasgueo de la pluma sobre el papel, gué-gueeé, aun siendo un ejercicio continuado (de días, y de horas, y de semanas y aun de años), no es precisamente una gimnasia como para desarrollar los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!). De forma que agarra una cuerda y se ata el serrucho de canto a la suela del zapato, pero, apenas coloca los dientes de aquél en la horqueta y oprime, la hoja pierde la verticalidad y se aplasta, plat, contra la suela de su zapato y él (Jacinto) la endereza con violencia, desmanotadamente, y aprieta otra

vez pero de nuevo se aplasta, plat, y, al tercer intento, la cuerda se rompe y aunque a Jacinto le repugna hablar mal, exclama mecánicamente, fuera de sí, «¡Me cago en la madre que te parió!», exclama, aunque le consta que los serruchos no son frutos de vientre ni, consecuentemente, hijos de madre, pero le dice «¡Me cago en la madre que te parió!», y aunque de momento se queda más a gusto, al poco rato se siente apesadumbrado.

Ante el fracaso, Jacinto agarra el serrucho y vuelve a la carga, ris-ras, acumulando en las manos todas sus energías (que van siendo cada vez menos), pero el camal está demasiado irrigado y apenas se deshilacha ligeramente en el recodo de la horquilla. A partir de esta nueva intentona, Jacinto se desespera, reniega de los empeños sistematizados, se introduce en la oquedad y empieza a patear, taf-taf, rabiosamente la rama más baja hasta que ésta se dobla, chasca, cleep, pero el tegumento es terriblemente resistente y ha de bascularla (la rama) más de cincuenta veces para que se desprenda. Acto seguido, persuadido de la eficacia de la fuerza bruta, trata de hacer lo mismo con otro camal, pero éste es tan largo que, al intentar girarlo para ahuecar el tegumento, el extremo tropieza con las ramas de encima y con las ramas de debajo y, para evitar esto, la desmocha (la rama que pretende arrancar) con las tijeras, crik-crak, pero aún carece de juego, no es posible voltearla, y ha de ayudarse con el serrucho, ris-ras, para cortarla. Ja-

cinto suda, resuella, pero no se amilana. Aspira a dejar abierto el acceso a la portilla antes de acostarse, pero el sol camina excesivamente deprisa o él (Jacinto) demasiado despacio, el caso es que cuando el enorme disco rojo declina sobre el monte, Jacinto todavía no ha conseguido desgajar la tercera de las cinco ramas que le estorban y, convencido de la necesidad de hacerlo, la retuerce enfurecido, la hace bascular de un lado a otro, tira de ella, la muerde con las tijeras, la mella con el serrucho, aprieta los dientes, reza jaculatorias, dice de nuevo, en un rapto de locura, con voz perfectamente audible, «Me cago en la madre que os parió a todas» (las ramas), y cuando, tras una hora de ímprobos esfuerzos, la arranca, analiza el macerado muñón y le habla (al muñón) como si se tratara de una persona: «¡Cómo os agarráis, desgraciadas!», dice, y, al cabo, arroja la rama sobre el montón de desperdicios, se endereza poco a poco para aliviar el dolor de los riñones entumecidos y seguidamente reemprende la tarea.

En el instante en que el sol traspone la montaña se produce un fenómeno chocante: los pétalos de las flores amarillas se pliegan como protegiendo los estambres y, simultáneamente, empiezan a exhalar un aroma dulzón, concentrado y mareante, en el que se entremezclan matices de la madreselva y de la rosa, pero más acentuado, tanto que eclipsa el olor a tomillo y espliego dominante en la vaguada. Desde el páramo desciende el llanto cre-

puscular de los alcaravanes, currlií-currliií, y en la fronda espesa del seto, los serines, los mirlos, los petirrojos, los verderones, los chochines, los gorriones, los ruiseñores revolotean y cantan, truichinc-tiit-orrr-sib-sab, en una algarabía ensordecedora. A Jacinto le sofoca la intensidad del aroma, le excita el clamor de los pájaros, y, comprobada la inutilidad de las tijeras y del serrucho, y comprobados asimismo los progresos de la noche, toma el hacha y, fuera de sí, empieza a descargarla sobre el camal, tac-tac, mas el camal parece de goma y rechaza la hoja como si se tratara de una pelota, sin que la más insignificante muesca se acuse en ella, y ya Jacinto, enloquecido, empieza a golpear el seto sin buscar el punto vulnerable, a diestro y siniestro, sin mirar dónde, hiriéndose las manos y los antebrazos, mas el noventa por ciento de los golpes resultan fallidos, mueren inútilmente entre el follaje, con un impacto muelle y blando, plaf, que contrasta con el golpe seco, tac, que produce la hoja cada vez que tropieza con la madera. Jacinto, poseído de un sombrío furor, no se detiene a comprobar los progresos de su obra. En lo alto se anuncia el brillo rutilante de la estrella Arturo y los pájaros enmudecen y, a cambio, los murciélagos empiezan a merodear, en fintas audaces, en torno a Jacinto, quien, extenuado, hace un alto, jadea, jjaá-jjaá, agarra la rama, trata de retorcerla, y la rama se comba elásticamente sobre la muesca más profunda pero no se disloca, incluso llega un momento en que Jacinto,

acumulando sus últimas energías, consigue unir el extremo superior de aquélla con la horquilla donde nace, mas en vista de que es inútil, la suelta (Jacinto), tan desafortunadamente que la rama, al recuperar la posición inicial, le golpea en la barbilla con violencia y Jacinto se tambalea, está a punto de caer y, agachado como está, se cubre los ojos con las manos y rompe a llorar acongojadamente mientras murmura: «¡Estoy encerrado; esto es una barrera inexpugnable!».

—Barrera —dijo (Jacinto), y colocó las dos fichas rojas en el seguro, una junto a la otra, cuidando de igualarlas, mientras doña Palmira palmoteaba, pla-pla-pla, y decía «Ahora van a ver ustedes quién soy yo», y doña Presenta, después de examinar la posición de las cuatro fichas azules, dictaminaba «No hay derecho, Jacinto, a mí no hay quien me saque de la cabeza que usted tiene algo contra mí», y la señorita Josefita sonreía y, al sonreír, se acentuaban las patitas de gallo en los vértices de sus ojos, pero Jacinto no pensó por esto que fuera vieja (la señorita Josefita) sino que su cutis era fino y delicado como el papel de fumar.

Doña Palmira, doña Presenta, la señorita Josefita y Jacinto se cobijaban bajo la pantalla de flecos granates, tan baja que el haz luminoso se concentraba sobre el tablero polícromo dejando los respaldos de las sillas, el aparador y la vitrina en una apacible penumbra. Tras dos años de luto riguroso, era la primera vez que la señorita Josefita juga-

ba con las fichas amarillas, pues, al decir de doña Presenta, el amarillo era alivio, y la señorita Josefita decía «Si vieran que no me acierto», y doña Palmira corroboraba, «Señorita Josefita, se ve que el amarillo no le pinta». A pesar de ello, la señorita Josefita proseguía avanzando con su ficha de vanguardia y aproximándose a la ficha azul de doña Presenta, inmovilizada por la barrera roja de Jacinto, y, una vez que la tuvo a su alcance, doña Presenta asió crispadamente el antebrazo de Jacinto y le dijo «Por amor de Dios, Jacinto, ¡abra, abra!, no ve que ya están ahí», pero Jacinto observaba de reojo a la señorita Josefita y le conmovía su magra figurita de cuarentona indefensa, su vocecita atiplada apenas audible, sus párpados rojizos que producían la impresión de haberse pasado una vida llorando y «Cinco», dijo Jacinto, «a salir, ya tengo todas en juego», y se frotó obstinadamente una mano con otra, y doña Presenta cerró los ojos apretando mucho los párpados y dijo «Estas barreras me descomponen, Jacinto, créame», y la señorita Josefita agitó el cubilete, amarillo, rol-toltol, con su manita huesuda, mientras doña Presenta, volcada sobre el tablero, trataba de conjurar el peligro «¡Dos, dos, dos!», repetía, y el dado amarillo alumbró un dos y doña Presenta palmoteó, pla-pla-pla, y «No hay como tener confianza», dijo, pero la señorita Josefita le advirtió «No cante victoria, doña Presenta» y doña Presenta se volvió a Jacinto, le sujetó por el antebrazo, puso los ojos en

blanco y le imploró, como si realmente se sintiese perseguida por seres de carne y hueso: «¡Abra, Jacinto, por la Virgen Santísima se lo pido!», mas Jacinto parecía de hielo, levantó el cubilete y lo volcó, blok, «Tres», dijo, y adelantó la ficha que acababa de sacar de casa, en tanto doña Presenta le reconvenía, «Ya veo que no piensa quitar nunca de ahí ese muro de la vergüenza», una obsesión, hasta que doña Palmira se irritó y dijo «O callas la boca o lo dejamos, Presenta; el juego es el juego, ya se sabe» y, en ese instante, la señorita Josefita rodó su dado ruidosamente, trenterenten, sobre el cristal, y exclamó triunfalmente «¡Uno!» y, triunfalmente, desplazó la ficha azul de doña Presenta hasta su rincón y doña Presenta le decía a Jacinto por lo bajo, «Si esto me lo estaba temiendo yo; es usted tan testarudo que tenía que acabar mal», y, afanosa de desquite, doña Presenta corría ahora con su segunda ficha, los ojos brillantes de ansiedad, tras la ficha amarilla de la señorita Josefita, que acababa de comerla y decía, «Ahora me las va a pagar usted todas juntas, Josefita», mas, a renglón seguido, Jacinto sacó un cuatro y abrió la barrera e inmediatamente trató de justificarse ante doña Presenta, «Si muevo la otra, doña Palmira me la va a echar el guante», dijo con una risita de conejo, pero doña Presenta se encampanó y «Si empezamos con favoritismos no vale», dijo desencantada, «mira que ir a abrir la barrera ahora; y lo que yo digo, si jugamos aliados hay que advertirlo desde

el principio», y dale, y la señorita Josefita, toda arrebolada, asistía impasible al pugilato dialéctico, los ojos bajos, humillada, mortificada por la luminosidad de la lámpara de flecos granates, las manitas de alambre desmayadas sobre el regazo, y así que doña Palmira intervino con su vozarrón de trueno, «¡Ya está bien, Presenta, el juego es el juego!» y, suavizando la voz, «le toca a usted, señorita Josefita», así que dijo esto, la señorita Josefita tomó el cubilete amarillo, lo agitó, tol-tol-tol, lo volcó, blok, e hizo rodar el dado por el cristal, trenterenten, satisfecha de poder desplazar la atención sobre el dado triscador y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y doña Presenta, decepcionada, «Ande, échela usted un galgo», y la señorita Josefita volcó de nuevo el cubilete, blok, y volvió a salir un seis y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y la expresión de desencanto de doña Presenta se trocó en una mueca esperanzada y la señorita Josefita, según movía el cubilete amarillo, tol-tol-tol, por tercera vez consecutiva, dijo «También sería mala suerte», y los cuatro pares de ojos se fueron tras el dado saltarín y cuando éste se detuvo doña Presenta, puesta en pie, tronó: «¡Seis, a casa! ¡La trampa de Dios siempre canta!», *pero tú sabes que no es así, Jacinto, menuda, tú lo sabes, hijito, que unas veces canta y otras no canta, que por esa regla de tres, mira, sería justo lo de las ordalías y los juicios de Dios, y no lo es, qué va, la trampa canta cuando quiere, Jacinto, de sobra lo sabes, que la trampa es igualito que un canario*

enjaulado, canta o no canta, que otra cosa es la condición humana, Jacinto, ésa es harina de otro costal, menuda, eso sí que no tiene remedio, ahí lo que uno gana es a costa de otro, fijo, que es lo que yo digo, Jacinto, ¿qué demontres puedo hacer yo para que después de jugar al parchís con doña Presenta y la señorita Josefita, las dos se vayan contentas a casa? Nada, Jacinto, no te molestes, no le des vueltas («¡Otra, otra!», chillaban los compañeros), haces un favor a uno y enojas al otro, la vida es así, no tiene vuelta («¡Otra, otra!») de hoja, que si tú intercedes por genaromartín perjudicas a Darío Esteban y, si no lo haces, beneficias a Darío Esteban y perjudicas a genaromartín, pero tú intercediste, ya lo sé, menuda, qué me vas a decir a mí, ¿y todo por qué? Seamos francos, Jacinto, porque te pareció justo y razonable, pero anda, ve por ahí, hijito, y pregunta: ¿qué es lo justo?, ¿qué es lo razonable?, anda, sólo por curiosidad, pregunta, Jacinto, una encuesta o eso, hazlo sólo por el gusto de ver si coinciden dos, sólo dos, que ya te aseguro desde aquí que no, porque lo justo y lo razonable ha de acomodarse a lo mío, y si no se acomoda a lo mío, ni es justo ni es razonable, que eso es como la historia y como las palabras, Jacinto, que cada cual maneja su historia y sus palabras, y, como son suyas, puede hacer filigranas con ellas si quiere para acomodarlas a lo que le conviene, Jacinto, convéncete, porque el defecto de la historia ¿sabes cuál es?, pues sólo uno, mira, que la escriban los vivos, Jacinto, eso, que la historia deberían escribirla los muertos, pero hay una dificultad, Jacinto, ¿sabes?, como

tienen las manos tan frías no pueden ni agarrar el palillero, no saben, pero es lo que yo digo, Jacinto, ¿por qué no les alfabetizamos? Haríamos una buena obra, te lo aseguro, que ya sé que al principio sería una lata, que habría que llevarles la mano y todo eso, como a los moribundos que quieren retirar los dineros del banco, lo comprendo, una lata, pero con un poco de paciencia quizá consiguiéramos algo, ¿por qué no?; y a fin de cuentas, por intentarlo no perderíamos nada, ya ves, porque si no, vienen los vivos y te dicen «Todos los hombres somos iguales, Cristo lo dijo», eso dicen, pero eso no quita para que unos hombres echen a otros a las fieras, o a las mazmorras, o al gas y además, que esto es lo chusco, te demostrarán que eso es lo justo y lo razonable, Jacinto, y a lo mejor lo es, vete a saber, o a lo mejor es que los hombres no somos iguales, ¡qué sé yo!, o que tenemos dos caras, o tres, o cuatro, una de verano y otra de invierno, a saber, ahí tienes los discursos de don Abdón, aplausos, bravos y muy bien, todo plácemes, y luego Amando García, por detrás, la Otis Encelada esto o el Capicúa lo otro, ¿en qué quedamos? Es como lo de la piscina y el bombo, Jacinto, aquí entre nosotros, hablando en plata, ¿tú crees que don Abdón sabe nadar? Entiéndeme y no cojas las cosas por donde queman, Jacinto, que yo no trato de insinuar que don Abdón no merezca nuestro aprecio, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres, eso por descontado, y que lo de descargarte de responsabilidades es algo que no se paga con dinero, menuda, qué se va a pagar, Jacinto, pero esto al mar-

gen, hablando en plata, nadar no sabe, y de tocar el bombo, Jacinto, ni pum, para qué engañarnos, y aun en el supuesto, que ya es suponer, de que supiera, Jacinto, incluso aceptando que fuera un virtuoso, que ya es aceptar, ¿es que tú crees que un bombo a palo seco puede dar música? Dime la verdad, Jacinto, honradamente, ¿puede dar música un bombo? Entonces, ¿a qué tantos aplausos y tantos aspavientos, Jacinto, me lo quieres explicar? Y si la gente tiene dos caras o tres, o cuatro, ¿cuál es la buena? ¿La de verano o la de invierno? Menudo lío, Jacinto, y es que hay que desengañarse, los hombres no son iguales, ni de lejos, y tú dirás «No son cristianos», pero ellos enseguida te alzan el gallo: «Soy cristiano por la gracia de Dios», y el que lo dice se repantiga en el diván del coche, vocea «¡arre!» y fustazo que te arreo, y su igual, el que tira del coche, cierra el pico y adelante y tú te piensas «Mañana cambiarán; se repantigará el que tira y tirará el que hoy se repantiga», pero mañana ya es hoy y el que se repantiga es el mismo de ayer, Jacinto, y vuelve a vocear «¡arre!» al otro, y fustazo que te arreo, y aunque son iguales nunca cambian, Jacinto, que éste es el chiste, porque al del diván que te dice «Soy cristiano por la gracia de Dios», le parece justo y razonable que su igual tire del coche mientras él va repantigado, y el que tira, vete a saber, Jacinto, a lo mejor piensa otra cosa pero carece de voz, o, si la tiene, sus palabras son pobres, no se cotizan, o a lo mejor son ricas pero, en este caso, no significan, a buen seguro, lo mismo que las palabras del que va repantigado y, por tanto, el

que va repantigado no le entiende, no le puede entender y además tiene la fusta, que esto es lo grave, y, en consecuencia, es inútil que el otro hable y, por tanto, es preferible callar, y hace un esfuerzo (Jacinto), cambia de postura y calla, aunque le arden las palmas de las manos, se le han levantado las ampollas y asoma a corros la carne viva y él (Jacinto) despega con cuidado los circulitos de piel encallecida y, con cuidado, mete la punta de la lengua bajo ellos y las lame (las llagas) insistentemente. Nota también (Jacinto) un cansancio doloroso en medio muslo; y, sobre el trasero, donde le han dicho que están los riñones, siente como si los hachazos los hubieran descargado sobre él, allí, en lugar de haberlos descargado él (Jacinto) sobre el seto y es como si tuviera una honda muesca a cada lado, como esos árboles que los leñadores dejan pendientes de un hilo, para que la cuadrilla taladora los derribe, amarrándoles con una maroma, uno a uno, al día siguiente (la división del trabajo). El caso es que Jacinto está despierto, los ojos como platos, la lámpara portátil sobre la mesilla de noche y sus pensamientos brincan caprichosamente de dolor en dolor: manos, muslos, riñones, bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!), riñones y, a cada pensamiento, altera su postura, mas si se tumba boca abajo alivia los riñones pero agrava los dolores de los muslos y las palmas, y si se tumba boca arriba, reduce el escozor de las llagas y el dolor de los muslos pero se acentúa el de los riñones,

y si se coloca del lado derecho, descansa el dolor del riñón izquierdo y el del bíceps izquierdo y el del muslo del mismo lado y aun, con suerte, el de las llagas, pero se recrudecen, en cambio, los dolores del riñón, del muslo y del bíceps derechos, pero si se acuesta del costado izquierdo, disminuyen los dolores del muslo, del riñón y del bíceps del lado derecho, pero acrecen proporcionalmente las molestias del muslo, del riñón y del bíceps del lado izquierdo. Y cada vez que se mueve, Jacinto se acompaña de un «aaaaay» más o menos quejumbroso y prolongado de acuerdo con el tiempo que invierte en cambiar de postura, mas, tras el «aaaaay» ya automático, puramente rutinario, piensa que, por mucho que se las ingenie, de los ocho dolores que padece (dos manos, dos riñones, dos muslos y dos bíceps) no podrá eliminar más que cinco, y el resto, los otros tres, prevalecerán quiera o no quiera. Y cuanto más se mueve, más consciente es (Jacinto) de sus dolores y dice: «Estás desazonado, Jacinto. Más que dolor, lo tuyo es desazón». Y como actúa por impulsos, estira un brazo, abre el cajoncito de la mesilla de noche, saca de él un frasco, desenrosca la tapa con una mano, extrae una gragea de color rosa, vuelve a taparlo (el frasco), cierra el cajoncito, pone la píldora en la parte posterior de la lengua (bajo la campanilla), coge el vaso, sorbe un buche de agua y la traga, glú (la gragea). Inmediatamente percibe un ruido en el tejado, un ruido espaciado y rítmico, taptap-tap,

como si unos dedos tabalearan sobre las lascas de pizarra. En un principio el tabaleo es diferenciado, tap-tap, pero se va acelerando hasta convertirse, en pocos segundos, en un rumor pertinaz e indistinto, tuuuuuuuf, que no proviene ya solamente del tejado sino del jardín, de los olmos, del seto, de la vaguada y del páramo. «Está lloviendo», se dice Jacinto repentinamente iluminado y, por el momento, ignora si el hecho de que llueva es algo conveniente o inconveniente, difusamente advierte que la lluvia constituye una novedad y que aquel rumor uniforme y tonificante (Jacinto ha olvidado ya la gragea) le serena, espesa sus párpados y le incita, invenciblemente, al sueño.

Al despertar, oye cantar a los mirlos, chinc-chincchinc, o, al oír cantar a los mirlos, chinc-chinc-chinc, se despierta (Jacinto) y, por la claridad que tamizan las tablillas de la persiana, deduce (Jacinto) que ha salido el sol. Saca la mano del embozo y tira de la cinta (de la persiana), bla-ta-blá, y, al hacerlo, con la luz, despiertan en él el ardor de la mano derecha, el dolor del bíceps derecho, las punzadas de los riñones derecho e izquierdo y las contracciones pugnaces de los muslos (derecho e izquierdo). No obstante, se arroja de la cama, embute los pies desnudos en los zapatos, se pone la bata y sale afuera abrochándose el cinturón. Le envuelve una vaharada de tierra húmeda y en el azul del cielo, sobre los buitres planeadores, ve correr las nubes blancas, últimos despojos de la borrasca.

Al bajar la vista, se olvida de todo (Jacinto) y únicamente ve el seto, un seto exuberante que rebasa su cabeza (la de Jacinto) y cuyas hojas ofrecen unos limbos limpios, brillantes, en contraposición con el amarillo empolvado de las flores. El corazón bate el pecho de Jacinto, tac-tactac, al dirigirse a la oquedad abierta la víspera junto a la portilla, y se acelera, hasta producirle dolor, al comprobar que la oquedad apenas existe. Las ramas altas del seto gotean, tiptop, sobre las inferiores y en la penumbra de los bajos apunta el sotobosque: los incipientes abanicos de los helechos, las espirales de los zarcillos, la aspereza de las ortigas... El lecho ofrece la porosidad hormigueante de lombrices y lumiacos característica de los bosques seculares. En los tallos del seto castigado por el hacha, brotan raíces adventicias que se desflecan en espera de un asidero, en tanto los tallos intactos alumbran raicillas caulógenas junto a los serpollos frondosos que ocultan totalmente la portilla de troncos. Jacinto está aturdido. Observa, atónito, la marcha apresurada de las ramas reptantes apuntaladas en los estolones, la expansión insólita de las rosetas foliares, la turgencia de los bulbos prestos a estallar. Gira sobre sí mismo (Jacinto) y verifica que, en todo su campo visual, la altura del seto es sorprendentemente uniforme. Parece tranquilo pero, inopinadamente, grita: «¡Es una barrera infranqueable! ¡Estoy prisionero!», grita, y la vaguada responde: «ero» y Jacinto aprieta a correr sin ningún objeto,

va y vuelve, circunda la cabaña, los ojos azules desorbitados, brinca, agita los brazos, mientras musita: «Prisionero; estoy prisionero» y, cuando al fin se detiene, la cabeza le arde, sus facciones se contraen en visajes espasmódicos y, tras unos titubeos, se encamina a la trasera y regresa con el hacha, la azuela y la azada, se escupe en las palmas de las manos erizadas de ampollas, agarra la azada y comienza a golpear alocadamente en la fronda reciente que le separa de la portilla. Sus golpes (los de Jacinto), blandos e inútiles, plaf, plaf, apenas sirven para espantar docenas de pájaros y descabezar algunas flores y, al advertirlo, Jacinto arroja la azada contra el costado de la cabaña, trok, compensa su movimiento de ira con una jaculatoria, corre como un autómata a la parte posterior del refugio, se encarama sobre la caseta del motorcito, agarra firmemente el alero del tejado, flexiona sus brazos, se apoya en el vientre, iza una rodilla, luego la otra y gatea por las lanchas de pizarra, asiéndose crispadamente a los empalmes para contrarrestar la pendiente. Al alcanzar la chimenea, se agarra a ella y se endereza y mira en derredor y, al avistar de nuevo el arroyo, el robledal, las ruinas del molino, los islotes de grama, el colmenar, la roja tierra subsolada, sus ojos se llenan de lágrimas. El seto que le aísla de ese mundo tiene un espesor de más de seis metros y desde lo alto Jacinto puede observar su consistencia cespitosa e invulnerable. En un impulso brusco, movido por la con-

ciencia de que a cada minuto que demore esta decisión la huida será más difícil, Jacinto toma carrerilla desde el vértice del tejado, da dos trancos por la pronunciada vertiente y, al alcanzar el alero, brinca con todas sus fuerzas, salta al vacío, intenta hacer la doble tijera en el aire como dicen que hacen los atletas en las pruebas de longitud, y cae, ¡plaf!, sobre la maraña del seto que, en unos segundos, le absorbe como una ciénaga. Jacinto patea y bracea entre la maleza, nada, grita «¡socorro!» y la vaguada se burla «¡orro!», y vuelve a gritar «¡socorro!» y la vaguada repite «¡orro!» y él (Jacinto) sigue braceando, pretendiendo desembarazarse de los tallos y camales que le amarran, que le inmovilizan las piernas o se le incrustan en el pecho y en el vientre dificultándole la respiración. Jacinto está tumbado, se siente prendido por la cintura y piensa en un mosquito apresado en la tela de araña, pero, poco a poco, pateando furiosamente, va recuperando la posición vertical, afirma el pie en un codillo resistente, impulsa su cuerpo hacia arriba y su cabeza emerge, al fin, del follaje y al tender la vista en torno se desmoraliza, ya que, pese a su titánico esfuerzo, apenas ha logrado rebasar metro y medio de seto y su situación, incluso para regresar a la cabaña, es seriamente comprometida. Trata (Jacinto) de zafarse de las ramitas superiores ejecutando los movimientos de la braza, pero la maleza se muestra tan adhesiva que tiene la impresión de estar clavado en el sitio. Enton-

ces, poseído de una crisis nerviosa, pone todo su cuerpo en actividad, se apoya en los pies, las manos, los codos, el trasero y las rodillas para vencer la pegajosidad de la fronda, pero el seto le frena con sus mil tentáculos, le sujeta con firmeza y él (Jacinto) chilla y llora y si, a veces, demora mover unos segundos uno de sus miembros (un brazo por ejemplo), las uñitas de los tallos, ávidas de encontrar una apoyatura, se le enroscan, se le ensortijan, clavan en el entramado de la bata sus minúsculos aguijones y empiezan a trepar por él como si quisieran devorarlo y, en esos casos, Jacinto los arranca con ostensible repugnancia, con dedos recelosos como si se quitara víboras de encima, y grita y el eco grita también, y experimenta de nuevo la sensación de ser un mosquito atrapado en una tela de araña y nota los lumiacos recorriendo su columna vertebral persuadido de la antropofagia del híbrido. Sus esfuerzos, empero, no responden a un plan, son desmanotados y nerviosos, patea y bracea (¡Don Abdón, ahora donde le cubre!) sin método alguno, crispadamente, y su misma tensión le inutiliza y le fatiga y hay momentos en que, consciente de su impotencia, es tentado de abandonar la lucha y dejarse morir allí. En tales casos queda inmóvil, resollando acongojadamente, jjaá-jaá, pero basta el roce viscoso de un estambre o una hoja en el cuello o la mejilla para que Jacinto se erice de nuevo, se rebele, y entonces se rebulle con energía y hostilidad crecientes, tronza tallos a patadas, ca-

balga sobre el seto unos centímetros (a pique de desgraciarse), se desembaraza de los camales que entorpecen los movimientos de sus rodillas, abofetea las flores próximas cuyos pétalos y corolas se esparcen por la maciza superficie del seto y sus labios (los de Jacinto), virginales de ordinario, mezclan las plegarias con alguna palabrota que involuntariamente se le viene a la boca.

A veces, pierde pie, le falla el codillo o la horqueta y nuevamente se sumerge en aquel mar vegetal y nota que se asfixia y bracea y gime hasta que torna a salir a flote y entonces suspira profundamente, pero al echarse la noche, conforme los pétalos amarillos se recogen sobre los estambres y empieza a expandirse el aroma enervante de las flores, Jacinto piensa que ha llegado el fin, pero se resiste a ceder, rechaza el perfume embriagador y chilla «¡Malditos!» con toda su alma y, con el grito, descubre que su voz le alienta y repite «¡Malditos!» y la vaguada responde «¡itos!», y entonces grita «¡Abrid!» y la vaguada replica «¡brid!», y entonces grita «¡Yo no quise preguntar nada!» y la vaguada responde «¡ada!», y entonces grita «¡no lo hice con mala intención!», y la vaguada repite «¡ión!», y entonces grita (Jacinto) «¡Lo juro!» y la vaguada replica «¡uro!». Y según chilla, Jacinto pedalea sobre los codillos y los camales, se hiere los dedos, se rasguña los muslos, se desuella los codos y los antebrazos, se daña los testículos y una luna blanca, impávida, le observa burlonamente

desde la cabecera del valle, pero él (Jacinto) no ceja, contorsiona el cuerpo y cada vez que sus pies topan con un sólido punto de apoyo, empuja con todas sus fuerzas hacia adelante sin notar los arañazos del pecho y del vientre, y en uno de estos esfuerzos cede inopinadamente la resistencia del seto y Jacinto cae violentamente, de bruces, sobre las losetas del pavimento, riendo y llorando, descalzo, la bata y el pijama desgarrados, el cuerpo sangrante, pero ríe y ríe cada vez más fuerte, sin ánimo para incorporarse, mira a la luna y su plenitud reposada y satisfecha le recuerda la cara reposada y satisfecha de Darío Esteban y, tumbado sobre las lajas como está, hace bocina con las manos y chilla desesperadamente: «¡Darío Esteban, abrid!», e, instantáneamente, la vaguada repite: «¡brid!», y Jacinto vocea: «¡No lo puedo resistir!», y la vaguada repite: «¡stir!» y, de pronto, Jacinto se arrodilla, gime, abre la boca y empieza a reírse por lo bajo, demencialmente, a golpes, babeando, se frota una mano con otra sin advertir el escozor de las llagas y las ampollas, tiembla, se pone en pie y dice íntimamente: «¡Un verso! Jacinto, has hecho un verso!», se dice con infinita complacencia y vuelve a reír con la garganta, como gorjeando, «un verso», repite, «Darío Esteban, abrid / No lo puedo resistir», murmura cuando se adentra, con la inestabilidad de un borracho, en la cabaña y prende la lámpara de queroseno y se derrumba en un sillón (Jacinto) y rompe a sollozar acongojadamente y, en las breves

pausas entre sus sollozos, repite «Un verso, ya sé hacer versos» y se limpia las lágrimas con los dorsos de las manos y, al levantar la vista, se asombra del orden y del silencio que imperan en la cabaña, y el egocero, desde la campana de la chimenea, le contempla con sus impasibles ojos de cristal y Jacinto le mira, a su vez, y le dice: «Ya sé hacer versos», y estalla en una carcajada burbujeante.

Tenía el morro chato y negro y coma en la punta coma los orificios bien dibujados coma como notas musicales coma y la mirada de sus ojos avellana avizorante y despierta como si aún estuviese vivo punto El pelo corto y duro de la cabeza se adensaba en las orejas coma donde nacía la grácil curva del cuello coma brutalmente yugulado por la cuchilla allí donde se iniciaba la mancha marrón del tórax que se extendía por el lomo hasta el trasero punto El techo de la sala era alto y las paredes blancas y desguarnecidas con góticos ventanales coma sin postigos ni cortinas coma abiertos a la oscuridad de la noche coma y sobre la alargada mesa de mármol blanco flotaban cinco globos de luz coma cuya estudiada disposición eliminaba las sombras punto Olía intensamente a fenol y tras los ruidos secos y acompasados de las pisadas por el largo y desnudo corredor coma chás-chás-chás coma el silencio de la sala se hacía especialmente opaco punto La cabeza descansaba sobre la limpia sección de la cuchilla y por el mármol se extendía un leve reguero de sangre coagulada casi negra punto y aparte

La mujer coma hasta entonces inmóvil y silenciosa coma se llevó el pañuelo a los ojos coma luego a la boca y gritó medio sofocando el grito con el pañuelo ¡Genaro, Genaro mío! y el doctor de más edad la tomó delicadamente de un brazo y le dijo repórtese, hay que ser fuertes coma e inmediatamente coma volvió la cabeza hacia el doctor más joven coma embutido como él en una bata blanca coma y añadió en un susurro acompañado de un ademán admirativo coma un hermoso pointer ¿no es cierto?

Jacinto cesa de mirar los orificios nasales del egocero, se pone en pie, entra en la cocina y mientras bate los huevos para prepararse una tortilla, le da por pensar que la palabra, con todas sus imperfecciones, aún puede ser redimida, que lo urgente es hallar palabras vírgenes que sugieran las mismas ideas en todos los cerebros, mas, de improviso, reacciona, deja de batir, deposita el pocillo con los huevos en el fogón y se dice: «Estoy acorralado; no puedo perder tiempo». Simultáneamente repara en que está descalzo, cubierto de harapos y el cuerpo lleno de mataduras. Se mete bajo la ducha y grita, ¡aaaah!, incapaz de soportar el escozor en silencio, luego se embadurna de mercromina y se viste apresuradamente y sale a la noche, en la mano la lámpara de keroseno cuya llama blanca se ve de inmediato rodeada de polillas y mosquitos. Trata de inspirar (Jacinto) el aire frío de la noche profundamente y expelerlo en rachas intermitentes,

pssstpssssst, con objeto de sosegar su corazón que le golpea frenéticamente el pecho. Repite cuatro o cinco veces el ejercicio y, después, deja el farol en el suelo y mide la distancia que media entre los dos costados del seto: cuatro pasos largos. Empero, el pasillo entre el seto y la cabaña no llega al metro. «No puedo dormirme sin resolver esto», se dice. Presiente que dormir en estas circunstancias puede significar la muerte y, por el contrario, la actividad aliviará su tensión. Entra entonces (Jacinto) en una fase de agitación delirante, su cerebro sometido a presión alumbra ideas encontradas, va y viene (Jacinto), interrumpe acciones ya iniciadas, comienza otras, hasta que al fin parece decidirse, entra en la cabaña, desciende a la bodega y retorna con un bidón de gasolina y dos botellas de alcohol. Deposita todo en las lajas, junto a la puerta, y se dirige a la trasera, a la caseta de los aperos. Allí el perfume de las flores es tan meloso y turbador que a Jacinto le intimida, por lo que se apresura a regresar al sector delantero y, con el rastrillo, apila los despojos del seto junto a la portilla, rocía las ramas taladas con gasolina y alcohol, prende fuego y se retira. El instantáneo resplandor le deslumbra y le apacigua, le devuelve la confianza en las propias fuerzas. Las llamas ascienden caracoleando, crepitando, creep-creep, chascando, clip-clip, hasta alcanzar doble altura que el seto, con tal voracidad que en el cielo se borran las estrellas y Jacinto sonríe tenuemente, fascinado por el espectáculo. «No

podrá aguantar», piensa, mas su ilusión se desvanece en pocos minutos, porque lejos de incrementarse, como esperaba, el fuego empieza a languidecer, las llamas se resumen sobre sí mismas (como si se las alimentara artificialmente) y paulatinamente se desvanecen, se extinguen, y en la socarra no resta sino un rescoldo mortecino. Jacinto se aproxima y el humo le obliga a toser. Observa en torno. En realidad, el seto apenas acusa el efecto de las llamas. En un amplio sector las hojas están ennegrecidas y parte de las ramas (las más superficiales) chamuscadas (de forma que ceden fácilmente a la presión) pero los camales y tallos más profundos permanecen intactos. «Está demasiado húmedo», se dice (Jacinto), y su corazón reinicia un repique alborotado. Pero le posee una inquietud febricitante, los fracasos son fuente de nuevas iniciativas y las ideas de agresividad (en Jacinto) se encadenan en eslabones crecientes. Vivo aún el rescoldo, Jacinto vuelve a la bodega y sube, una a una, tres bombonas de gas que deposita dentro del seto, abriendo hueco con el hacha y las tijeras de podar. Luego tiende un cordel empapado en gasolina cuyo extremo introduce en el pitorro de la bombona que ha dejado abierta, rocía todo (bombonas y seto) con la gasolina y el alcohol que aún queda en los recipientes respectivos, prende la mecha y echa a correr (la lámpara en la mano) hasta la trasera de la cabaña. Una vez allí, se acurruca entre la casa y el pozo, boca abajo, literalmente aplastado contra

el suelo, las manos crispadas protegiendo la nuca, la boca abierta, todo el cuerpo en tensión... La explosión es tan violenta, ¡booooooom!, que siente abrirse por encima de él (en un segundo estampido más sordo, boooof, como abortado) la ventana de la cocina y se derraman sobre su cuerpo cascotes y cristales pulverizados, trin-tin-tin. El impulso subsiguiente es ponerse de pie, pero vacila (Jacinto), le asalta la sospecha (a Jacinto) de que la explosión de las bombonas no haya sido simultánea y entonces permanece inmóvil, sin cambiar de postura, expectante. Pero a medida que transcurren los minutos, Jacinto se va confiando, retira, primero, las manos de la nuca, cierra la boca, distiende sus miembros, ladea la cabeza, se arrodilla, escucha atentamente (no se oye nada), se levanta, se llega a la esquina de la cabaña y asoma un ojo furtivamente, por entre los troncos, como los niños cuando juegan a civiles y ladrones. A la luz del líquido inflamado, en los postreros estertores, observa (Jacinto) que las bombonas han desaparecido pero el seto permanece allí, inalterable y, en cambio, diseminados por el suelo hay fragmentos de cristales, esquirlas de pizarra y un canalón retorcido. Al avanzar hacia la hoguera, ve las ventanas violentadas, abiertas por la explosión, y en la esquina del refugio más próxima a la portilla, los troncos del revestimiento han sido arrancados y las lastras del tejado han saltado al suelo en añicos. Por contra, el seto se muestra incólume, macizo y

mudo, ofensivo en su pasividad, y Jacinto, tras inventariar mentalmente los destrozos de la explosión, se pone a medir los pasos entre las bandas laterales del seto y, bien porque sus zancadas sean ahora más abiertas, bien porque los progresos del follaje se aceleren, por más vueltas que le da, no le salen más que tres y medio.

Entra (Jacinto) en la casa desconcertado y el desorden le abruma. Coge el escobón y barre concienzudamente. Al acabar, cierra las ventanas sin cristales, baja las persianas, entorna los postigos, se arrellana en un sillón, descorcha una botella y bebe un trago interminable. En realidad, no sabe lo que bebe, ni le importa, pero el líquido le produce un optimismo cálido en el estómago, tan grato que le induce a repetir hasta que su optimismo se trueca en euforia y la euforia en sueño. En el silencio oye el grito astillado, guu-ec, del engañapastor en el camino y el breve gemido del mochuelo, quiu, en la copa del olmo. Antes de cerrar los ojos, Jacinto mira de nuevo al egocero, sus ojos brillantes, de vidrio, y suelta una risotada.

—La Casa no trata de perjudicarles y está dispuesta a considerar que su marido de usted haya fallecido en acto de servicio. Esto está bien lejos de ser cierto, querida señora, y usted no lo ignora, pero repito que la Casa no desea perjudicarles y está dispuesta a considerar un nuevo planteamiento del problema a cambio de que usted, querida señora, renuncie a enterrar a su marido por lo sagra-

do y evite de esta manera un conflicto de jurisdicciones. Al fin y al cabo, querida señora, la tierra es igual en todas partes y su marido desgraciadamente no puede ya enojarse por ello.

La mujer mordió el pañuelo coma después de restregárselo repetidamente por los ojos y dijo compréndame, después de dejarle morir como un perro no me resigno a darle tierra como a un perro; él no merecía esto coma dijo coma y Darío Esteban coma al oírla coma se echó hacia adelante coma trenzó los dedos de ambas manos plácidamente y se sentó en el borde del sillón dos puntos

—Por supuesto me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y en cierto modo los comparto, pero entiendo que no es hora de dejar hablar al corazón sino a la cabeza. Su marido de usted, por si usted lo ignora, no cobraba últimamente por nómina sino, como suele decirse, por bajo cuerda. El puesto, dentro del escalafón de subsubalternos, se creó para él, entiéndame, nos lo sacamos de la manga, lo inventamos para que usted y los suyos no quedaran desamparados. Luego, si no está en nómina, no ha liquidado, y si no ha liquidado, el montepío y la seguridad no le alcanzan, y si el montepío y la seguridad no le alcanzan porque su marido de usted está en descubierto, el problema es una cuestión de caridad y se reduce a esto: o usted se obstina en presionar a la jerarquía eclesiástica para que le entierren por lo sagrado, cosa en todo caso problemática y en virtud de la

cual la Casa se desentiende del asunto, o usted acepta de antemano nuestras condiciones, en cuyo caso la Casa está dispuesta a admitir que su marido de usted haya muerto en acto de servicio (y si la agresión se hubiera perpetrado detrás de la verja lo hubiera sido, entiéndame), y la indemnizará a usted con arreglo a las liquidaciones de su marido de usted previas a la degradación e incluso se hará cargo de sus hijos el día de mañana. Para que me entienda, la Casa lo que trata de evitar es un cruce de competencias.

Jacinto miraba a la mujer con el rabillo del ojo y en vista de que no hacía más que hipar y sollozar y no respondía coma dijo disculpe la intromisión, Darío Esteban. La cabeza, ¿nos la darán también? y Darío Esteban coma antes de que él coma Jacinto coma acabara de hablar coma metió la mano derecha en el bolsillo interior de la americana y extrajo unos papeles dos puntos

—Discúlpeme —añadió—. Del Instituto Don Abdón pasaron ayer tarde estos certificados. Su marido de usted, querida señora, no padecía de hidrofobia. Le felicito, ha sido todo una falsa alarma. Gozaba de buena salud y su agresión responde a un enrevesado proceso de resentimiento emocional y a la presión del medio que no hace al caso discutir ahora. Quiero decirle que la agresión de su marido de usted no traerá cola. Por otra parte, y habida cuenta de las circunstancias, al hortelano no puede imputársele responsabilidad alguna: ac-

tuó en legítima defensa de su persona y de los suyos; es la ley. En lo que a la cabeza de su marido de usted atañe, querida señora, pueden ustedes hacer dos cosas: pasar a recogerla por el Instituto Don Abdón contra entrega de este boleto, o autorizar por escrito al doctor Mateu a disecarla. Los hombres somos unos seres insondables y al parecer el doctor se ha encaprichado y está dispuesto a abonarle una suma considerable por ella.

Hizo una pausa Darío Esteban y la mujer se impacientó punto Por dos veces Jacinto pareció querer hablar pero se arrepintió y en ambas abrió la boca y la cerró sin llegar a pronunciar una palabra punto y aparte

—A mi entender —prosiguió Darío Esteban—, la opción no se presta a dudas, querida señora. Usted tiene oportunidad de hacerse con un pellizco respetable a condición de renunciar al camposanto, por un lado, y a la cabeza de su marido de usted, por otro. Tenga usted en cuenta una cosa: la cabeza de su marido de usted de nada les va a servir ni a su marido ni a usted, y me consta, en cambio, que el doctor la gratificará generosamente y, además, y esto es importante, le autorizará en tanto el sentimiento de la pérdida permanezca vivo, le autorizará a usted a visitarla en su despacho las tardes de los jueves y los domingos, una vez concluida la consulta. A usted le corresponde decidir.

—¡No! —grita Jacinto exasperado.

Está de pie, desgreñado, los músculos faciales contraídos, las pupilas ausentes, toma la silla por el respaldo, la levanta con increíble facilidad y la estrella furiosamente contra las piedras de la chimenea, allí donde pende la hermosa cabeza del egocero que cae al suelo destrozada, mientras uno de los ojos, acaramelado y vidrioso, rueda y rueda hasta ocultarse bajo el último estante de la librería. «¡Cinco!», chilla doña Presenta: «La trampa de Dios siempre canta», pero él, Jacinto, no canta, en particular si hay alguna muchacha próxima, sino que aparenta cantar; esto es, adopta con los labios la disposición del que canta pero no emite sonido alguno, simplemente se limita a asentir con la cabeza, no sólo para asumir las razones de don Abdón, sentado como un buda, los pechos bamboleantes, de negros pezones nutricios, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, sino para aliviar a la nuez de aquella tirantez insoportable y del peso de su cabeza a la primera vértebra cervical, así que asiente (Jacinto) sin palabras, mudo, porque el tapabocas sella sus labios y se lo impide y Darío Esteban, con voz impersonal, persuasivamente matizada, le dice: «Dos cosas quiero que tenga presentes: Primera: Darío Esteban jamás ha dicho "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción", y, segunda: ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón (trata de blancas) sino SUMANDOS. Creo que la cosa está cla-

ra», pero a Jacinto no se le hace claro sino al contrario, de una consistencia tan espesa que, si bracea enérgicamente, el aire le sirve de sustentación y llega a despegar del suelo y, una vez flotando en el aire, le es más fácil elevarse y aun planear, y, entonces, al ver a la insignificante muchedumbre allá abajo, inquieta y rutinaria como las hormigas de un hormiguero, dice con acento de convicción: «Ni retora, ni diala; todo into de comprensa por la pala es una uta». Darío Esteban, en el centro del hormiguero, levanta la cabeza y le amenaza (a Jacinto) con el puño y brama como un energúmeno: «¿Pretende usted insinuar, Jacinto San José, que don Abdón no es el padre más madre de todos los padres?», mas el hortelano no despega los labios, ni responde (a Darío Esteban), ni le impreca (a Jacinto), sino que se limita a encañonarle (a Jacinto), a seguir sus evoluciones por los puntos de la escopeta, calculando grosso modo la distancia y la velocidad y, apenas sin transición, dispara los dos tiros, apenas sin transición, y así que Jacinto se desploma, doña Palmira, siempre solícita, le sostiene maternalmente la cabeza por la nuca y le dice echándole el aliento en la nariz: «¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?»; en cambio, el mozo de la barraca de tiro, en cuanto oye las detonaciones, vocea: «¡Premio para la señorita!» y la multitud se aglomera en torno a ellos y la señorita Josefita brinca como un gurriato sobre las puntitas de los pies y palmotea, pla-pla-pla, y cuando le

muestran el ojo tronzado del reticente dentro de un vaso de agua, pierde los buenos modales, se abraza a su cuello (el de Jacinto), ríe y chilla: «¡Los tofes, Jacinto! ¡He ganado una caja de tofes!». Y un hombrón hercúleo, con una tartera en la mano, murmura: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto; ése ya no vuelve a mirar derecho!». Y las miradas del gentío se le clavan (a Jacinto) como alfileres y, como cada vez acuden más, le aplastan contra el mostrador y Jacinto, medio asfixiado, no ve otra salida que encaramarse a éste (el mostrador) y desde allí brinca sobre la multitud, y trata de abrirse paso a patadas y codazos, pero los húmeros, y los fémures y las clavículas y las rótulas y las falanges y los astrágalos de los espectadores se le clavan en todas partes, contrarrestan sus movimientos y, al verse perdido (Jacinto), grita «¡Socorro!», y la vaguada repite «¡orro!», mas el doctor lo apacigua: «Estamos haciendo todo lo humanamente posible», le dice poniéndole una mano tibia en la frente, y añade: «Presumo que le debo una explicación pero esta prueba me es imprescindible, comprén-dalo. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad pero ésta no existe, es una pura entelequia. El enfermo, sin embargo, no lo admite porque es un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo, me entiende, ¿verdad?». Jacinto se incorpora: «Me cisco en la lógica,

doctor, si es que su pregunta pretende ser lógica», dice, mas Darío Esteban, siempre al quite, le ataja: «¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable usted del cerrojo; sinceramente, ¿cree usted que el cerrojo puede llegar a destruir el fútbol espectáculo?». Jacinto huye; bracea de nuevo enérgicamente para contrarrestar la atracción de la gravedad y se va elevando sobre los macizos y los arriates del parque hasta que roza con la cabeza las primeras ramas de los castaños, pero al sobrevenirle el agudo dolor de los bíceps y el agarrotamiento subsiguiente, no puede evitar la caída y cierra los ojos, pero las ancianitas le recogen en sus trémulas manos entrelazadas y corren con él a cuestas como locas, entre las luces cambiantes de las bengalas y las antorchas, cantando desafinadamente:

¡A la silla la reina
que nunca se peina,
si se peinara,
piojos no criara!

y la gente aplaude y lanza bravos y dice: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!», y, de repente, se detienen (las centenarias enlutadas), se acuclillan, se levantan, tensan los brazos enjutos, gritan a coro: «¡¡Aúpa-lela!!» y le lanzan al aire (a Jacinto) y Jacinto divisa el estanque bajo él e intenta por todos los medios, adoptar una actitud gallarda (airosa, al menos) para caer, pero no lo con-

sigue y se desploma de mala manera (un panzazo) sobre la superficie del agua en cómico chapuzón. Y en contra de las risas que esperaba, oye la ovación cálida, amparadora, desde las márgenes del lago y, al concluir de aplaudir, el gentío reclama: «¡Sin-flo-ta-dor-sin-flo-ta-dor!», pero don Abdón interrumpe tajante: «Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos», le dice, y Jacinto asiente con la cabeza, cohibido por sus mamas (de cónicos pezones nutricios) henchidas, y cuando añade (don Abdón): «Usted es tímido, Jacinto San José, ¿no es cierto?», Jacinto (San José) lo reconoce, vuelve a asentir y de este modo alivia la tensión del pescuezo y a la apófisis de la primera vértebra cervical del peso muerto de la cabeza, que estaba allí, erguida (la cabeza) inmóvil sobre la albura inmaculada del mármol, bajo los cinco globos incandescentes, las pupilas avizorantes como si aún estuviera vivo, y el doctor de más edad se vuelve al doctor más joven, enfundado también en una bata blanca, y le dice en un cuchicheo discreto: «Un hermoso pointer ¿no es cierto?». Jacinto torna a asentir con la cabeza, sin palabras, y don Abdón aprovecha su aquiescencia para decirle: «El seto es la defensa de los tímidos».

Jacinto se humilla. Jacinto es humilde a más de probo (su probidad está al margen de toda duda). Es quizá, hoy por hoy, el único hombre en el mundo que no tiene más que una palabra que decir, *entendámonos*, y, por tanto, piensa (Jacinto) que la

Torre de Babel podría ser la solución porque *entendámonos* es una palabra que puede decirse incluso sin pronunciarse, por señas, y ésta es la razón para que funde su movimiento «Por la Mudez a la Paz», mas, al hacerlo (al fundar el movimiento), comprueba que no es lo mismo callar que hablar sin que a uno le comprendan, que parecerá lo mismo pero no es lo mismo, ya que el hombre no es un animal racional, o si lo es («Vamos a admitirlo», piensa Jacinto), sobre esta cualidad predomina la condición de animal parlante, esto es, necesita (el hombre) decir cosas aunque no las razone, precisa (el hombre) descongestionarse, simular que razona (el hombre) aunque sea partiendo de premisas falaces, y cuanto mejor lo simule (que razona) más satisfecho queda (el hombre) de sí mismo, aunque sea a costa de desportillar, difamar o engañar al prójimo, que esto es secundario, puesto que lo esencial es descongestionarse (la caridad bien entendida empieza por uno mismo), y por ello Jacinto es una lastimosa excepción, un hombre (entre miles de millones de hombres) sin nada que decir (excepto, como dicho queda, «entendámonos») y por eso (porque no tiene nada que decir) calla, y si en el Refectorio los compañeros hablan de deportes y discuten apasionadamente sobre si el cerrojo ha matado o no al fútbol espectáculo, él (Jacinto) enmudece y, únicamente si la discrepancia sube de temperatura, finge que mete baza por no desairarles (a los compañeros), para no mostrar indiferen-

cia ante las preocupaciones ajenas, pero es lo mismo que cuando simula cantar (si es que mete baza) y sólo dice y repite hasta la exasperación: «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», hasta la exasperación, como un autómata, eso sí, a voces, aparentando un ardor que anda muy lejos de sentir, pero como el tumulto es grande, nadie le oye, únicamente es patente su combatividad, y Jacinto, una y otra vez, trata de fingir que dice algo, pero en rigor no dice nada (como todos) más que «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», por no parecer mudo o tonto, ni desentonar, ni evidenciar que desconoce el idioma de sus compañeros, pero una mañana que él (Jacinto) terció en una discusión donde media docena de compañeros hablaban a la vez, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», súbitamente se hizo el silencio y tan sólo se oyó su voz, bueno, pues esa mañana Ginés Gil se volvió a él, le puso la mano en el hombro y le dijo «Qué dices tú del cerrojo, Jacinto San José», él, Jacinto, dijo con voz entrecortada, «Que me parece una práctica pequeño-burguesa» y fue como si hubiera prendido la mecha de una bomba, los seis reanudaron a voces su porfía y, por sus aspavientos y los reiterados golpes en la espalda que le propinaba Ginés Gil, Jacinto intuyó que algo aprovechable había dicho sin saber lo que decía, y entre el maremágnum de palabras y excla-

maciones mal entendió a Ginés Gil, «Eso, una actitud viciosamente conservadora», y sonrió, mas como quiera que Ginés Gil continuara sacudiéndole la espalda como animándole a apoyarle, Jacinto volvió a tomar la palabra para decir sobre el nudo inextricable de la discrepancia de sus compañeros, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», como un disco rayado, y al sonar el timbrazo y quebrarse repentinamente todas las conversaciones, Ginés Gil rubricó su admiración propinándole un último espaldarazo y diciendo «Nada, lo dicho, aquí Jacinto lleva razón».

Trasladada su idiosincracia (la de Jacinto) al terreno sentimental, tampoco resulta favorecido, puesto que todas las muchachas que ha conocido (incluida la señorita Josefita con su cutis de seda y sus patitas de gallo) se le antojan (a Jacinto) más desenvueltas e inteligentes que él, o, al menos, lo que dicen o tratan de expresar le parece ingenioso e intencionado y, si callan, le produce la sensación (siempre favorable) de que están pensando, o sea que inevitablemente sale perjudicado Jacinto, puesto que si las muchachas son decidoras, él (Jacinto) calla por temor a competir en ingenio, agresividad o talento, y si callan, él (Jacinto) habla visceralmente (aunque sea poco, que siempre es poco), pero todo cuanto dice es insulso y sin alcance (pura y monda palabrería) y piensa que ella (la chica que calla) está pensando que él (Jacinto), que

habla, es tonto de remate, y si, por el contrario, la que parla es ella (por supuesto, de carrerilla) piensa (Jacinto) que ella pensará (la muchacha) que él (Jacinto) no tiene nada que decir porque es bobo de nacimiento. Total, que por muchas vueltas que le dé a la cuestión (Jacinto), jamás podrá formularse una respuesta satisfactoria.

Despierta sobresaltado (Jacinto), con tortícolis debido a la postura, y tan aceleradamente se pone en pie que piensa que se ha dormido así (de pie) y antes de discernir este extremo se ve en el campo recién amanecido, húmedo de escarcha, flanqueado por dos muros vegetales (de más de dos metros de altura), y su irrupción es tan rápida que el gazapo sorprendido en el rincón apenas tiene tiempo de abandonar la madriguera que trataba de excavar, para escabullirse vertiginosamente en el sotobosque. A pesar del entumecimiento cerebral motivado por la cabezada, para Jacinto es aquello como una revelación. «Naturalmente», se dice (Jacinto). «Es el huevo de Colón» (¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto!). Así, el primer golpe de azada, chás, no hace sino ahondar en el conato de hura del conejo y, al descargarlo (el golpe de azada), Jacinto piensa que con doscientos o trescientos (quizá mil) golpes semejantes podrá hallar el camino de la libertad. Ante estas perspectivas (sumar los posibles esfuerzos representa para Jacinto, habituado al cálculo, menos esfuerzo que realizar los esfuerzos) Jacinto se afana con ahínco,

sin pensar en su debilidad, sin advertir el avance reptante de los álabes, sólidamente afirmados en los estolones, haciendo caso omiso de la inclinación de las guías del seto, mutuamente atraídas, que amenazan con formar una bóveda vegetal por encima de su cabeza. De tiempo en tiempo, Jacinto se escupe en las palmas de las manos, deja la azada, toma la pala, y extrae de la hoya la roja tierra húmeda y desmenuzada, cuya resistencia a la hoja de acero es cada vez más leve. «Medio metro en cuadro será suficiente», piensa Jacinto, «aunque de momento debo ensanchar más para poder moverme con desenvoltura.» Y cava con ahínco y se dice «Es el huevo de Colón» y cava con ahínco y suda y dice «Es el huevo de Colón» y, de cuando en cuando, extrae la tierra con la pala y se recrea, pasándose el dorso de su mano azulada por la frente, en los montones de tierra roja, cada vez más altos, que rodean el hoyo por los cuatro costados.

Súbitamente abre los ojos y ve el rectángulo de cielo, el cirro blanquecino truncado por el bisel de la hoya, un buitre planeando bajo él (bajo el cirro), y nota frío y humedad en el trasero y el canto de la pala hincado en los riñones, lastimándole; y ve también la superposición de las capas, de consistencia y color variables, debido a la humedad y a la calidad de la tierra, y alcanza su nariz el aroma de la tierra profunda, recién movida, y divisa en los estratos superiores las raicillas colgantes de la maleza y los extremos de las lombrices retorciéndose,

tratando de ocultarse, y los agujeros de las toperas y las piedras blancas incrustadas entre los estratos. Jacinto ve y huele todas las cosas, tiene plena conciencia de ellas, pero no acierta a conjugar los resortes musculares precisos para incorporarse (que es lo que desea) y mueve los codos y las piernas pero inevitablemente topa con las paredes verticales y, entonces, pese a que divisa el cielo azul esplendente enmarcado (como un cuadro) por el primer estrato, y los últimos flecos del cirro fugitivo, y las pasadas silenciosas del buitre bajo ellos (bajo los flecos), pese a todo eso, Jacinto piensa bobamente: «Me han enterrado vivo». Y ante esta convicción reacciona violentamente, se rebulle, consigue arrodillarse dentro del hoyo (la tierra acumulada le impide aún ver el refugio) y, acodándose en los bordes de la zanja, se pone en pie y en esta posición (de pie y acodado en la tierra amontonada) permanece unos minutos, tratando de reconstruir (sin conseguirlo) el inmediato pasado y, al cabo, poco a poco, levantando primero una rodilla y luego la otra y gateando por los montones de tierra y grava, centímetro a centímetro, se ve fuera y respira hondo y observa atentamente los destrozos causados por la explosión de las bombonas (¿ayer, anteayer, hace unas semanas?) y así que llega a la cabaña, se agarra (como si fueran peldaños) a los troncos supervivientes y, aunque los brazos le tiemblan, logra incorporarse y entra en la casa arrastrando los zapatos, levanta la persiana y

se mira en el espejo del aseo (caballeros) y así que Jacinto distingue entre la bruma aquel rostro de cera, ribeteado por una descuidada barba amarilla, los sucios cabellos desgreñados, los ojos atónitos sobre las abultadas bolsas cárdenas de las ojeras, se dice, *Jacinto, quién te ha a visto y quién te ve, pobrecito, si pareces un náufrago, madre mía, ándate con ojo y no pierdas la serenidad porque si pierdes la serenidad estás arreglado y, después de todo, otros están peor, Jacinto, que al fin y al cabo, las plantas son tus amigas, de siempre, qué me vas a decir a mí, estar cercado por las plantas es casi un sueño, menuda, y te pones a ver y morir así, abrazado por las flores, es casi una muerte poética, que piensa lo que sería un acoso mineral o un acoso animal, de hombres, por ejemplo. Tú, sereno, Jacinto, a ver qué interés voy a tener en engañarte, y en estas circunstancias, date cuenta, imagínate que en lugar del seto fuesen dos planchas de acero, ¿qué te parece?, que a fin de cuentas eso, más o menos, es lo que sucede en un crucero si llega un torpedo enemigo y, ¡boooom!, lo hunde, ¿te das cuenta? ¿Que qué pasa entonces? Aguarda un momento, Jacinto, que te lo voy a contar, tú tranquilo, verás, en el crucero hay mucha gente, unos arriba y otros abajo, unos en la cubierta, en las torres y los antiaéreos de babor y de estribor y en las ametralladoras y en el puente y en los puestos de dirección de tiro, bueno, ésos están arriba, como te digo, pero otros están abajo, en los pañoles y los sollados, bien entrampillados por las puertas estancas, cerradas a presión, ¿comprendes?,*

como la soda en la botella, a cal y canto, y ellos nada pueden hacer mientras los compañeros del sollado inmediato no levanten las palancas, pero los compañeros del sollado inmediato no levantarán las palancas porque, una de dos, o han muerto o se lo impide la disciplina, Jacinto, porque la disciplina de un crucero es una cosa muy seria, ¿te das cuenta?, menuda, ellos no tienen otra misión que controlar la inundación, fíjate bien, y si abren las puertas estancas, la inundación se extiende, de modo que no pueden abrir las puertas estancas porque se lo impide la disciplina o están muertos, una de dos, y el marinero del sollado, entonces, está a la que resulte y lo que resulta, Jacinto, es que el crucero se hunde, se va a pique sin remedio porque el torpedo le ha agarrado bien, debajo de la línea de flotación, ¿comprendes?, y el crucero empieza a oscilar, que me caigo que no me caigo, y los marineros que estaban arriba cuando el zafarrancho, bien en la cubierta, bien en las ametralladoras, bien en la dirección de tiro, así que ven que el crucero empieza a vacilar, que me caigo que no me caigo, agarran y al agua, date cuenta, menuda barahúnda, unos en los botes, otros con un salvavidas a la cintura, a puñetazo limpio, y el que no tiene para más, en cueros vivos, en pelotas, Jacinto, como suele decirse, pero avivando porque lo que hay que hacer es nadar de firme (seamos sinceros, Jacinto, y de ti para mí, don Abdón no sabe nadar), porque si no nadas de firme, Jacinto, corres el riesgo de que el remolino del crucero al hundirse te arrastre, ¿te das cuenta?, te absorba como una pelusa en el sumi-

dero de la bañera, y te vayas al fondo como una piedra... Calma, Jacinto, no te impacientes, que tienes los nervios a flor de piel, caramba contigo, que no hay cristiano que te sujete, esto sucede con los de fuera y unos se salvan y otros se ahogan, natural, de Perogrullo, a ver, pero los otros, los que andan en los pañoles y los sollados, no ven el cielo ni el agua, Jacinto, sólo ven las puertas estancas y las portillas y los firmes remaches de las planchas de acero, ¿te das cuenta?, y entonces no tienen otra cosa que hacer que ponerse a escuchar, y, como es natural, aguzan el oído y así que oyen el cañoneo, ¡pompom-pom!, y la explosión del torpedo, ¡booooom!, y las carreras arriba, chás-chás-chás, piensan: «Esto se pone feo». Eso pensarán, seguramente, Jacinto, que vete a saber, que a lo mejor piensan en su mujer o en sus hijos, para bien, naturalmente, a ver qué te has creído, pero piensen lo que piensen, tan pronto empieza el balanceo y luego la escora y luego el apagón (porque todo va dejando de funcionar aunque hace unos minutos, Jacinto, el crucero era un mecanismo tan exacto como un reloj) y el barco se sumerge de popa y la proa se levanta, fíjate bien, y ellos ruedan por el suelo hasta topar con la batayola o las taquillas metálicas o el mamparo, depende, Jacinto, entonces, como te digo, dejan hasta de escuchar, se quedan allí acurrucados, rezando lo que saben, Señor mío Jesucristo, todo el tiempo que dura el hundimiento del crucero, que puede ser mucho o puede ser poco, lógico, depende de la profundidad, pero tengo entendido, Jacinto, date cuenta, que en

Taltal hay abismos de agua de seis mil metros, que se dice pronto, seis kilómetros, Jacinto, que ya está bien, pero como el barco se hunde despacito, lo mismo te tiras diez minutos columpiándote, mano sobre mano y reza que te reza, aguardando, pero bien mirado no aguardas a nada, Jacinto, sino a que el barco se pose en el fondo y después de una sacudida se quede tranquilo entre las rocas, las algas y los corales. Y una vez que esto sucede, va el marinero y se pone de pie y aunque no ve ni gota, se toca, se pellizca y sabe que está vivo, aunque hay un silencio de tumba alrededor, a lo mejor con seis kilómetros de agua salada por encima de su cabeza, a lo mejor, pero sabe que está vivito y coleando (aunque presiente que por poco tiempo), ¿te haces cargo?, pero a él todavía no le falta el oxígeno porque el sollado es amplio y puede respirar y pensar (lo malo no es la mosca, Jacinto, sino pensar la mosca) e incluso prender una cerilla y organizarse. Y, figúrate, a la luz de la cerilla, el pobre marinero ve los objetos que hace muy pocos minutos eran los soportes de su vida cotidiana, de la rutina que maldecía, que ésa es otra, Jacinto, es decir, ve el banco y la mesa, donde él colocó la gaveta y comió hace apenas una hora, amarrados por dos barras al techo, y ve los garfios donde enganchaba cada noche las bolinas de su coy para dormir hasta que le despertaba el relevo para la guardia, y ve, asimismo, el tibio rincón bajo la pálida bombilla enrejada donde se sentaba (en el linóleo del suelo) cada tarde a leer una novela del Oeste, o sea, Jacinto, para que te enteres, lo ve todo intacto (el torpedo abrió

el boquete en la popa) y aunque todo es igual, todo es diferente, ¿te das cuenta?, y, por un momento, el marinero pierde el dominio de sí mismo, Jacinto, que es lo menos que puede perder en su circunstancia, y grita y aúlla y se arranca los cabellos y se lanza contra el costado del barco (de planchas de acero minuciosamente remachadas en el arsenal) y lo golpea (el costado del barco) con los puños crispados y, ante su resistencia imperturbable, el marinero se hace toda la necesidad, Jacinto, o sea, se caga y se mea, hasta que el dolor (de los puños) le vuelve a la realidad, ¿comprendes?, y en ese punto el marinero va y se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», ¿te das cuenta?, la referencia, que el que no se consuela es porque no quiere, Jacinto, hijo mío, que ésa es una verdad como un templo, porque el marinero, entonces, se pone a pensar en los condenados sin culpa a las cámaras de gas, ¿vas viendo?, «A la ducha, a la ducha», dicen, y los carceleros ponen orden y leen la lista porque todos quieren ir a la ducha, y los cien elegidos chillan «¡A la ducha, a la ducha!» y corren hacia el barracón, tropezando unos con otros, porque no ven el momento de poner su cuerpo martirizado por la mugre y los piojos bajo el agua y así que llegan abren la llave de paso y se colocan en cueros vivos bajo las cebollas, a ver, menuda, pero como las cebollas no gotean giran otra vez las llaves de paso, impacientes, y ya uno, contrariado, chilla «¡Esto no funciona!» y el de al lado le vocea «La mía tampoco» y todos, «Ni la mía, ni la mía», ¿te das cuenta, Dick?, y así hasta que uno de ellos, de olfato

más fino, quizá porque nunca padeció de catarros, ni de pólipos, ni de sinusitis, grita: «¡El gas; esto es una encerrona!», grita, ¿comprendes?, y entonces se arma un zurriburri de mil diablos, Dick, y, de entrada, todos corren hacia la puerta, pero ésta está herméticamente cerrada, y en cuanto se dan cuenta empiezan a trompazos entre ellos porque intuyen que los muertos no respiran y los que no respiran no consumen oxígeno, y se sacuden de lo lindo, Dick, no te vayas a creer, pero con toda su alma, ¿eh?, y los más débiles caen, y los más fuertes, Dick, les patean los cráneos, y los hígados y los intestinos y, conforme va faltando el aire, los supervivientes (al principio unos diez) se vuelcan sobre los caídos (unos noventa), date cuenta de la astucia, Dick, y arriman sus labios vivos a los labios muertos y aprietan, talmente como cuando se besa a una mujer, como los besos del cine, para ser exactos, y hacen el boca a boca absorbentemente (no para dar sino para quitar) y succionan el aire de los bofes sin vida, de tal forma, Dick, que el postrer superviviente va recorriendo muertos (hasta noventa y nueve) uno a uno, robándoles avaramente el último aliento que ha quedado enredado entre sus alvéolos y bronquios y, finalmente, se dice con un fugaz atisbo de razón: «Paciencia, Heinrich, otros están peor», ¿te vas dando cuenta, Jacinto?, y en esos segundos de tránsito, Heinrich busca también la referencia, lógico, el asidero, y se pone a pensar en el hombre que es emparedado vivo, vete a saber, en un nicho o en una hornacina, bien amarrado, eso por supuesto, Heinrich, que una vez que se

pierden los pechos salvavidas uno está amenazado por todas partes, bueno, pues se pone a pensar en el hombre emparedado, dos inmensos ojos espantados abiertos a la vida por encima de la mordaza (también está amordazado, Heinrich, naturalmente), y con los dos ojos espantados contempla el afanoso quehacer de los dos albañiles y el peón, date cuenta, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, ¡la niña bonita!, a ver, como es costumbre entre albañiles, ladrillo a ladrillo (juntándolos con cemento y alisando las rebabas con la llana), y la pared que le incomunicará del mundo sube y sube, pero él (el hombre de los ojos espantados) no puede impedirlo, Heinrich, porque como te digo está bien amarrado, ni siquiera puede llamarlos hijos de perra porque, como te digo, está amordazado, Heinrich, y así la pared sigue progresando y el hueco abierto a la luz es cada vez más reducido, ¿comprendes, Heinrich?, y el hombre de los ojos espantados se va diciendo: «Ya sólo faltan tres filas», «Ya sólo faltan dos filas», «Ya sólo falta una fila», «Ya sólo faltan tres ladrillos», «Ya sólo faltan dos ladrillos», «Ya sólo falta un ladrillo» y, al llegar a este punto, el hombre se empina, a ver, quiere llenar de vida sus ojos espantados, se empina para ver por el hueco que es como una mirilla abierta al ancho mundo y, al cabo, una vez que la mirilla se ciega y se queda solo y a oscuras, se dice: «Paciencia, Pepe (o «paciencia, Iván»), otros están peor». ¿Comprendes lo que te digo, Jacinto? ¿Te das cuenta? Esto piensa el hombre que es empareda-

do, y el hombre que es gaseado piensa en el hombre que es emparedado, y el marinero que se hunde en el sollado de un crucero piensa en el hombre que es gaseado, y así, porque una vez que el hombre pierde los pechos de seguridad, ha de buscar un sucedáneo, natural, que el que no se consuela es porque no quiere, te lo digo yo, Jacinto, que no tengo interés ninguno en engañarte, y, después de todo, tu situación no es desesperada ni mucho menos, mira el marinero sin ir más lejos, los dedos desollados, una pura matadura, los calzones sucios, y los seis mil metros de agua, o los que sean, presionando los ojos de buey, y las planchas, y los mamparos y los remaches, y él (el marinero) preguntándose: «¿Por dónde saltará?», porque que ha de saltar es fijo, puede tardar más o menos pero terminará saltando, Jacinto, mas, en tanto salta, el marinero sigue temblando, y, si es flojo y la entereza le traiciona, desaferrará un coy y con el rebenque se colgará sin más de las barras de las mesas o del gancho donde amarraba (el marinero) las bolinas cada noche, date cuenta, que ya tiene que ser duro, un trago, mas de ordinario el hombre apura la vida hasta las heces, Jacinto, que eso es el pan de cada día, no digas que no que a la vista está, y si una muela le duele (al hombre), que la quiten, y si un riñón falla, que lo saquen, y si una pierna estorba, que la sierren, y si es el corazón lo que no funciona, pues que lo cambien, que se lo arranquen a otro, y si no está muerto el otro todavía, pues mira, mejor que mejor, mayor garantía, que con el antiguo o con el nuevo, lo que yo quiero es ver ama-

necer mañana, que así somos, Jacinto, que nos agarramos a la vida como lapas, madre, cualquiera diría que en el mundo reparten almendras garrapiñadas, ya, ya, pero nada, eso no tiene remedio, de barro somos, y el marinero, quieto, parado, aguardando a que reviente la portilla, que por sabido termina por reventar, ya sea la segunda de babor o la quinta de estribor, para el caso es lo mismo, el chorro entra como un torrente en el sollado, imagina, con la presión de seis kilómetros de agua, lo nunca visto, entra ruidosamente, como en una central eléctrica, avasallándolo todo, y el marinero, aunque el sollado es espacioso, va notando el agua, casi sin transición, en las siguientes partes de su cuerpo: los zancajos, las corvas, las rodillas, los muslos, el aparato genital, el vientre, el ombligo, el estómago, las tetillas, las clavículas, la garganta, la barbilla y la boca. Y una vez, Jacinto, que el sabor salobre alcanza sus labios, el marinero pega un respingo y se pone a nadar, con toda calma, lógico, porque de sobra sabe que no puede ir lejos, tan sólo sostenerse, pero el plano del agua asciende rápidamente, mientras el plano del techo (de planchas de acero escrupulosamente remachadas en el arsenal) permanece inalterable, en su sitio, ponte en su lugar, la angustia, la del pobre marinero digo, Jacinto, consciente de que las disponibilidades de oxígeno y el espacio habitable se reducen por momentos, pero aunque él lo sabe continúa nadando, Jacinto, que ya es obstinación y apego a la vida, no digas que no, pero continúa nadando, y como está a oscuras no distingue la aproximación paulatina del

plano del agua al plano del techo hasta que, top, su cogote golpea, top, en un remache y en ese instante, aunque pueda parecerte, Jacinto, que nada hay más terrible en el mundo, el marinero se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», y piensa en los gaseados o en el emparedado vivo, pero el agua, por mucho que piense, no se detiene, sigue subiendo, ¿comprendes?, y una vez que le llega a la nariz (el agua) continúa nadando (el marinero), ladeando un poco la cabeza para que no le entre agua por los orificios y, aunque puede decirse que todo ha terminado, él (el marinero) aguanta, pega la oreja derecha contra la plancha, la aplasta y, aunque el espacio oxigenado es reducidísimo, la aplasta cada vez más, y, a seguido, Jacinto, se vuelve, de manera que sea la nariz lo único que sobresale del agua, mas como el nivel de ésta continúa ascendiendo, el marinero oprime las narices contra las planchas del techo, aprieta más, cada vez con mayor fuerza, hasta que los huesecillos nasales crujen y la ternilla se tronza y empieza a sangrar (lo nota, claro está, en que el líquido en torno a las fosas nasales es ahora templado), pero él sigue apretando, Jacinto, ¿oyes?, aprieta con toda su alma y tal vez reza, tal vez jura, tal vez se caga en la madre que parió a las guerras, tal vez piensa en su mujer o en su hijo y, de pronto, al tiempo que oye el crujido de una puerta estanca que salta, los dos planos (el del agua y el del techo) se funden, figúrate qué horror, que te vuelves loco sólo de pensarlo, y el marinero se da de cabezadas contra las planchas (como si fuera posible desmontar con la cabeza los remaches tan

concienzudamente asegurados en el arsenal) hasta que al fin, medio asfixiado, cede y aunque las tinieblas son espesísimas, siente (el marinero), o ve, unas burbujas cada vez más espaciadas por encima de él, se le borran las siluetas de su mujer o de su hijo y nota como si le hubieran puesto encima del pecho una piedra de quinientas toneladas y él (el marinero, por supuesto) trata en vano de apearla y, al hacerlo, se arranca los botones, desgarra su faena gris de dril, se le crispan los dedos (con las yemas arrugaditas como las de la señorita Josefita, Jacinto), se le abre la boca, se le desorbitan los ojos, estira y encoge espasmódicamente la pierna derecha cuatro o cinco veces y, al cabo, queda inmóvil y su cuerpo va descendiendo suavemente (como anteriormente el crucero) hasta posarse (en decúbito prono) en el linóleo del suelo, sobre las ranuras donde a diario armaba las mesas. Repara, Jacinto, ¿cómo vas a comparar tu suerte con la de ese muchacho, di, manojo de nervios? Luego, vete a saber, a lo mejor, cualquier día, un buzo descubre el barco hundido y le da por buscar en él tesoros inimaginables y aquel esqueleto (el del marinero), donde los peces no han dejado ni una triste tira de piel, no le dice nada, Jacinto, o a lo sumo pensará «Otro muerto en la guerra», pero lo piensa con la boca (o la cabeza) pequeña, Jacinto, sin sentirlo, porque para un hombre que busca un tesoro, guerra no significa guerra, eso por descontado, Jacinto, que yo no sé si me explico o no me explico, porque para él (el buzo), que anda detrás de un tesoro, los muertos no cuentan. Así es la vida, Ja-

cinto, desengáñate, y si reflexionas un poquito te darás cuenta de que tu situación no es como para desesperarse, que peores cosas hay, dónde va, lo que ocurre es que tú eres un tipo así más bien nervioso, cuando, en realidad, lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza, Jacinto, los nervios sobran, convéncete, que más vale maña que fuerza, que ponerte a cavar un túnel de diez metros es empresa de locos, menuda, diez metros palmo a palmo, tú no estás en tus cabales, Jacinto, buenas manos tienes, y los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!) agarrotados, a ver, cómo los quieres tener, si llevas qué sé yo el tiempo que no paras, Jacinto, ni comes ni reposas, que en estas condiciones te viene cualquier cosa, una gripe, por ejemplo, te coge sin defensas y antes de que lo pienses te lleva pateta.

Se contempla, mudo, intensamente en el espejo (Jacinto) y mentalmente deplora su aspecto; el rictus fatigado y amargo de las comisuras de los labios; la barba irregular, a corros; los relieves morados de las ojeras; las pupilas dilatadas e inexpresivas; la cabeza blanca; la cerúlea palidez de la tez; las manos temblorosas... Deniega con la cabeza y musita: «Serenidad, Jacinto. Otros están peor».

Al salir del servicio (caballeros) tropieza con el calendario: MAYO. «¿Qué día de mayo?», se pregunta. Y examina las cifras negras y rojas y se dice, a modo de orientación: «El 5 nos pusimos en viaje». Se esfuerza por atrapar un indicio (Jacinto), rememorar acontecimientos, ordenarlos cronoló-

gicamente, apela al seto, al nido del agateador, al sol, a la luna y, súbitamente iluminado, corre hacia el transistor, lo conecta, tip, pero, tras la conexión, el silencio se espesa. «Las pilas», se dice (Jacinto). «Se han humedecido las pilas.» Desconecta y conecta el transistor una docena de veces, tip-tap, tip-tap, tip-tap, lo zarandea (al transistor) pero el transistor es como una boca abierta pero muda, como las bocas de los noventa y nueve gaseados después de haber succionado sus pulmones el postrer superviviente. Jacinto siente la comezón en su mano, un ardiente deseo de estrellarlo (el transistor) contra la pared, pero finalmente se reprime y se recomienda sosiego: «Lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza», se dice.

Ante el calendario de nuevo, pasando revista a los números, del 6 al 31, espera (Jacinto) que una lucecita o cualquiera otra prodigiosa señal le revele, inesperadamente, el día en que vive. Y así, al transitar por el 10, nota en el estómago como una desazón, pero desecha este rastro y se dice: «No es posible. Llevo más de cuatro días aquí. Esto no es la señal», se dice, pero la desazón acrece al detenerse en el 20, y, al acceder al 30, la basca es tan apremiante que le fuerza a buscar el aire libre para reprimir el vómito. Allí, sudando frío, doblado por la cintura junto al seto, piensa (Jacinto): «Es el maldito cero» y aunque le asaltan tres arcadas aparatosas, apenas expulsa unos escupitajos amarillentos.

Al incorporarse, lo primero que avista Jacinto es la hoya rectangular, los montones de tierra porosa recogidos en los bordes. Y el tipo de la pala coma con los largos y espesos mostachos salpicados de tierra coma preguntó ¿Y la cabeza, es que lo van a enterrar sin cabeza? coma preguntó coma y la mujer miró de soslayo a Darío Esteban coma se llevó el pañolito al vértice del ojo derecho y dijo coma Hágalo así, de la cabeza no se preocupe punto Darío Esteban se mantenía digno y distante coma junto a la mujer coma embutido en el abrigo negro de ceremonia coma destocado coma el sombrero de fieltro en sus gordezuelas manos enguantadas coma fláccidamente desmayadas sobre el vientre coma las puntas de los zapatos separadas coma la cabeza respetuosamente inclinada hacia el hoyo abrir paréntesis como cuando pretende demostrarse un interés funerario superior al que se siente cerrar paréntesis coma y el tipo de los mostachos cargaba la pala a conciencia y al caer la tierra sobre la tierra producía un rumor afín coma riiiiiá coma incluso armonioso coma pero al caer sobre el cuerpo degollado retumbaba coma booom coma sonaba a hueco y el tipo de la pala explicó coma Tiene más aire que un tambor el condenado coma y la mujer del pañuelo suspiró y Jacinto veía la tierra incrustada en la hermosa pelambrera del lomo coma que con tres paladas quedó cubierto coma de tan macabra manera que el cuerpo decapitado emergía de la tierra por sus dos extremos

dos puntos de uno el cuello coma la limpia sección del cuello con las tuberías del esófago y la tráquea y del otro coma los cuartos traseros coma las últimas salpicaduras marrones sobre el vello blancuzco coma la prominencia pilosa del coxis sobre el ano coma y las articulaciones invertidas y agarrotadas de las piernas punto En pocos minutos coma la hoya quedó llena y el tipo de los mostachos coma con delicadeza exquisita coma fue rascando coma raaaac-raaaac coma con la punta de la pala los restos de tierra removida y componiendo artísticamente sobre la tumba una especie de mastaba o túmulo punto Cuando concluyó coma Darío Esteban carraspeó y la mujer suspiró de nuevo y Jacinto San José coma para romper la tirantez coma se inclinó hacia la mujer y le dijo coma Siempre que se abre un hoyo, al taparlo sobra tierra y la mujer suspiró y se limpió los ojos enramados con el pañuelo y Darío Esteban dijo dos puntos Es cierto lo que dice Jacinto San José; ignoro a qué será debido pero siempre que se abre un hoyo sobra tierra punto Y Jacinto se encogió de hombros y la mujer suspiró y Darío Esteban carraspeó banalmente coma mientras su mano enguantada se escondía momentáneamente bajo el abrigo marengo para reaparecer con un papel doblado que tendió a la mujer y la mujer coma antes de tomarlo coma se sujetó los bajos del abrigo con ambas manos y esbozó una venia y coma después coma cogió el papel coma lo ocultó en el seno y dijo coma tras en-

volver en una recelosa ojeada a la tumba coma Dios se lo pague, Darío Esteban coma y Darío Esteban volvió a carraspear banalmente y dijo Medio millón, observará que don Abdón ha considerado su muerte en acto de servicio y liquida como si su marido de usted hubiera devengado cuotas desde su degradación. Entiendo que la Casa no ha podido mostrarse más generosa. Querida señora, le acompaño en el sentimiento punto y aparte

El tipo de la pala coma apoyado en el mango coma contemplaba todo aquello coma y los ojos azules coma inmaculados coma de Jacinto contemplaban todo aquello y de pronto coma la mujer se arrodilló coma tomó entre las suyas la mano de Darío Esteban y se la besó varias veces con besos restallantes y coma aunque Darío Esteban se esforzaba por zafarse de la mujer coma ella no cejaba coma incluso se limpiaba los ojos y las narices con ella coma y decía todo el tiempo benditos sean usted y don Abdón, que así se compadecen de los pobres y coma en cuanto pudo coma Darío Esteban se escabulló y se refugió en el coche color guinda y Serafín lo puso en marcha abrir paréntesis el coche cerrar paréntesis coma pero la mujer seguía gritando que Dios se lo premie Darío Esteban y aquí dejan una servidora para lo que ustedes gusten mandar coma y Darío Esteban sonreía y decía adiós con dos dedos enguantados y sonreía cabeceando tras los cristales traseros del coche punto y aparte

Levanta la cabeza (Jacinto) y ve la tierra roja y húmeda amontonada en los bordes de la fosa. Se le ha pasado (a Jacinto) la náusea aunque todavía le escarba el estómago. «Serenidad», se dice; «lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza». «Cabeza», repite automáticamente y, sin pensarlo más, entra en la choza, se agacha, rebusca bajo la librería, coge el ojo de cristal y la cabeza destrozada del egocero, sale, arroja la cabeza destrozada del egocero y el ojo de cristal en la hoya y empuja con los pies los montones de tierra roja hasta que aquéllos, blap-blap, quedan sepultados. Inspira hondo y expele la carga de aire en silbiditos, biiiiid-biiiiiid, intermitentes, regodeándose en ellos, como si hiciera música. Repite (Jacinto) esta respiración regulada varias veces y, al cabo, abre los brazos en cruz y ejecuta el ejercicio de pectorales dobles, aunque sus bíceps y los agujeros de las axilas se resienten a cada movimiento. Lo deja (el ejercicio gimnástico) y se dice: «La cuestión estriba en abrir un paso», y vuelve a pensar en el fuego como elemento más activo y congruente pero se hace (Jacinto) la siguiente advertencia «Hay que jugarse todo a una carta. Con muchos pocos no vamos a ningún sitio», se dice, y, a renglón seguido, toma el hacha y empieza a despedazar los muebles (mesas, banco, sillas, sofá, butacones, tajuelo, banquetas, mesilla, cómoda, cama) y los adornos (cuadros, cortinones, visillos, libros, galerías, postigos y los medios troncos y las tablas de embero del revesti-

miento interior y exterior). Al acabar, apila los fragmentos del mobiliario en el seto, introduciéndolos en él y, lanzando algunos por encima, los rocía con la gasolina del último bidón y les prende fuego. Bajo el sol resplandeciente, las llamas resultan casi invisibles, pero los chasquidos de los brotes verdes, clip-clip, la frenética crepitación, crep-crep, le permiten imaginar (a Jacinto) la violencia del fuego y, por otro lado, al observar cómo las hojas metálicas, y los bulbos, y los capullos, y los tallos se arrugan y truecan su color verde por el marrón y se retuercen y se comban, finalmente, muertos, se persuade de su eficacia. Los minutos transcurren sin que ceda (ni se debilite) la combustión y Jacinto contempla sonriente el avance devastador de la hoguera, la oquedad carbonizada (cada vez más amplia), las guías y camales, incandescentes primero, luego chamuscados, desplomándose como si fueran cañas, y sonríe, pero, con su pesimismo habitual, se dice que esta medida desesperada debería haberla adoptado varios días antes. Si sopla el viento (del oeste), el humo baja y se adensa de tal manera que Jacinto apenas puede respirar y se cubre la nariz con un pañuelo mientras los pájaros de enfrente y de los costados del seto se remontan con un pitido de alarma, pi-piiiic. Se trata de mirlos, tordos, malvises, gorriones, agateadores, serines, currucas, verderones, jilgueros, ruiseñores, petirrojos y, en general, aves de maleza, y todos alborotan (a cual más) con sus aleteos, fás-fás-

fás, y sus silbidos, bic-piiiiiiic-bic, y Jacinto se contrista imaginando los nidos destruidos o aborrecidos y este pensamiento le deprime y una vez más se dice: «Uno no gana si otro no pierde» (mercantilismo puro) y, sin embargo, Jacinto (que se da cuenta de que la perversidad empieza a poseerle, y se constata egoísta, ciego y culpable) sonríe al fuego y a la destrucción porque únicamente el fuego y la destrucción pueden liberarle, así que sonríe al fuego y a la destrucción, aunque los pájaros y las plantas sucumban, mas al pensar que el seto pudiera ser su begonia, su sansivieras y su ficus (regar plantas es tarea de señoritas, señorito Jacinto) ha de cerrar los ojos aunque sus labios continúan sonriendo y su sonrisa únicamente se interrumpe cuando el chisporroteo decrece, y entonces abre los ojos y comprueba que la deflagración se reduce, se espacían los chasquidos y, al poco tiempo, entre la humareda, sus ojos irritados (los de Jacinto) perciben un gran rescoldo aún llameante, pero aguarda unos minutos hasta que las llamas se extinguen y no quedan allí, en la concavidad carbonizada, más que unas brasas sobre una tizonera humeante. Le falta paciencia (a Jacinto) para esperar a que el rescoldo se convierta en pavesas y decide regarlo, mas, al dirigirse a la trasera, advierte con estupor que el seto se lo impide, le cierra el paso, compone un cuerpo con la casa; serpollos, álabes y vástagos se sujetan con sus aguijoncitos insignificantes a la fachada (de la base al tejado) y asientan sus estolo-

nes entre las grietas de los troncos y de las piedras, trepan por ellos y se desparraman en todas direcciones, unos hacia arriba, desbordando el alero y serpenteando por el tejado de pizarra, y otros hacia los costados, enroscándose en los medios troncos del revestimiento, saltando de uno a otro, progresando sin cesar. Ante el obstáculo, Jacinto atraviesa la casa y sale a la parte posterior por la ventana de la cocina, enchufa la goma en el grifo y regresa otra vez, cruzando la cabaña, taponando con el dedo índice (contrarrestando la creciente presión del agua) la boca de la manguera y, ya en el umbral, enfoca ésta hacia las ascuas y escucha con arrobo el siseo, sssssssst, que ocasiona el agua fría sobre las brasas incandescentes y contempla, con un asomo de esperanza, la espesa humareda gris que se desprende de la combustión interrumpida, pero a medida que el humo se desvanece se va desvaneciendo también su esperanza (la de Jacinto). Lo quemado alcanza tal vez un radio de tres metros, mas del suelo sobresalen recios tocones chamuscados que aun en el caso de permitir acceder a la portilla impedirían girar a ésta. Se adentra en la socarrina Jacinto, aunque sus zapatos exhalan un sofocante hedor a goma quemada, y entre las ramas carbonizadas y las hojas mustias, color tabaco, descubre los restos de la portilla.

El fuego la ha devorado también (a la portilla), y, no obstante, los camales y tocones obstaculizan el paso al lugar donde estuvo enclavada. Instantá-

neamente Jacinto se arrepiente de lo hecho, deplora haber eliminado las tablas de los bancos y la cama, las tarimas y los troncos del revestimiento que, debidamente enlazados, a manera de balsa, podrían, tal vez, haberle servido para tender un puente sobre el seto y recobrar la libertad. El corazón le voltea en el pecho (a Jacinto), tic-tac, tic-tac, a un ritmo acelerado. Vuelve a atravesar la cabaña y se encarama al tejado por el arcén del pozo. El espectáculo, desde el tejado, resulta descorazonador y el mero hecho de contemplar el fondo del valle surcado por el arroyo de aguas transparentes, el barbecho subsolado, los cavones rojos junto a las muelas abandonadas, los dujos del colmenar, las laderas moteadas de matos de roble (en los que apunta ya la hoja de verano) y los buitres despegando solemnemente (seguramente a causa de él) de los farallones de enfrente, le ocasiona (a Jacinto) un vacío opresivo en la boca del estómago, vacío que se trueca en angustia al observar la insignificancia de lo quemado en el volumen total del seto: «El agujero de un clavo en un muro», piensa, gráficamente, Jacinto y, de improviso, le absorbe la presencia móvil de los tallos más audaces reptando por las losas de pizarra y experimenta ante ellos un pavor frío, que le mineraliza, como si se viese cercado de serpientes venenosas y, con cuidado de no resbalar, retorna a la choza por el pozo, repitiéndose mecánicamente «Eres un náufrago, eres un náufrago, eres un náufrago», y, bajo esta

idea obsesiva, entra en la cabaña (Jacinto), toma unas cuartillas y un bolígrafo y, apoyándose en el hogar de la chimenea, escribe hasta docena y media de veces: ESTOY PRISIONERO DEL SETO. AVISEN URGENTEMENTE A DON ABDÓN, S.L. GRACIAS. JACINTO SAN JOSÉ. Luego, enrolla las cuartillas una por una y, una por una, va encerrándolas en las botellas de alcohol y de vino vacías y cuando éstas se terminan desciende a la bodega, coge nueve (botellas), vierte su contenido, las escurre bien y sepulta en ellas los mensajes que le restan. Sale después al minúsculo rectángulo despejado y va lanzando botella tras botella por encima del seto, pero a pesar de que Jacinto las impulsa convenientemente, esto es, asiéndolas por el cuello para imprimirlas mayor fuerza, oye descorazonado los impactos vegetales, blaaaf-blaaaaf, los golpes fofos, almohadillados que produce la fronda al acoger las botellas y devorarlas. Ante este nuevo contratiempo, Jacinto determina subirse al tejado para arrojarlas desde lo alto, incluso eligiendo de antemano el lugar de aterrizaje, pero la primera botella que rebasa el seto se estrella contra una piedra y revienta en mil añicos, ¡clips! Tras diversos intentos, Jacinto acierta con una mancha de galloga que atenúa el golpe y la botella rueda ladera abajo hasta que la pierde de vista (Jacinto). «Es inútil, se dice de pronto, si alguien descubriera las botellas, descubriría también este seto descomunal y oiría mis voces», se dice Jacinto.

El cristal soleado de la cabaña en penumbra le devuelve su alicaída imagen y Jacinto aprovecha para sincerarse, *porque estás sumido en la más total y absoluta impotencia, desengáñate, hijito, seamos realistas, que nada vamos a adelantar no llamando a las cosas por su nombre, y si gritas va a ser lo mismo que si silbas, un ruido más, porque si el mundo está sordo de nada vale dar voces, y si el mundo está ciego nadie podrá leer tus mensajes, Jacinto, que es preferible que te hagas a la idea desde un principio y te pongas en la realidad. El mundo ni ve, ni oye, ni entiende, porque los ciegos no ven y los sordos no oyen y nadie puede entender lo que no ve ni oye, Jacinto, de cajón, que estás abandonado y tu situa, ya ves que te hablo con franca, es desespa y el uno conso en estas circunstas es el convenzo de que un abro vegeto es más llevo y acepto que un abro minero o animo. Otros están peor, Jazo, mira el maro de un cruzo hundo por un torpo enemo, sólo, en un sollo, el agua sala entrando a raudos por la porta, ¿te das cuenta?, y el nivo (del agua) subiendo y subiendo: primo, los zancos, luego las pantorras, las rodas, los muslos, los testos, la barra, el omblo, el estomo, las tetas (los pechos turgentes, de negros pezones nutricios, de don Abdón, podrían tal vez ser el refugio para su desventura), las clavicas, la barba, las mejas, la boca... Eso es peor, mil veces peor, por donde quiera que lo mires, no me vengas con cuentos, Jazo, como es peor la situa de un gaseo o de un emparedo, mena, como para perder la caba, pero perder la cabeza es un lujo que sólo Gen puede permitirse, Jacinto, ya*

lo sabes, perderla y disecarla, pero, tú, tú, en estas circunstancias, debes conservarla sobre los hombros, ¿oyes?, y bien firme, porque los problemas se resuelven pero no con nervios, ni histerismos, para que te enteres, sino reflexionando, y si no puedes salir por la puerta, como entraste, o por debajo, abriendo un túnel, como los conejos, pues, mira, no te queda más solución que salir por arriba, ¿oyes?, como los pájaros.

«Los pájaros», repite (Jacinto) y su mirada va resbalando cristal arriba, maderos arriba, alero arriba, hasta el azul del firmamento, donde los buitres evolucionan pausadamente (y debajo de ellos un alimoche) sobrevolando la vaguada. «Como el roc de *Las mil y una noches*», se dice (Jacinto) y evoca el regazo acolchado de sus años infantiles, los pechos salvavidas, las invulnerables tetas de seguridad, contra las que su cuerpecillo era prensado suave, progresiva, dulcemente hasta que escapaba de él (de su cuerpecillo) la última gota de suspicacia o de miedo. Las pupilas de Jacinto se sumergen en la nostalgia. «Ya no queda de eso», se dice e, inmediatamente, se reincorpora a la realidad y repite «los pájaros», e, inmediatamente, su imaginación se desboca, e, inmediatamente, entra en acción (Jacinto), saca de la cabaña una madeja de cuerda de guita (cáñamo, lo más resistente del mercado) y corta diez trozos de dos metros cada uno, anuda en los extremos sendos lazos corredizos, se tumba en el suelo con dos de ellos en cada mano y se finge muerto. En esta posición, el

sol calienta más y a Jacinto le agrada relajarse, sintiendo sobre su cuerpo extenuado los rayos verticales. Con suma precaución, entreabre de vez en cuando los párpados y una y otra vez comprueba con desaliento que los buitres no se inmutan, prosiguen en sus perezosas evoluciones, muy altos, planeando como si volaran sin esfuerzo. «Esto es un cuento», se dice al fin (Jacinto). «Los buitres no bajan a los muertos por estar tumbados sino porque hieden», se dice, y se sienta sobre las lajas, aparta de sí las guitas y otea la tira de cielo azul, cada vez más angosta, que se abre entre las dos bandas laterales del seto. Las guías más desarrolladas, cuya altura es la de dos hombres (uno en los hombros de otro), se arquean visiblemente unas hacia otras, buscándose, como si mutuamente se atrajeran, de tal modo que es previsible que en dos o tres días se enzarcen y formen un túnel por encima de él y, con ello, las posibilidades de evasión se esfumen. Oye un aleteo convulso sobre su cabeza, zaastzaast-zaast, y ve atravesar raudamente el pasillo una paloma torcaz. «Una paloma», se dice cándidamente. «Creí que era un buitre.» Se pone en pie de un salto sin dejar de mirar las tupidas ramas del seto: «Dentro de tres días me habrán asfixiado», piensa. Cruza fugazmente sobre él otra paloma y, a seguido, piensa: «Palomas, palomas mensajeras, palas mensajeras, palas mensajas». «¡Eso es!», chilla de pronto. «¡Una paloma mensajera!» Todo su cuerpo tiembla de excitación. «El

problema es atraparlas», se dice. «¿Cómo cazar un pájaro?» Recuerda sus paseos vespertinos por la explanada del lago, el lento migar de la hogaza, con las palomas, zurrur, y los gorriones, chipchissis, encaramados en su cabeza, sus antebrazos y sus hombros. «Son mis amigos», sonríe (Jacinto), y apresuradamente coge una lata de pan, rasga el plástico que le preserva de la humedad y lo miga en un montón. Después se rocía con las migas la cabeza, los hombros y el brazo izquierdo, se enclilla con sumo cuidado para que las migas no resbalen, toma un puñado de éstas (migas) con la mano derecha y, con sumo cuidado, se sitúa en la parte más visible del rectángulo todavía no invadido por la maleza, abre los brazos en cruz, los talones juntos y se aquieta, aguardando pacientemente a que los pájaros bajen. Con el rabillo del ojo observa a dos gorriones, chip-chissis, regalándose con las migas sobrantes del suelo a dos metros de distancia y Jacinto sonríe para sus adentros. «Ya bajan», piensa esperanzado y, en efecto, a los cinco minutos son cuatro los gorriones y, luego, seis y, a poco, doce (los gorriones), pero después de despachar las migas esparcidas por las lajas retornan al follaje o al alero del tejado y gorjean. Ante su difidencia, Jacinto frunce los labios y empieza a silbar tenue, biic-biiiiiiic-biic, moduladamente, sin mover más músculos que los imprescindibles para emitir el silbido, biic-biiiiiiic-biic, pero los pájaros desdeñan el señuelo y los brazos empiezan a pesar-

le, pero él (Jacinto) continúa silbando, biic-biiiiiic-biic, sin variar el ritmo ni el acento, hasta que sus brazos se le hacen de plomo y, sin advertirlo, va bajándolos (los brazos) poco a poco, de manera que algunas migas ruedan por el declive y caen al suelo y apenas rozan el suelo, los gorriones (a la expectativa en el follaje y el alero) se lanzan apresuradamente sobre ellas pero ni uno solo hace mención de subir a sus brazos o sus hombros y Jacinto ya no puede silbar más porque los labios se le han entumecido, pero como los músculos faciales carecen de fuerzas para distenderse, Jacinto queda con la boca fruncida, como en actitud de besar, hasta que, al fin, se da por vencido, deja caer los brazos con desánimo y las migas se deslizan al suelo y, al instante, una bandada de gorriones, chip-chissis-chip, le cerca (a Jacinto) y acaba con ellas (las migas) en un santiamén.

En tanto esperaba, Jacinto ha rememorado alguna de sus conversaciones con César Fuentes (Cesárea por mal nombre) en la ribera del río, las tardes soleadas de primavera en que él (Jacinto) trataba de arrancarle al otro (César Fuentes) de su postración. César Fuentes, como todos los niños pueblerinos, conocía las triquiñuelas del experto pajarero: la red, los cepos, la liga a orillas de las charcas, las trampas a base de una nuez y una palangana y, por último, el procedimiento, con nocturnidad y alevosía, de deslumbrarlos con una linterna mientras duermen. Jacinto desecha men-

talmente las tres primeras añagazas (red, cepo y liga), recapacita y recuerda que en la despensa, entre las provisiones de boca, existe un gran bolsón de nueces, baja, agarra un puñado y las agujerea con tiento (el secreto de este ardid radica en que el pájaro picotee precisamente en el hueco previsto) y en sustitución de la palangana (que no encuentra) Jacinto decide utilizar las cazuelas y recipientes más capaces. Ahora Jacinto recuerda la estratagema con todos sus pormenores. Una a una va sosteniendo en equilibrio las vasijas sobre las nueces, el hueco de éstas (de las nueces) hacia el interior de las vasijas, para que el pájaro precise esconderse bajo aquélla (la vasija) si quiere picotear los escueznos, de manera que a cada picotazo en los escueznos se inestabilice el equilibrio de la vasija y, finalmente, el borde de la vasija resbale sobre la concavidad del fruto y atrape al pájaro dentro de ella (de la vasija). Monta, pues, las trampas (Jacinto) dejando entre ellas un metro de distancia, se mete en la cabaña y se aposta en la ventana frontal. Oculto tras los listones de la persiana, Jacinto domina perfectamente los seis artilugios. Tan pronto entra en la casa Jacinto, los gorriones retornan a las losas y se pasean por ellas a saltitos, buscando migas de pan entre las juntas y las briznas de hierba que crecen en ellas, y cada vez que alguno de los pájaros se aproxima a una cazuela o un puchero, o simplemente mira con su ojito marrón desconfiado a una cazuela o un puchero, a Jacinto se le es-

trangula la respiración. No piensa en el éxito posterior sino que de momento ha hecho del juego (atrapar un pájaro) una cuestión de vida o muerte. Mas los gorriones no parecen interesados por las nueces y sin embargo, cuando menos lo espera (Jacinto), la cazuela más próxima al seto se derrumba, plum-buum-bún, sobre las losetas y él (Jacinto) aplasta su ojo contra los listones de la persiana y divisa junto al borde de la cazuela la puntita de un vástago reptante. A Jacinto se le seca la boca y se le contrae el estómago: «¡Dios mío!», se dice. «¡Dentro de dos días me devorarán!», pero el pájaro ratonero que acaba de posarse en las lajas después de describir un airoso semicírculo, le distrae (a Jacinto) requiriendo toda su atención. El ratonero, apenas toma conciencia de la situación, se dirige a brincos regulares hacia la segunda nuez de la izquierda. Jacinto tiembla o instintivamente mueve una mano (invisible para el pájaro) como oseándole (al ratonero) hacia la cazuela, mientras con la otra (mano) se desabotona la camisa. La emoción le ahoga, mas el pájaro recela del recipiente y, una vez junto a la nuez, le tira a ésta tres picotazos a la costra (es decir, de fuera a dentro), tan feroces que la nuez rueda y la vasija cae, plum-buuum-bún, y atrapa la nuez mientras el ratonero vuela asustado y se posa en un álabe desde donde analiza los hechos con mirada vivaz. Mueve su cabecita de un lado a otro, como queriendo convencerse de que no hay nadie, de que toda aquella batería de ca-

zuelas y pucheros no es una añagaza, y, al cabo de un rato, vuelve a la carga y, ahora, su objetivo es la tercera nuez de la derecha. De primera intención no la pica, sino que describe un semicírculo, se detiene, mira a la nuez desconfiadamente, luego mira a la puerta de la cabaña, vacila, describe otro semicírculo en sentido contrario (contrario también al de las agujas de un reloj), titubea de nuevo y, finalmente, da tres saltos y se introduce debajo del puchero. Jacinto contiene el aliento, la nariz chafada contra los listones. No pestañea (Jacinto) y por dos veces hace ademán de desabrocharse el botón superior de la camisa que ya tiene desabotonado. La cola del ratonero, que sobresale del borde de la vasija, se agita arriba y abajo, desaparece, y su cabeza irrumpe por el otro lado, esto es, vuelve a salir. Jacinto se impacienta, se echa en cara su inhabilidad, mas, en éstas, el pájaro da cuatro saltitos y torna a ocultarse bajo el puchero. Su picotazo ha debido ser tan fiero que la vasija se tambalea sobre la nuez y la nuez gira cuarenta y cinco grados y, del segundo picotazo, gira otros cuarenta y cinco grados (la nuez), con lo que el hueco abierto sobre los escueznos queda al descubierto. El ratonero lanza el tercer picotazo fuera ya de la trampa y cuando la nuez rueda y el puchero se abate, pluum-bum-bún, el pájaro se espanta y huye definitivamente por encima del seto. Jacinto se aparta de la persiana hablando entre dientes, abre la puerta, coge una piedra, se sienta en el poyo exterior, y

empieza a cascar nueces, crac-crac-crac, y a comérselas mientras musita: «No queda otro remedio que aguardar a la noche».

Antes de oscurecer del todo, tan pronto se oculta el sol tras la montaña y las flores empiezan a exhalar su aroma dulzón y pegajoso, Jacinto se refugia en la cabaña y adopta las siguientes precauciones: baja las persianas (desenrollando previamente la cinta al llegar a la mitad para que caigan los listones de golpe, ra-ta-blá, y no dejen fisuras); asegura las ventanas de guillotina; colma el depósito de la lámpara portátil y se viste con zapatos negros, pantalón negro, y jersey y camisa azul marinos. «Es la última oportunidad», piensa. «No puedo cometer errores.» Desde hace rato los pájaros han enmudecido tras su guirigay (trui-trui, checchec, sib-sab, tiiit-tiiit) crepuscular. No se oye nada. Jacinto deposita la lámpara en el fogón y pasea a nerviosas zancadas de la puerta a la cama, de la cama a la puerta. Su sombra, quebrada en el zócalo, es también negra y siniestra. Hace un efecto extraño, Jacinto, enlutado paseando por aquella habitación vacía (a excepción de su cama) y desmantelada. No sabe exactamente lo que espera (Jacinto) mas, tan pronto se oye el grito leñoso del papavientos, rm-rm-cloc, en el camino, Jacinto coge la lámpara y abandona la choza. El aroma del seto es tan intenso que casi no puede resistirlo, pero persuadido de la necesidad de ejecutar el proyecto se aproxima a aquél (al seto), la lámpara por delan-

te, y entreabre con la otra mano (con la que no porta la lámpara) la espesura. Blanquean en el aire, como dos chiribitas, las pechugas de dos chochines en fuga, tit-tit-tit. Jacinto procura operar con el mayor sigilo posible y, a primera vista, se le antoja que el seto está vacío (a pesar de su convicción de que hay en él centenares de pobladores) pero, al fijar su atención, descubre entre la maraña la pechuguita palpitante de un petirrojo, sus ojillos redondos, somnolientos, hipnotizados por la luz, de manera que Jacinto no tiene más que alargar la mano y prenderlo. Al sentir en su mano el revuelo, los latidos agitados de la avecilla, sus tsissips angustiados, los ojos de Jacinto se reblandecen y está a punto de chillar de gozo. «No te haré daño», murmura. Le conmueve aquella tibieza menuda, la sensación de un cuerpo vivo en contacto con su piel huérfana. «No te haré daño», repite en un susurro, y deposita la avecilla delicadamente en el bolsillo de su pantalón. Los movimientos mínimos e inquietos del petirrojo junto a su vientre (el de Jacinto) le enternecen. Sin moverse del sitio, y en pocos segundos, los ojos (ya avezados a la oscuridad) de Jacinto avistan dos agateadores (en el nido) y una curruca capirotada. Jacinto vacila ante los agateadores, pero la llama de malignidad que ya ha aflorado en otros momentos de su reclusión, domina en él, extiende la mano y los atrapa (a los agateadores) sin precaución alguna. En el nido, todavía caliente, blanquean cuatro huevecillos mo-

teados, cuya imagen le persigue aún durante varios minutos. A poco se olvida de ellos (Jacinto), se metamorfosea en una alimaña acechante, con su ojo luminoso y sus zarpas insaciables. Ahora divisa pájaros adormilados, desorientados, por todas partes. Y los coge y los guarda, los coge y los guarda, con la avidez de un rapaz que robase avellanas. Los bultos de sus bolsillos se estremecen y comunican a su vientre atónito (el de Jacinto) una ambigua y maternal palpitación. De tarde en tarde, una rana croa abajo, roac-roac, en alguna charca del río. Jacinto sonríe feliz. A períodos más o menos largos, entra en la cabaña y, después de cerrar la puerta, se vacía los bolsillos de pájaros que, aturdidos, revolotean en torno a él y a la lámpara, describen círculos y parábolas de murciélago, gorjeando y piando desaforadamente, para terminar guareciéndose en los rincones oscuros o reposando en el esqueleto metálico de la librería. Al terminar el registro del seto delantero, Jacinto calcula que ha apresado aproximadamente un centenar de pájaros (los ha ido contando pero al escabullirse alguno de los bolsillos ha perdido la cuenta). A pesar de ello, sigue buscando, de forma que cuando, al cabo de cinco horas, se refugia en la cabaña, la algarabía de pío-píos, bick-bicks, chec-checs, es realmente ensordecedora, mas a Jacinto aquel concierto intempestivo, el revuelo atolondrado que le rodea, le estimula y hace sonreír a sus labios exangües; y sus ojos azules, tanto tiempo ensombrecidos y recon-

centrados, también sonríen, y sonríen, asimismo, los pelos de sus barbas y sus orejas y las aletillas de su nariz, todo sonríe en él (en Jacinto) al sentarse en el suelo y ponerse a escribir en el hogar de la chimenea, en pequeños pedacitos de papel, con su caligrafía minuciosa, el dramático mensaje: «¡SOCORRO! ESTOY PRISIONERO DEL SETO EN EL REFUGIO DE RECUPERACIÓN N.° 13. AVISEN A DON ABDÓN, S.L. JACINTO SAN JOSÉ».

Dispuestos los cincuenta primeros mensajes, Jacinto deja la pluma, toma un carrete de esparadrapo y, uno a uno, va recogiendo pájaros (a cada movimiento suyo las docenas de pájaros enclaustrados enloquecen y algunos se estrellan contra las paredes o los cristales y caen al suelo agonizantes), pero él (Jacinto) no repara en las víctimas, no le conmueve ahora hallar montones de cadáveres si a costa de ello recupera su libertad; es como el último superviviente de los gaseados (mueve la cabeza violentamente para aventar esta imagen) y, uno a uno, va enrollando en los delgados tarsos de las avecillas su llamada de socorro y ajustándola luego, con un pedacito de cinta adhesiva. La operación es lenta, ya que a cada pájaro mensajero que prepara ha de abrir la puerta y soltarlo por una rendija a la oscuridad de la noche. Pero Jacinto no se cansa, no siente la menor fatiga, quizá porque con cada pájaro que libera le parece que libera una parte de sí mismo. Y así que las persianas tamizan la cruda luz del alba, Jacinto concluye de enrollar

los últimos mensajes, suelta al último prisionero (un malvís), suspira profundamente, se dirige al catre arrastrando los pies y, sin quitarse los zapatos negros ni las ropas de luto, se desploma en él (el catre), gime una vez, heeey, gime otra vez, heeey, y se queda profundamente dormido.

Al despertar, le invade la sensación de que ha dormido cuarenta y ocho horas o, tal vez, cuarenta y ocho días. No le es posible precisar (a Jacinto) pero ha sido éste el primer sueño reparador en mucho tiempo y de mucho tiempo, es decir, prolongado. En su cabeza abotagada bulle vagamente la idea de que hay razones para estar contento, pero aún tarda unos minutos (Jacinto) en recordar a los pájaros emisarios. Intenta abrir la persiana de la cabecera, pero los listones no obedecen esta vez al tirón de la correa y el extremo de ésta queda muerto en su mano. Jacinto levanta la vista, desconcertado, y observa que entre las juntas de aquéllos (los listones) asoman unos tallos sutilísimos, como zarcillos, que se ensortijan una vez salvado el obstáculo. Otros, en cambio, florecen en el mínimo espacio que separa la persiana del cristal (de los pocos cristales intactos que aún restan). «La han bloqueado ya (la persiana)», piensa Jacinto, y corre a la puerta que logra abrir tras de vencer una obstinada resistencia. El seto enmarca la puerta como una enredadera y las guías de las dos bandas se han unido ya, formando sobre el pasillo de un metro de ancho una bóveda que apenas filtra la luz del día.

Únicamente desde el umbral puede divisar aún un fragmento de cielo despejado por donde sobrevuelan media docena de buitres. No ve el sol, pero por la disposición y la longitud de las sombras adivina que es una hora avanzada de la tarde (¿de qué día?), «Quizá las seis o las siete de la tarde» (piensa Jacinto). Frota nerviosamente una mano con otra y al ruido, yás-yás-yás, levanta el vuelo una curruca, tec-tectec, y Jacinto sonríe hacia sus adentros: porta una vendita blanca en el tarso derecho. Jacinto arroja una piedra al seto y vuelan más pájaros: mirlos, verderones, agateadores, mosquiteros... Las especies de siempre. Asombrado (Jacinto), hace una comprobación, mitad confortadora, mitad decepcionante: dos de cada tres pájaros llevan el tarso derecho vendado de blanco. Nervioso (Jacinto), se adentra en el túnel vegetal dando palmadas, palm-palm-palm (retumbantes como detonaciones), que espantan pájaros por doquier, pájaros aturullados, que revolotean en el reducido espacio y vuelven a posarse sobre las ramas más visibles: tres de cada cuatro avecillas llevan la pata derecha vendada de blanco. Jacinto regresa por el túnel sin cesar de aplaudir (encuentra en esta manifestación una tonificante vía de desfogamiento) y, al acceder al espacio descubierto, ve el alero y los flecos del seto y la enredadera cubiertos materialmente de pájaros (cuenta veintitrés), todos con el tarso derecho vendado de blanco. Ante este espectáculo pierde la cabeza (Jacinto), se desespera, se vuelve

dando palmadas cada vez más sonoras, ¡palm-palm-palm!, patea los bajos del seto, blaf-blaf, y los pájaros (los tarsos derechos blancos) revuelan y tornan a posarse y Jacinto grita: «¡Vaya pájaros mensajeros!» y «¡Grandísimos gandules!», eso grita Jacinto, y la vaguada dice, respectivamente, «eros» y «ules», y Jacinto, al escuchar las respuestas de la vaguada, se va encalabrinando, se resquema y chilla: «¡Cumplid con vuestro deber, tunantes!», y la vaguada repite «antes», y Jacinto, despechado, vocea: «¡Llevad por ahí mi mensaje!», y la vaguada contesta «aje», y a Jacinto le agarra la corajina y cada vez que ve un pájaro (que es constantemente) con el tarso blanco, se subleva, le llena de tiernos exabruptos, le amenaza con el puño crispado, hasta que, en una de estas expansiones, tropieza con el seto, mudo y amenazador, y se da media vuelta y se topa con el otro muro vegetal incólume, y entonces su furor se vuelve contra él (contra el seto) y le desafía a gritos: «¡No podrás conmigo!», le dice, y la vaguada replica «igo» y, a continuación, le dice: «¡No!», y la vaguada responde «no», y añade (Jacinto): «¡Aunque tenga que encerrarme tres meses en la cabaña!», y la vaguada repite «aña».

Tiembla como un azogado (Jacinto), no puede parar quieto, el pelo encrespado, la barba amarilla reluciente de sudor, los ojos azules extraviados; se revuelve (Jacinto), gira tres veces sobre sí mismo y por todas partes se topa con el seto sombrío alar-

gando sus tentáculos y, cuando alza la vista, lo ve (al seto) trepando (literalmente reptando) por el tejado de la choza, enroscándose en los canecillos, los canalones y la chimenea, envolviendo todo lo que es susceptible de ser envuelto. Las flores amarillas, con sus estambres empolvados, se abren con breves estallidos en todas partes, flop-flop-flop, y los camales y serpollos se bifurcan ante sus ojos atónitos (los de Jacinto) y las ramas nuevas paren bulbos nuevos (prietos y turgentes) y, si Jacinto los observa con algún detenimiento, es testigo de su muda eclosión. La proliferación del seto es fabulosa y progresiva, esto es, a mayores dimensiones, su propagación es más rápida, y, con la propagación, acrece su agresividad rapaz.

Jacinto está tan aterrado que no sabe qué hacer. Su cabeza no coordina pero es consciente de una realidad: al día siguiente no podrá abrir la puerta. Ante esta contingencia, se crispa, aprieta los puños y chilla «¡no!» y «¡malditos!» y la vaguada le responde «¡no!» e «itos», y cuando oye el eco, se encara con la vaguada (Jacinto exige un responsable) y, desquiciado, sostiene a voces con ella (la vaguada imperturbable) el siguiente diálogo:

—¡Desgraciada!

—¡Ada!

—¡Eso tu madre!

—¡Adre!

—¡No me la mientes!

—¡Entes!

—¡Me cago en la madre que te parió!

—¡Arió!

Y así se está (temblando de sus propias palabras), chilla que chilla, insulta que insulta, hasta que en una crisis nerviosa cae al suelo (Jacinto), se revuelve sobre las lanchas (como un pollino cuando retoza en un prado), babeando, soltando palabras inconexas, hasta que, poco a poco, se serena y empieza a decir jaculatorias en voz alta y, cuando está en éstas, divisa por la boquera que aún permite ver el cielo una pareja de buitres, describiendo amplios círculos, volando mucho más bajos que hace un par de horas. Jacinto los mira aviesamente. «No os daréis ese gusto», les dice, pero la voz apenas le sale ahora del cuerpo, está afónico y empapado en sudor y, cuando se levanta y entra en la choza, las piernas le flaquean por las rodillas y avanza irregularmente, bandazo va, bandazo viene, como un marino inexperto. Aún hay luz fuera, pero como las persianas están trabadas, Jacinto deja la puerta entreabierta y enciende la lámpara de keroseno con la que echa un vistazo a la despensa y desciende a la bodega para hacer un recuento de víveres. «Por este lado puedo aguantar un asedio de dos meses; antes vendrán a buscarme», se dice, y sube de nuevo y tranca la puerta.

Le tiemblan las manos y su temblor se comunica a la lámpara, que emite un nervioso tintineo, tin-tin-tin. Ya en el servicio (caballeros), mientras orina, se mira al espejo y no se reconoce, el pelo y

las barbas blancos y ensortijados, de una densidad pilosa desconcertante, como vedijas. Jacinto se acaricia las barbas (al terminar de orinar), se encara consigo mismo y se dice con voz descompuesta, *es inútil dar voces, Jacinto, convéncete, porque el mundo está sordo y ciego, Jacinto, nadie te escucha, ¿oyes?, nadie desea enterarse de lo que ocurre aquí dentro, porque lo que no se conoce es como si no sucediera. Pero yo me pregunto, Jacinto, ¿dónde están los pobres de espíritu, los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia, si es que queda alguno? ¿Dónde están, Jacinto? Anda, dímelo, por favor te lo pido, tú lo sabes, Jacinto, no seas así, yo necesito encontrar uno, te lo juro, no es un capricho, tú mismo puedes verlo, que si de aquí a dos días no aparece un manso de corazón, un misericordioso, un pacífico, un hombre con hambre y sed de justicia, Jacinto, despídete, tú me dirás, ¿o es que no te das cuenta? Tú lo estás viendo lo mismo que yo, no es que sea una invención mía, que las cosas, lo mires por donde lo mires, no pueden haberse puesto peor... ¡Anda, Jacinto!, por favor, dime dónde están, aunque sólo sea uno, habla, por lo que más quieras, no te quedes así, por duro que sea, Jacinto, ¿o es que se han acabado los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Es eso, Jacinto? Habla, por favor, por fuerte que sea, ¿es que son los fieros de corazón, los despiadados, los guerreros, los torturadores, los injustos quienes han dominado el mundo?*

Jacinto jadea. Suda (Jacinto). Jacinto tiembla. Llora (Jacinto). Jacinto se ase crispadamente a los bordes del lavabo. Se estremece (Jacinto) cuando chasca el primer crujido, creep, y, entonces, sale del servicio y desde el umbral ve, en el gozne de la ventana, sobre su cama, ve la punta de un tallo verdeamarillo, flanqueado por dos hojas, como dos alas; parece una libélula (el tallo). Fascinado, va hacia él y lo arranca de un tirón. Pero apenas ha acabado de cortarlo, se repite el crujido, creep, arriba, en el revestimiento de tarimas del techo (el único que ha respetado), y eleva los ojos (Jacinto) y, entre dos tablas de embero, ve asomar tímidamente el extremo de otro tallo blanquiverde. A partir de este momento, los crujidos, creep-creep-creep, y los leves golpes de los yesones, top-top-top, sobre el pavimento, se repiten a intervalos muy breves. Son chasquidos, creep-creep, y golpecitos, top-top, casi imperceptibles, pero a Jacinto le estremecen como si fueran descargas de fusilería. La nerviosidad va dominando a Jacinto. A partir del tercer crujido, creep, Jacinto va y viene, cambiando constantemente la dirección de sus pasos (ve negruras por todas partes), guiándose por los crujidos, creep-creep, de las tarimas y por los golpes, top-top, de los yesones en el suelo. La voraz infiltración del seto le hace pensar en un acoso animal y su labor de poda (allí donde la infiltración se produce) se le antoja una réplica pueril (algo así como si recortara las puntas de las uñas a un monstruo fa-

buloso). A pesar de ello (de su conciencia de inutilidad), Jacinto no se da reposo, va y vuelve, examina el techo y las paredes, el entarimado, los marcos de las ventanas y las juntas de la puerta. Sabe que está cercado y paulatinamente decrece su confianza en la resistencia de la cabaña. La prodigiosa exuberancia del seto no se detendrá ante nada; únicamente manteniéndose en constante vigilia podrá resistir un tiempo. De aquí que Jacinto, así que oye un ruido, investiga concienzudamente el sector de donde proviene hasta que halla el motivo o un nuevo crujido, creep, más seco e hiriente que el anterior, desplaza su atención y le hace desistir de la primitiva búsqueda. En unas horas ha arrancado ya tantos tallos (Jacinto) que los dedos le duelen y decide que, en lo sucesivo, utilizará las tijeras de podar. Un detalle le sobrecoge: el rebrote del tallo amputado es doblemente vigoroso que el anterior, con lo que concluye (Jacinto) que en poco tiempo serán (los tallos) resistentes a las tijeras. Esta idea le obsesiona y le aturde y, con frecuencia, nota en las vísceras un desfondamiento como cuando en el tránsito entre la vigilia y el sueño, el jergón se le desploma (o se lo parece), generalmente si trasnocha o incurre en algún exceso. Top-top, creep, top, creep, creep, creep, llega un momento en que Jacinto no puede dar abasto. Los tallos incisivos, perseverantes, le acosan y el seto trata de violentar el tejado, los muros, las ventanas, en una crepitación enloquecedora. Él (Jacinto) corre de

acá para allá, se multiplica, arrastra la cama (único mueble donde puede encaramarse) del living al dormitorio, de un rincón a otro, para alcanzar el techo. Es como un médico (Jacinto) que en los instantes subsiguientes a una catástrofe, reclamado por los ayes de los heridos, quisiera atender simultáneamente todas las solicitudes pero, incapaz de desdoblarse, no atiende ninguna. Desconcertado, su cerebro (el de Jacinto) se extravía en un laberinto de circunloquios estériles. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Me mareo al hacer ceros. Es chocante, usted no hace ceros sino oes, ¿no lo había advertido? Eso son habladurías malignas, doctor, a las que usted no debe prestar oídos. ¿No será por la curiosidad de saber lo que suma? Rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña. ¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable del cerrojo. ¿Cree usted que el cerrojo está destruyendo el fútbol espectáculo? La mosca no es lo malo, Darío Esteban, sino pensar la mosca, si no se piensa la mosca es como si la mosca no existiera, ¿comprende? La única oportunidad que tuvimos los humanos, la Torre de Babel, la desaprovechamos inútilmente. Pero ¿es que puede usted concebir, hijo mío, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo? Don Abdón, es usted el padre más madre de todos los padres. Entonces, ¿insinúa usted, Jacinto San José, que el orden no es libertad? ¡Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña! ¿Es cierto que hay ocasiones en que usted ne-

cesita hacer más ceros que otras para marearse? El seto es la defensa de los tímidos. Pero ¿es que no ven que me están escoñando el sembrado? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo; jamás la biología había alcanzado tales prodigios. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. En un ayer próximo, su enfermedad hubiera supuesto el fin, pero hoy la Casa prevé estas contingencias porque el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento. ¿No dirá esto por la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José? Para, papá, por favor, que me caigo. Preservado por el seto podrá usted reflexionar. Entonces, ¿en qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. ¿Y hasta hoy no advirtió nada? No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa. ¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto! La Casa es vuestra y engrandeciendo la Casa os engrandecéis a vosotros mismos. ¡Bucee un poco, don Abdón! Parece mentira en tan pocos años. ¡Premio para la señorita! Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos. Usted es tímido, ¿no es cierto? Eludir la responsabilidad es el primer paso para ser felices. Usted es tímido, ¿no es cierto? ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. La Casa no trata en modo alguno de perjudicarle y está dispuesta a considerar que su marido haya fallecido en acto de

servicio. Compréndame, después de dejarle morir como un perro, me da grima enterrarle como a un perro. Usted es tímido, ¿no es cierto? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y, en cierto modo, los comparto. Una pregunta, Darío Esteban, la cabeza ¿nos la darán también? Yo sólo digo una cosa: si jugamos aliados hay que decirlo desde el principio; a mi entender la opción no se presta a dudas. No son dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, sino sumandos. Ni retora ni diala, Daro Esta, todo into de comprensa por la pala es una uta. ¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto? Disculpe, presumo que le debo una explicación; el enfermo, por instinto, se parapeta en lo que él considera su personalidad, pero ésta no existe, es una entelequia. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Para relajarse y obtener de él... ¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José?... Una reacción espontánea, hemos de vaciarlo previamente. ¡Joer! Vaya una bola que ha echado la Susanita. ¡Qué hermoso pointer! ¿No es cierto? Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo... ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. No es más que una práctica pequeño-burguesa. No lo olvide: el seto es la defensa de los tímidos.

«Tímidos», dice Jacinto al apearse de la cama. Su mirada está ausente, y su cabeza zozobra en un

mar de confusiones. Esto aparte, Jacinto ofrece en estos momentos un síndrome muy complejo: frío intenso en cabeza y extremidades; temblor de manos; apremios sin objeto y absoluta incapacidad de espera; confusión mental; ansiedad. Jacinto intuye el fin, se agacha, desenrosca el frasquito de grageas color de rosa e ingiere tres de un golpe. Seguidamente se sienta en la cama (Jacinto). A los pocos minutos su piel se vuelve transparente, como de cristal, de tal modo que puede observar sus vísceras, sus venas y arterias, sus huesos, como en un detallado grabado de anatomía. Simultáneamente los tallos (nueve), desprovistos de yemas y de hojas, tenues y finos como zarcillos, se ponen en movimiento, buscando los orificios de su cuerpo. Jacinto nada puede hacer: únicamente observa, como si fuese algo ajeno a su persona. El primer tallo, engrasado y dúctil como una sonda, le penetra por el ano. Jacinto percibe su cabecita blanquiverde, tierna y voraz al mismo tiempo, progresando por el recto. El segundo tallo se adentra (sin dolor) por el pene, por la uretra. Los otros siete (tallos), después de escalar su cuerpo transparente (el de Jacinto), coronan la cabeza y se introducen por los orificios siguientes: uno por la boca, dos por los oídos, dos por las fosas nasales y otros dos (los últimos) por los ojos. Jacinto no siente molestias físicas pero sí el reptar frío, el cosquilleo de los zarcillos en orificios y conductos. Una vez dentro de su cuerpo (del de Jacinto), los tallos invasores avanzan por estos itinerarios:

El que penetra por el ano, franquea el recto (los conductos son también transparentes como tubitos de plástico), zigzaguea por el intestino grueso, el intestino delgado, franquea el duodeno y accede al estómago, donde se une con la cabeza del tallo que entró por la boca y que ha arribado allí (al estómago) a través de la faringe y el esófago. Sin embargo, este último tallo, tan pronto atraviesa la boca, se bifurca y, mientras uno marcha hacia el esófago (como queda dicho), otro camina por la laringe y la tráquea y, una vez allí, se divide en un haz de tallos como hilos que se adentran en los bronquios y los alvéolos, alojándose en los pulmones. El (tallo) que se adentró por el pene sube por la uretra, da la vuelta a la vejiga, se bifurca a su vez, y cada cabo aboca a un uréter, trepan por ellos, afrontan los cálices renales y acceden a los riñones. Los tallos que penetraron por los oídos, afilados como agujas, perforan los tímpanos, recorren los huesecillos martillo, yunque, lenticular y estribo y se enquistan en los oídos internos. Los que accedieron por las fosas nasales, se desdoblan de inmediato y en tanto un cabo se incorpora al que desciende por la faringe, el otro trepa hasta el ojo por el canal lacrimal. Finalmente, los que penetraron por los ojos, reforzados por los que irrumpen por los canales lacrimales, asedian la lámina cribosa, se ahílan, se introducen por sus minúsculos conductos y, una vez desbordada aquélla (la lámina cribosa), se desflecan en haces que recorren las circunvolucio-

nes del cerebro: hipocampo, cisura de Silvio, cisura de Rolando, tálamo, hipotálamo, etcétera. Y así que los centros vitales del cuerpo y del cerebro han sido ocupados (en una operación incruenta y sigilosa), se produce el golpe de savia, súbitamente los tallitos refuerzan su verdor, se hinchan, se aprietan de bulbos y de yemas y Jacinto experimenta un dolor progresivo, cada vez más agudo y perforante, hasta que los brotes estallan en una eclosión brutal y, simultáneamente, revientan los uréteres, el esófago, los intestinos, los alvéolos, los riñones, los canales lacrimales, la lámina cribosa, los pulmones, la uretra, el recto, la tráquea y la cavidad craneana, y, con el desgarrón de los conductos vitales, el cuerpo de Jacinto pierde transparencia, se hace opaco y va cobrando un tono pardo-grisáceo, ceniciento, se abomba descomunalmente el vientre y, de súbito, como por arte de prestidigitación, brota del ombligo una gigantesca flor amarilla.

El alarido de Jacinto, ¡¡aaaaaah!!, es desgarrador, escalofriante; gira la cabeza y abre los ojos abotagados; por la humedad de la mejilla, deduce que durante la duermevela ha babeado. Se sienta en la cama (Jacinto), atenazada la cabeza por un torpor doloroso. No comprende cómo está allí (en la cama) con sus ropas de luto y sus zapatos negros. No entiende nada. A la escasísima luz que se adentra a través de las persianas comprueba la invasión: las estalactitas vegetales, los álabes trepadores, los vástagos florecidos irrumpen por todas partes. Las

tijeras de podar están allí (tampoco sabe por qué), en el hueco que su trasero forma en el colchón, las toma (las tijeras) y como si, tras detenida reflexión, hubiera decidido deshacerse de alguien, se pone en pie con ellas (las tijeras) en alto, y ataca furiosamente a las ramitas que se introducen por las grietas de la puerta y de las ventanas, que penden del techo, que reptan por los muros y por el suelo, crik-crak, denodadamente. El chasquido de las tijeras, crikcrak, le aplaca momentáneamente (a Jacinto). Procura cortar a rape, a nivel de la superficie, bien sea de las paredes, del suelo o del techo, pero sus movimientos son desproporcionados, de una indecisa nerviosidad. Al cabo de dos horas, considera rematada su tarea (Jacinto) y se sienta de nuevo en la esquina del catre. Repentinamente nota calor y picores, se desabotona la camisa y se rasca ásperamente. Advierte algo raro, suelta otro botón, agacha la cabeza y mira. Jacinto nunca fue hombre de pelo en pecho y, sin embargo, ahora, sobre el esternón, le brotan unos vellones tupidos, color beige, que le abrigan y, al propio tiempo, le producen prurito. El color del vello no le sorprende (a Jacinto) puesto que Jacinto es extremadamente rubio, casi albino, pero sí le extraña este súbito brote capilar, ya que por su edad (cuarenta y cuatro años) le corresponde más bien ir perdiendo el escaso vello de sus pantorrillas. Levanta una pierna, recoge el pantalón, baja el calcetín y examina ésta (la pantorrilla) y Jacinto se queda perplejo

porque sus canillas son delgadas y uniformes (sin corvas), apenas un hueso recubierto por una pilosa piel blanca. Alza la otra pantorrilla (Jacinto) y comprueba que su conformación y su aspecto son idénticos a los de la primera. «Llevo sin comer de fundamento una semana; quizá más», se dice. Y, súbitamente, oye el motor, run-ruuuumrun, un zumbido racheado, imperceptiblemente creciente, que abre un surco inesperado en el letal silencio (salvo las crepitaciones de los tallos) que le envuelve. Jacinto se incorpora de un brinco. «¡Un avión!», se vocea a sí mismo. Permanece inmóvil, ya de pie (Jacinto), las piernas abiertas, levemente flexionadas, todo su cuerpo en tensión, la cabeza ladeada, expectante, hasta que sus oídos (los de Jacinto) captan nuevamente la onda, rum-ruuuuuum-run, y entonces vuelve a saltar y a chillar «¡¡un avión!!» y corre hacia la puerta, pero la puerta no se abre, parece clavada, atornillada, y, en tanto, el zumbido del motor va haciéndose más perceptible y matizado, se aproxima, y Jacinto concentra sus energías en el hombro derecho y se arroja contra la puerta, pero la puerta no cede y Jacinto se lastima el hombro, rezonga, se denuesta, clava los pies en el suelo, arquea su cuerpo como un arbotante y presiona la puerta con las manos, poniendo el alma en el empeño, mas la puerta se mantiene incólume, no se mueve ni un milímetro, mientras el zurrido del motor aumenta de volumen, acrece hasta ensordecerle (a Jacinto), cruza como una exhalación

a pocos metros del tejado, ruuuuuuuuuuum, vibran ruidosamente los cristales y las lajas de pizarra, brrrrrrrrn, y, luego, decrece, se afila, se diluye hasta casi perderse en la distancia. Tras unos segundos de paralización, Jacinto se planta en cuatro trancos junto a la ventana de la cocina, levanta el cristal, se sube al poyete y empuja los postigos hacia fuera. La maleza los sujeta (a los postigos) mas permite un leve movimiento de vaivén, no están agarrotados, y como Jacinto vuelve a escuchar, aunque lejanamente, el petardeo del motor, se impacienta, oprime con las manos y las rodillas inútilmente, se vuelve y da unos empellones con las nalgas, pierde el equilibrio y se cae por dos veces del poyo al suelo (de pie), torna a encaramarse al poyo y, al fin, crujen algunas ramas y se abre una ranura que, aunque no permite el paso de su cuerpo (el de Jacinto), sí le brinda una perspectiva vegetal abrumadora: las guías del seto alcanzan alturas de cuatro metros y la maleza cubre totalmente el pozo, el cuchitril del motorcito y el cuchitril de los aperos. Jacinto continúa empujando los postigos y ante su resistencia (la de los postigos) se desespera y dice varias veces «me cago en la mar», y a cada «me cago en la mar» los postigos ceden unos milímetros, mas cuando el avión, zumbando y silbando, pasa por segunda vez en vuelo raso sobre el tejado, ruuuuuuuuum, a pocos metros, Jacinto se descorazona, «No va a volver», se dice, y se apea del poyete y, a hachazos, desmonta la cama donde

duerme, coge un larguero, lo introduce por un extremo entre los postigos y apalanca por el otro con toda su alma. El seto se aplasta, el postigo derecho se astilla y Jacinto da gritos de júbilo. La maraña dificulta sus movimientos pero, al propio tiempo, los camales y horquetas facilitan su ascensión hacia el alero y, una vez allí, se sujeta a éste (el alero), se dobla por el vientre, y se encarama al tejado, invadido por los álabes, las rosetas foliares y los estolones que le permiten corretear por él (por el tejado) sin temor a resbalarse. La luz del sol le ciega al principio (a Jacinto), le invade una extraña sensación, como si fuera un feto alumbrado después de cuarenta y cuatro años en el seno materno, cierra los ojos y aguarda. El ronquido del motor, ruuuuuuum, se aleja ahora y él (Jacinto) abre los ojos, y aunque las guías del seto sobrepasan la cabaña, divisa, desde el ángulo del tejado, el tamojal de robles (en buena parte con hoja nueva), los farallones, con sus concavidades negro-amarillentas, el rectángulo de tierra roja subsolada y los dujos superiores del colmenar. La mancha del seto se extiende diabólicamente en torno a la cabaña como una selva virgen. El sol está en la vertical y Jacinto hace visera con la mano para otear el horizonte hacia donde oye (o cree oír), muy remoto, el ronquido del motor, rum-ruuuuum-rum, fuerza la vista entornando los párpados y, bajo un pequeño cúmulo, atisba una manchita negra que emite destellos, y sin poderse contener, con la misma unción

que si se dirigiera a alguien más angustiado que él, grita: «¡Allí está!», y brinca sobre las pizarras como un niño. Mas, enseguida, experimenta el recelo de que el avión no vuelva, de que haya sobrevolado la cabaña sin verla, y aun cabe la posibilidad (piensa Jacinto) de que, si vuelve, el piloto no le distinga a él (Jacinto) entre el mohedal. Con ese automatismo para la acción que ha adquirido en los últimos días, Jacinto no vacila, se coloca a horcajadas sobre el alero y se descuelga, buscando a tientas, con los pies, horquillas y nudos donde apoyarse, entra en la choza, se ata una sábana a la cintura y retorna al tejado por el mismo camino. El ronroneo del avión, rum-ruuuuuumrum, es claramente perceptible ahora, llega en ondas concéntricas, agudas y graves, produciendo una leve conmoción vibratoria. Jacinto lo ve, muy distante, a mano izquierda del cúmulo, como un mosquito vertiginoso. Parece una avioneta deportiva biplaza y algo en la carlinga reverbera los rayos del sol en un centelleo intermitente como el centelleo de un heliógrafo. Sujeta la sábana por dos de sus puntas (Jacinto) y la flamea (la sábana), la agita arriba y abajo nerviosamente, mientras sus ojos reblandecidos (los de Jacinto) se humedecen de lágrimas.

La avioneta vuela alto ahora, sin intención (a simple vista) de cambiar de rumbo, monótonamente, y aunque las ondas concéntricas de su zumbido le envuelven decididamente a Jacinto, éste (Jacinto) recela y agita la sábana con mayor preste-

za, al tiempo que chilla «¡Aquí; estoy aquí!», pero la avioneta prosigue su rumbo imperturbable sobre la cabecera de la vaguada, hacia el norte, y cuando apenas es algo más que el escorzo de un cínife, vira bruscamente a babor y pica profundamente y Jacinto flamea la sábana como un poseso y chilla «¡Aquí, aquí, estoy aquí!» y la avioneta le aproa y desciende aún más, va aumentando de tamaño y ahora es su hélice la que destella, pero Jacinto ya no ve nada (se lo impiden las lágrimas) y así que oye el ¡ruuuuuuuuum! atronador encima de su cabeza, se arranca en sollozos y sigue agitando la sábana formulariamente y se dice: «Me han descubierto; estoy salvado», se dice (Jacinto), y se limpia los ojos y ve que el aparato se aleja de nuevo y, aunque tiene la seguridad de que ha sobrevolado (la avioneta) la cabaña a menos de veinte metros, empieza a roerle la incertidumbre, trepa por la chimenea y se planta allí de pie (en esta posición distingue las tres filas de dujos, y las ruinas del molino con las dos muelas abandonadas, y el extenso campo de grama, como un oasis, en el robledal), la sábana en las manos, y torna a flamearla (la sábana) y, nuevamente, la avioneta vira a babor, entra en picado, rumbea, le aproa (a él, Jacinto), se aproxima vertiginosamente, crece por segundos (como una libélula papavientos que se hinchara con el aire) apuntando a su cabeza, con un ruido atronador, ruá-ruá-ruaaaaaaá-ruaaaaaaá, en una pasada suicida tan ceñida que Jacinto suelta la sá-

bana y apenas tiene tiempo de arrojarse de bruces sobre el tejado para evitar que le decapite. Ha sido una costalada dolorosa, pero Jacinto sonríe y se dice «Caray, a poco me coge», pero sonríe, y sentado como está (su emoción es tan fuerte que las piernas no le sostienen) saca el pañuelo del bolsillo y lo agita.

La avioneta pasa otras cuatro veces rozando el tejado, tan baja que, cada vez que la ve venir, Jacinto, se tumba cuan largo es contra el tejado, buscando protección en la chimenea. En la primera (de las cuatro últimas pasadas), Jacinto avista las dos cabezas de los tripulantes en la carlinga y, en la tercera, pese a las gafas y al casco de cuero, identifica a Darío Esteban en el tripulante del asiento posterior y, así que el aeroplano vuela sobre él (sobre Jacinto) en la última y definitiva pasada, no hace ademán de mover un dedo y, por contra, Darío Esteban le sonríe enfocándole los prismáticos, levanta su mano derecha con el gran anillo pastoral y le dice adiós, en tanto Jacinto, desmoronado, se arrodilla sobre las lajas de pizarra, forma bocina (en torno a sus labios) con las dos manos y vocea con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por favor, Darío Esteban, ábrame!

Después se siente atribulado y vacío (Jacinto). Ve alejarse la avioneta, abandona la sábana y el pañuelo en el tejado y se desliza del alero a la ventana, cierra ésta (solamente el cristal porque uno de los postigos está destrozado, y trabado por los ser-

pollos el otro) y aunque no se dice nada piensa «Todo está perdido», eso piensa (Jacinto), y ante el espejo del servicio (caballeros) se pregunta tontamente si lo suyo (su situación) es un homicidio, un suicidio o un asesinato vegetal (su imaginación, en el último trance, se desboca en un delirio febril). «Don Abdón me dio la semilla, Darío Esteban me ordenó sembrarla y yo la regué; ahora el seto me estrangula. Ningún juez hallará responsabilidades», se dice. Da vueltas y vueltas a la medalla mientras trata de encontrar, intuitivamente, entre vaporosidades y nieblas, una figura jurídicopenal a la que ajustar su caso. Es su postrer consuelo. Va aproximándose al espejo (Jacinto) y observa de cerca sus ojos estupidizados (todo pupilas), su frente oblicua y cerril, las orejas como soplillos (llenas de vello), la nariz prominente, ennegrecida en la punta, formando cuerpo con la línea escueta y absurdamente risueña de la boca que se abre debajo. Inopinadamente descarga el puño sobre el cristal, que se quiebra en mil pedazos:

—¡Te han suicidado, jacinto! —chilla.

Repentinamente le invade (a jacinto) un plácido sosiego, una dulce conformidad. Al regresar al dormitorio ve las estalactitas y estalagmitas vegetales, las hojas enterizas, las fláccidas flores amarillas del seto, pero no le angustian ya; jacinto ha prescindido del pasado y del futuro y no ve sino el presente inmediato, y el presente inmediato no le desagrada: en la choza no hace frío ni calor, no

huele mal, hay un jergón confortable y provisiones suficientes. Sin embargo, jacinto experimenta un invencible deseo de encorvarse, de echarse al suelo y piensa fugazmente (y con absoluta serenidad) que tal vez es la llamada de la tierra. Finalmente se agacha, pone sus manos y sus rodillas sobre las baldosas y camina hacia delante con asombrosa agilidad. Y le place andar así, a cuatro patas, y mira engolosinado las tentadoras hojas verdes que se descuelgan del techo o se adentran por las grietas de los muros y las juntas de las ventanas. Se aproxima (jacinto) a las más bajas (las hojas), abre la boca, las siega con sus incisivos herbívoros, y las engulle en un santiamén. Su consistencia (la de las hojas) es un poco áspera, mas al triturarlas desprenden un zumo levemente agrio que a jacinto le resulta agradable y tonificante. Vuelve a morder y a comer, sin prisas, y, luego, repite y repite, hasta que en el living no resta una sola hoja y jacinto se tumba de costado, pero el jersey azul le tira de sisa y los pantalones negros le molestan en las ingles y, en vista de ello, y en vista de que está solo, y en vista de que nadie puede venir a importunarle, se los quita (jersey y pantalones) y se quita también la camisa, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines y los zapatos y queda desnudo sin otro aditamento que la medallita al cuello. Observa (jacinto), un poco sorprendido pero sin perplejidad, las densas vedijas que le cuelgan del pecho y del vientre y aun de la parte superior de los muslos. También se

mira sus partes, bien preservadas y notoriamente disminuidas. Pero todo ello lo ve desde fuera, como si fuese otro; no lo analiza, no le interesa (a jacinto). Siente picores en la barriga y, contrariamente a sus hábitos usuales, se rasca insistentemente con el pie, ras-ras-ras, cuyo tamaño (el del pie) es ridículamente pequeño pero fuerte y resistente. Después, levanta la cabeza y ve la rama pendiente sobre el jergón, tentadoramente revestida y, a cuatro patas como está, brinca sobre el colchón y en unos segundos la deshoja (la rama), a mordiscos menudos pero calculados. Al concluir, jacinto, deliberadamente, en lugar de bajar del jergón, según humana costumbre, poniendo primero un pie en el suelo y luego el otro, se arroja de costado como una pelota, pero el vello que recubre su cuerpo es tan tupido que a jacinto se le hace que el pavimento muellea, le rebota (a él) y, entonces, vuelve al colchón y repite la caída y ríe (jacinto), más bien gorjea, y el juego le divierte tanto que durante una hora no hace otra cosa que darse de costaladas contra las baldosas sólo por gozar de la gustosa sensación almohadillada de los golpes. Transcurrida la hora, jacinto siente fatiga y se tumba. Pero, cosa curiosa, no busca el jergón para hacerlo (jacinto), como era en él tradicional, sino que se aloja en el rincón más oscuro de la cabaña, junto a la puerta (después de restregarse contra ella), y no se echa sobre el costado izquierdo, las piernas encogidas y las manos en el pecho como venía haciendo desde

niño, sino que se acuesta boca abajo, los brazos hacia delante y las piernas recogidas bajo el vientre. Y aunque los crujidos, creep-creep, y los golpes, top-top, de las tarimas y de los yesones desprendidos son cada vez más frecuentes, jacinto no se inmuta, ramonea con desgana los tallos tiernos que van brotando entre los mosaicos, en las inmediaciones, o se entretiene viendo pendulear la medalla de oro de su cuello. Haga lo que haga, le place tener la cabeza gacha (a jacinto), humillada, postura que le facilita una perspectiva especial, no precisamente aérea, sino todo lo contrario, de abajo arriba, rastrera, para designarla con un nombre concreto, de tal manera que todo lo poco que le rodea (a jacinto), cama, chimenea, lámparas, esqueleto metálico de la librería, ventanas, etcétera, todo, se le hace más excelso y eminente que él mismo.

A ratos, jacinto se levanta y vuelve a tumbarse (de golpe, para recrearse en sus caídas acolchadas), siempre en los rincones más oscuros, y, en ocasiones, se adormece, queda traspuesto y entonces le asaltan sueños muy rápidos y variados, con frecuencia ingratos, como cuando sueña que Gen corre tras él pidiendo agua, guá-guá-guá, a voces y mordiéndole el trasero y, otras veces, sumamente placenteros, como cuando se ve perdido en el inmenso campo de remolachas y alfalfas que rodea su ciudad, sin que nadie le impida comer lo que quiera. Tan pronto despierta de uno de estos sueños (particularmente de los agradables), jacinto

siente hambre y como los tallos que apuntan por las hendiduras son apetitosos y tiernos, él (jacinto) puede saciarla (su hambre) sin necesidad de moverse del sitio. Y así que concluye de comer, vuelve a dormir; y así que concluye de dormir (de descabezar una siesta), vuelve a comer (jacinto). Y si entre comida y sueño le aprieta una urgencia, jacinto no se toma la molestia de acudir al servicio (caballeros), sino que comprime los músculos del vientre allí donde se halle y los escíbalos caprinos ruedan por el suelo sin ruido ni mal olor.

En tanto, la presión del seto ha hecho saltar las contraventanas del living. El estampido ha sido seco y violento, ¡blooooooom!, como un cañonazo, tanto que ha despertado a jacinto, que dormía con la cabeza incrustada en los vellones del pecho, pero (jacinto) se ha limitado a levantar la cabeza (cuya frente se hace por momentos más oblicua y angosta), observa con ojos mustios la ventana donde el seto ha irrumpido y, seguidamente, vuelve a ocultar la cabeza entre las vedijas del pecho como si nada de cuanto acontece en derredor le afectase a él (jacinto) directamente. De esta manera, llega un momento en que las hojas, los zarcillos, los serpollos y las flores del seto (más apagadas de tono que las que crecen fuera) rodean a jacinto y éste (jacinto) no precisa incorporarse para comer, así es que come y duerme, duerme y come (que es lo único que por el momento le apetece hacer) sin cambiar de postura, simplemente moviendo la cabeza de

un lado a otro; pero acaece una contrariedad: cuando, al cabo de unas horas, jacinto pretende levantarse para estirar las piernas, advierte con sorpresa indiferente que tiene amarrados los dos tobillos por la trepadora y, al advertirlo, su indolencia es tal que, en lugar de ramonear los tallos que le sujetan para liberar sus pies, torna a acostarse tranquilamente y cierra los ojos.

El pinchazo le galvaniza (a jacinto), le hace revolverse sin ningún afán de revancha, y pretende ponerse en pie, pero la voz grave, conciliadora, de Darío Esteban a su lado, le aplaca:

—Quieto, jacintosanjosé, es un momento —le dice poniéndole blandamente la mano del anillo sobre los vellones—. Todo irá bien, no se preocupe.

Jacinto abre los ojos. Está tumbado (jacinto) en una mesa de campaña niquelada, junto al larguero derecho los dos doctores (el que adquirió la cabeza de Gen y su compañero más joven) y, al otro lado de la mesa, Darío Esteban. Más allá, en la ladera, Serafín pasea al sol con un cigarrillo en la mano entre el coche color guinda y la máquina acuchilladora pintada de rojo, con un nombre extranjero bajo el motor. Sobre otra mesa más chica, también niquelada, los doctores han improvisado un botiquín de urgencia: instrumental plateado, rollos de algodón, gasas, frascos, jeringas y un montón de medicamentos. Jacinto se deja hacer dócilmente. El doctor de más edad le busca ahora el corazón entre las vedijas, en tanto el de menos edad le fuer-

za a abrir el ojo derecho. Después le miran la boca, sujetando la lengua con una paleta de madera, le enrollan una goma en un brazo y le flexionan repetidamente las dos piernas, que ahora se articulan en sentido inverso al habitual. Darío Esteban, que observa el reconocimiento con ojos profesionales, repite suavemente:

—Quieto, jacintosanjosé, no se mueva. Es un reconocimiento formulario; enseguida terminarán. Afortunadamente hemos llegado a tiempo. ¿Quién iba a imaginar en el híbrido americano esta capacidad de desarrollo?

Jacinto trata de responder, pero nota como si le hubieran incrustado dos removibles en la boca, uno arriba y otro abajo, de manera que ni la conformación de la lengua ni la del paladar son aptas para pronunciar palabras y, en vista de ello, desiste. Los doctores le abren las piernas ahora y le tocan en sus partes, pero jacinto no siente el menor pudor, se deja hacer y el doctor de más edad se vuelve hacia Darío Esteban con una mueca admirativa y le dice:

—¡Caramba! Es un espléndido semental para ovejas de vientre —dice. Luego propina a jacinto una palmada amistosa en el trasero, y añade—: ¡Listo!

Jacinto salta de la mesa al suelo a cuatro patas, corre sin sorprenderse por el ancho pasillo que divide el seto como un cortafuegos y sale a la luz. En el camino está detenido el coche color guinda, y

poco más lejos, entre los tomillos y las gallogas, la cuchilladora pintada de rojo con el nombre extranjero bajo el motor. Al pie, Serafín fumando. Cruza junto a él (junto a Serafín) jacinto, sin saludarle. Jacinto ya ha olvidado el reconocimiento médico. Únicamente advierte el sol sobre él, la brisa serrana, el perfume del tomillo y del romero, una grata sensación al pisar las alfombras de galloga, los silbidos de los pájaros, tiit-chip-piú-piú, y el murmullo del riachuelo al rozar las salcinas, chuap-chuac, los objetos en torno (molino derruido, colmenar, matos, robles) sin objeto. Pero nada de todo ello le deja huella, le despierta un anhelo o le estimula. Simplemente le imbuye la idea de que está vivo; de que es. De pronto atisba en la vertiente opuesta el oasis de grama y, sin reflexionar, echa a correr ladera abajo. Según corre, oye un tintineo próximo, tin-tin-tin, y se detiene para verificar su procedencia, ante la sospecha de que le siguen, y, al comprobar que no (que no le siguen), continúa triscando, cada vez más impaciente, y, a medida que corre, se da cuenta de que lo que pende de su cuello no es una medalla sino una esquila y que no la sujeta (a la esquila) una cadena sino un rígido collar de cuero, y a cada brinco, entre los cavones y los guijos, vibra el armonioso tintineo (el de la esquila), tin-tin-tin, y este acompañamiento musical le anima y le serena, y jacinto se siente feliz de saber provocar aquel sonido, y acuciado por él (y por el oasis de grama) brinca ágilmente sobre las aguas

del riachuelo (tomando impulso con las piernas y aferrándose a la orilla opuesta con las manos, que se le han achicado y endurecido como dos muñones callosos) y advierte ahora que, trepando ladera arriba, por entre matos de roble, espinos y riscos, tampoco se fatiga, ni resbala, ni se daña las extremidades desnudas, sino que es su medio, y así que accede al islote de grama, se detiene, baja la cabeza al suelo, pero súbitamente recuerda a Darío Esteban y aunque babea (porque la boca se le hace agua) se reprime, trepa a un peñasco inmediato y desde lo alto le divisa (a Darío Esteban) en la ladera opuesta, agrupado con los doctores junto al coche color guinda, delante de Serafín y de la acuchilladora roja, y quiere gritarle: «¡Eh! ¡Estoy aquí, Darío Esteban, no se preocupe, bajo enseguida!», quiere gritarle, y trata de adaptar la lengua a esta pretensión y abre la boca (jacinto), pero sólo grita:

—¡Beeeeeeeeé!

Y la vaguada repite al instante:

—¡Beeeeeeeeé!

Otros títulos de la biblioteca Miguel Delibes

La sombra del ciprés es alargada

Aún es de día

El camino

Mi idolatrado hijo Sisí

Diario de un cazador

Diario de un emigrante

La hoja roja

Las ratas

Viejas historias de Castilla la Vieja

Cinco horas con Mario

El príncipe destronado

Las guerras de nuestros antepasados

El disputado voto del señor Cayo

Los santos inocentes

Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso

El tesoro

Madera de héroe

Señora de rojo sobre fondo gris

Diario de un jubilado

El hereje

Ilustración de la cubierta: © Jean François Martin
Fotografía del autor: Archivo Destino
Diseño de la cubierta: Sabrina Rinaldi / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta

En la ciudad castellana en la que trascurre esta novela, de temática muy singular dentro de la obra de Miguel Delibes, hay hombres transformados en perros que otros hombres tirotean sin piedad y trabajadores dedicados a sumar cantidades infinitas de números sin sentido. Cualquier rastro de humanidad ha desaparecido. Jacinto San José, empleado a las órdenes de don Abdón, el amo supremo de la ciudad, es el único que parece preguntarse por el funcionamiento absurdo de la institución en la que trabaja, lo que motiva su destierro a un lugar solitario en el que, sin saberlo, cultiva su propia trampa.

Fábula de clara moraleja, integrada en la misma línea pesimista de otras novelas utópicas de su tiempo, *Parábola del náufrago* contiene, en el fondo, una dura crítica de la autocracia, la sociedad de consumo, el culto a la personalidad y la crueldad gratuita.

Una obra fragmentada y laberíntica, de verbosidad neobarroca en la que Delibes experimenta con el lenguaje y el tiempo y hace gala de su mejor ironía.

164251
9 788423 343102
Áncora y Delfín